

Tray Mocha

Revista Semanal



Nº. 895

GILDA DALLA RIZZA

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

Actualidades cinematográficas



La "leading Lady" que actúa con Tom Mix en "5000 de recompensa", que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Lupe Vélez y William Boyd, en "Melodia de amor", que Artistas Unidos comienza a exhibir



Janet Gaynor, protagonista con Charlie Farrell, de "El angel de la calle", película extraordinaria que hoy estrena la Fox Film



Evelyn Holt, protagonista de "Crimen", obra maestra de Lamprecht, que está exhibiendo con gran éxito la Cinematográfica Juan Prebst



Herbert Holmes y Margaret Livingston en "El charlatán", cinta Jewel que estrenará la Universal a fin de este mes.



Greta Garbo y Conrad Nagel, los dos grandes amorosos del cine, protagonistas de "La dama misteriosa", film extraordinario que la Metro Goldwyn Mayer estrenará el viernes próximo.



FOX
PRESENTA

"El Angel de la Calle"

CON

JANET GAYNOR Y CHARLES FARRELL

LA MARAVILLA DE TODOS LOS TIEMPOS

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, junio 18 de 1929

No. 895



CINCIDEN LOS PROPOSITOS EN FAVOR DEL BUEN TEATRO Y LA MORAL PUBLICA

Una comisión especial de la Sociedad Argentina de Actores, de la Sociedad Argentina de Autores y de la Sociedad Argentina de Empresarios, entidades que representan todas las ramas de la actividad escénica, se entrevistó con el Intendente Municipal para hacerle conocer obstáculos que dificultan la labor artística en los teatros, y que provienen no precisamente de las disposiciones de las ordenanzas, sino, más bien de la aplicación extremadamente rutinaria de las mismas y de ciertas disposiciones de detalle oficinesco o burocrático que perturban el complicado mecanismo teatral, incomprendido a menudo por los inspectores. En tal sentido, la comisión de referencia manifestó el deseo del gremio de cooperar para que no se conculquen los prin-

cipios éticos de los espectáculos públicos, indicando la conveniencia de que determinados géneros de exhibición se limiten a los radios apartados de la ciudad. Al propio tiempo precisó la comisión que era indispensable no confundir el boato revisteril de algunas piezas o de ingenio picaresco y sano de algunos autores, con la procacidad y el desdoro.

Desde luego, el Intendente Municipal interpretó el pensamiento de la comisión, encontrando que dichos deseos eran solidarios con los suyos en favor de la elevación del nivel moral y artístico del teatro argentino.

A nuestro modo de ver, la gestión de la comisión representativa del gremio de la escena viene a complementar no sólo la eficaz acción de la Municipalidad, sino, también, una franca necesidad social ampliamente sentida por el público. En diversas ocasiones FRAY MOCHO puntualizó las medidas a adoptar a fin de poner a cubierto la salud espiritual del espectador ciudadano, atraído por espectáculos deleznable en pleno centro de nuestra urbe. Que la Inspección de Teatros no cumplió muchas veces con su deber, y que incurrió otras en interpretaciones equívocas o capciosas es seguramente, la razón de que nos viéramos obligados a señalarle ásperamente aquellas deficiencias.

Por suerte, la coincidencia general de propósitos se produce con la intervención y reorganización de aquella dependencia todo lo cual permite suponer que, finalmente, se hará algo efectivo y práctico en defensa del buen teatro y de la moral colectiva.

LA JUSTICIA ESTIMULA A LOS INFRACTORES MUNICIPALES?

Contestando a una nota de la Cámara de Apelaciones, el Departamento Ejecutivo de la Comuna puntualiza los cargos formulados en sentido general por el secretario de Hacienda, doctor Arambarri, sobre la culpable negligencia de la justicia en los asuntos de cobro de multas aplicadas por violación de las ordenanzas en vigor. Se trata de una nota documentada, severa, que no deja lugar a dudas acerca de la razón

que asiste al gobierno municipal. Por más que el Departamento Ejecutivo ha guardado siempre las formas, insistiendo reiteradamente para ante los jueces a fin de que los asuntos aludidos merecieran la atención correspondiente y se resolvieran en un sentido u otro, pero con observancia estricta del espíritu de imparcialidad que debe distinguir a la justicia argentina, por cada tres mil o cuatro mil causas promovidas por la Municipalidad sólo cien o ciento cincuenta de ellas encuentran la consideración de los magistrados. El resto, prescribe generalmente. La desproporción evidente entre las causas prescriptas y las falladas oportunidades evidencian que los jueces no toman en cuenta para nada las acciones promovidas por la Municipalidad. Tanto es así que, conforme lo revela la nota del Departamento Ejecutivo ampliando y fundando las declaraciones del secretario de Hacienda, doctor Arambarri, la prescripción se había convertido de hecho en norma de numerosos juzgados. Por práctica que no puede ser más condenable, en muchos juzgados se dejaban prescribir tranquilamente las acciones, llegando aún al exceso de dar por prescriptas causas cuyo plazo legal no había terminado todavía. De tal modo, abusando de esta situación anormal, aparecieron "corredores de prescripciones", oficio de vivillo, desde luego, y aparecieron asimismo los contribuyentes que no pagaban por regla y que se reían diariamente de las multas y de las acciones iniciadas por la Municipalidad ante la justicia.

Esta se habría convertido, pues, en el estímulo de los infractores.

¿Qué decidirá al respecto la Cámara de Apelaciones? He ahí lo que falta conocer. Pero es indudable que la palabra del doctor Arambarri debió cohibir un tanto el desenfado de los acreedores de la Comuna, de los aludidos corredores que hacían su pingüe negocio en el asunto y de los señores jueces cuya apatía resulta realmente inculcable.

EL PROBLEMA DE LOS CONVENTILLOS

Los Amigos de la Ciudad, la

benemérita institución organizada a los efectos de velar por la estética urbana y por la elevación de las costumbres ciudadanas, acaba de publicar una nota aludiendo a la necesidad de eliminar los conventillos de Buenos Aires.

En muchas ocasiones la prensa pugnó en igual sentido, entendiéndose que una razón superior de orden sanitario obligaba a desalojar de nuestra ciudad el repugnante cuadro de promiscuidad y miseria de aquel género de viviendas. Precisamente fué con idénticas razones que algunas eminencias médicas que nos visitaron recientemente abogaron por el mejoramiento de nuestras condiciones de vida, sosteniendo la necesidad imprescindible de extinguir el conventillo considerado como foco de propagación de muchas afecciones sociales. Es que el conventillo es algo más — mucho más — que una simple cuestión de belleza edilicia. No sólo lesiona la estética urbana. Antes que por esto, el conventillo es una lagra en nuestra ciudad por su carácter antihigiénico, por su condición de vehículo de las peores enfermedades colectivas. De ahí que la nota de los Amigos de la Ciudad no tendría sino la importancia de una nueva manifestación en favor de la supresión de los conventillos, de haberse concretado a plantear el problema en su aspecto sanitario y edilicio. Pero los Amigos de la Ciudad lo encañan en su faz moral y social; y ello concede a la nota referida una trascendencia singularísima.

Se puntualiza allí que en Holanda — por ejemplo — decretó la agitación comunista proporcionalmente al mejoramiento de la vivienda urbana. La observación es interesantísima. Coincide por la demás con la prédica comunista que, apartándose del concepto marxista que sostiene la revolución como consecuencia del determinismo histórico — la centralización del capital, etc., etc., — defiende la nueva doctrina de que los países de miseria y de atraso educacional y político son más propicios a la revuelta. El problema de los conventillos requiere, pues, de las autoridades del país, una solución radical.

PROLOGO

El viejo Jacob Meyer, con sus barbas tan inconfundiblemente hebraicas, como su nombre, se dejó caer en la banqueta del coche que debía devolverlo a París. Y al sentarse, suspiró con un disimulado regocijo. Sentíase dichoso a la manera del artista que acaba la obra a su gusto.

Sin embargo, continuó encorvado, venerable, con la vista fija en las tablas que formaban el suelo de aquel departamento del tren.

Nadie iba en la misma dependencia, y a través de la ventanilla, con su cristal en que reventaba el agua de una lluvia restallante, sólo el campo se divisaba, con la tierra y los árboles desnudos y negros en la plenitud del invierno.

Por fin arrancó el convoy, tras la sacudida de los topes.

Considerándose ya sin peligro de ajenos análisis, el viejo israelita, una de las mayores figuras en el mercado de cuadros, se irguió, y resarciéndose de la humildad fingida en que se mantenía siempre, lanzó al cielo gris una mirada de altivez. Y una gota vino a golpear el vidrio, como si la naturaleza contestase con un salivazo al reto del anciano.

Instintivamente, por herencia de raza, bajó los ojos. Convencido en seguida de lo pueril de su sugestión, se arrellanó lo mejor que pudo en el banco, encendió un cigarro, y al arrullo de las ruedas cantando en los rieles, entregóse a la rumia placentera, casi voluptuosa, de su empresa con tanto tino desarrollada desde sus comienzos.

Allá quedaba la víctima, pero su idea y su astucia triunfaban, como una espléndida venganza contra el mundo.

—Pobre Bonard — murmuró en medio de la estancia, recortaba tiempo de lobo y de zorro.

Y se le representó la escena que había presidido en la casaca de campo... Un hombre en plena juventud, que la temible enfermedad del pecho mató prematuramente, tendido en la cama, cubierto por una manta, que nada más dejaba ver la testa admirable, con su perfil aguileño, y los ahuecados párpados violeta en el rostro de marfil, con la melena rubia que formaba una corona de melancolía.

La luz indecisa que entraba por la ventana, casi no bastaba a esclarecer aquella alcoba improvisada en un taller de pintor no menos repentizado. Arrimados a las paredes, distinguíanse unos lienzos. Flotaba en el aire, junto con el de los medicamentos, el olor de los colores al óleo. Un caballete, en medio de la estancia, recortaba sus palos en la tenue claridad de la ventana, y parecía una cruz rota, de la que desclavaron al muerto, no menos dulce con su faz es-

La Gloria

Por Federico García Sanchiz

piritualizada que la imagen del divino Jesús de Galilea.

En un ángulo, una mujer lloraba envuelta en un chal con dos niños en los brazos.

A su mente vinieron días mejores en los que viese a aquellos mismos niños de la mano del hoy difunto pintor saliendo presuroso en busca del sol que tanto faltara en su modesto estudio. Se entene-

cos.

Como si las deidades malignas acudiesen en socorro de quien iba a ser presa del remordimiento, surgió en la memoria del respetable Jacob, la desbordante gratitud de la viuda.

—¿Cómo pagarle — decía entre sollozos la infeliz — todo lo que usted ha hecho por nosotros? Gracias a usted, mi pobre Lucía-

LA ROSA DE LA HUMILDAD

Junto al lago supremo de la vida donde el dolor es agua de bondad, entre las malas hierbas, escondida, se abre la rosa fiel de la humildad.

Difícilmente la halla el peregrino, y sin embargo, entre su sombra crece, —En su violáceo fondo está el destino, resita de papel que no perece.

Ella es la fuente de virtud infinita, que convierte en su ingenuo amor de niño, el ceñido sayal del eremita, en la gloria de Dios, manto de armiño.

Cuando Francisco, el manso "poverello", en el martirio de su santidad, quiso herirse en las zarzas de este suelo: ¡cada espina fué rosa de humildad!

Rosa preciosa y sabia, inagotable vaso sutil de amor desconocido, cuya esencia da vida perdurable! —El señor en tu planta ha florecido.

Como la primavera halló en su hora, al buen árbol oculto en la semilla y le alzó de repente hasta la aurora: así Dios, ha de aizar a quien se humilla.

Seré como varita del incienso que ofrendando su vida en su perfume, en delicado sacrificio inmenso, incondicionalmente, se consume...

Y en la breve ceniza perfumada que fué holocausto de mi voluntad, he de hallar — claridad corporizada — la rosa de la cándida humildad.

Fernán Félix de Amador

breció, endureciéndose la carátula picuda y bien barbuda del viejo marchante al recordar aquel cuadro de otras épocas.

Por su conciencia cruzó una ráfaga terrible.

—Bah! al fin y al cabo, también ellos participarán de los beneficios... Sin mí, la familia se arrastraría en la miseria... Por mi capricho, esos niños llevarán un nombre ilustre, y esa desgraciada recogerá unos miles de fran-

no no ha ido a morir a un hospital...

Porque esa era la suprema maestría del brujo. En lugar de acusarle por su crimen, recibía bendiciones. Nunca jamás se llevó a cabo una creación de la inteligencia con más cautela y tino. Jacob Meyer podía competir desde ahora con los grandes poetas que supieron inventar criaturas, y su Luciano Bonard, genio revolucionario de la pintura no valía me-

nos que Otelo en calidad de muñeco de la maldad de quienes la movían a su antojo.

Faltaba la segunda parte, la principal sin duda, puesto que el drama se hizo en preparación de un epílogo. No había miedo al fracaso. El fruto maduro se desprende de la rama por su propio peso.

En cuanto París conociese la muerte del maestro, lloraría sobre su tumba, abrumándola con laureles, billetes de banco, rosas... Y allí estaba Jacob Meyer para apoderarse de todo, hasta de un rayo de la nueva gloria, pues para eso se le debía el hallazgo de un talento y una producción que sin las precauciones del avisado marchante hubiesen desaparecido en la nada.

Llegaba el tren a la estación, luego de una corta ruta por la "baulieu", y el rabínico fantasmón tornó a caracterizarse de personaje plañidero y humilde.

Un taxi lo condujo a su tienda, en las cercanías de los bulevares. Al entrar en ella, encontró a un crítico de renombre, que con su "monocle" en la mano, a guisa de lupa, analizaba precisamente una tela de Bonard, que antes de marcharse colgó el mercader, en previsión de los acontecimientos. El crítico alababa el lienzo con unas manzanas, un jarro y un candelabro, digno de la firma de Cezanne.

Se volvió al reconocer por su saludo a monsieur Meyer:

—Soberbio, soberbio...

—¡Ah!... Pero ¿no sabe usted? Luciano Bonard acaba de morir... Vengo de cerrarle los ojos...

Y aquí siguió un responso en que el crítico y el marchante se disputaban el manejo del incensario. En definitiva; se marchaba con Luciano Bonard la mayor esperanza de la pintura moderna.

Un misterioso "gentleman" que recorría el almacén, quedóse escuchando, y ante los ditirambos de los dos panegiristas, y sobre todo al oír como alcanzaban categoría de reliquias hasta los más insignificantes croquis del malogrado artista, quiso adquirir el lienzo de las manzanas.

Galante, pero con firmeza, se opuso el anciano:

—Perdone usted, señor... Hoy no puedo tratar de negocios... El arte está de luto... Yo era el mejor amigo de Luciano Bonard...

—Su padre, su protector contra todos — añadió el periodista.

—¡Ah, eso!... — suspiró con modestia Meyer.

Principiaba la gran farsa, uno de tantos milagros del mal como se realizan en París.

Yo quisiera, joven lector americano, acaso artista fervoroso que sueñas en atravesar el Atlántico y en la conquista de Lutecia; yo quisiera que reflexionases sobre esta



historia, desgraciadamente exacta, y que avisado ya, no pueda repetirse en tí, la dolorosa experiencia de que la suerte quiso que yo fuera testigo.

I

Hay en París un edificio que llaman la Colmena, y que es una torre con estudios, en medio de un jardín.

Se halla a un extremo de la urbe, y desde su terraza se divisa esfumado un horizonte característico, y que despierta la ambición. En la lejanía bajo el cielo nacarado, se yergue la torre Eiffel, se eleva el Trocadero, y cien siluetas más de monumentos de fama universal. Con la distancia, en su panorámica amplitud, parece fácil abarcar el horizonte tan significativo, y muchas veces los melencólicos todavía desconocidos no saben resistirse al gesto vago y dominador...

Ocupan las celdas pintores y escultores ignorados, algunos con genio, no pocos condenados al fracaso. Con especialidad se encuentran allí rusos y polacos, con greñas apostólicas en torno a sus faces chatas y visionarias, y que no pudiendo encender la estufa, trabajan sin quitarse su capote de emigrados. A media tarde, sin que se hayan puesto de acuerdo, unánimemente invadidos por la nostalgia eslava, rompen a cantar los corales de la estepa, y flota alrededor de las estafalarías viviendas, como una atmósfera melancólica, el eco de las remotas canciones graves...

Italianos, españoles, americanos y algún francés de provincia, se instalaron también en la Colmena. En las noches apacibles no es raro oír una guitarra que invoca inútilmente a la luna alpujaneña.

Castaños de Indias y plátanos juegan a formar bosquecillos en el jardín, sobre la tierra húmeda y musgosa, rodeando una fuente que en invierno se hiela.

Y por entre esos troncos, como en un friso decorativo de Puvís de Chavannes, pasan mujeres peregrinas. Las esposas de los artistas, muchas antiguas modelos, varias todavía bellas, y casi todas conservando su peinado "boticellresco" de la época en que eran el orgullo del Barrio Latino.

La niebla se deshace en las ramas desnudas, desgarrando sus velos elegiacos...

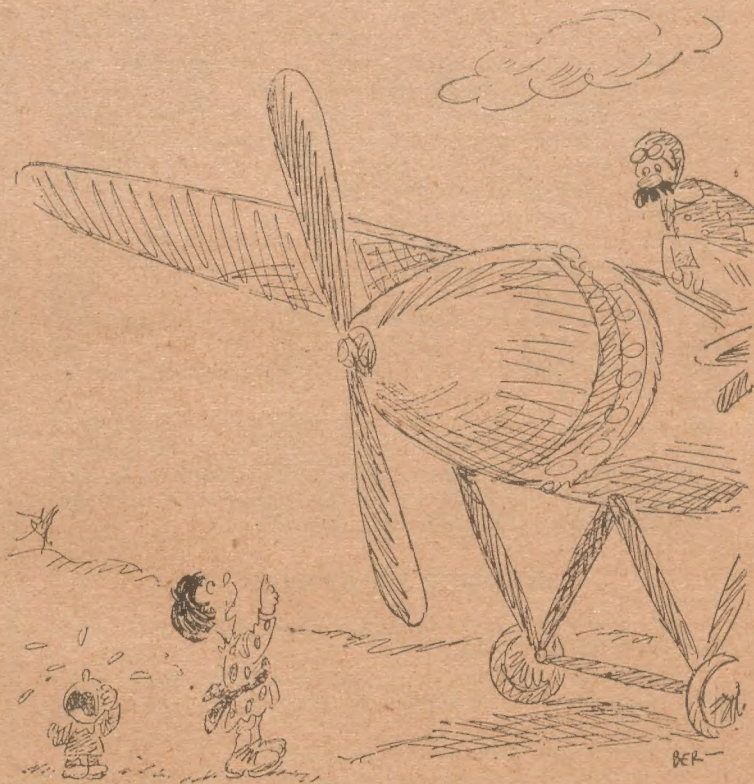
En una de tantas celdas vivía hará diez o doce años un muchacho bretón, taciturno y voluntarioso, hijo de unos pescadores de la costa patriarcal. Compartía el taller con un catalán de pelo rojo, especialista en la pintura al modo de los primitivos, y que en tanto convenía a las gentes del valor de sus tablas pseudoflamencas, caminaba por París con una extraña indumentaria: sombrero ancho, chaquetilla de terciopelo

azul y un capote de lidiador toros. Un día, un inglés "splénico" se interesó por la vitola del andaluz honorario, y lo siguió a su taller, y le compró sus retratos. Al punto, desertó el catalán de la Colmena sustituyendo su traje corto por un terno burgués. Quedó solo Luciano Bonard, el bretón, quedó solo, lo cual quiere decir que tenía que pagar sin colaboración el alquiler de su cubil. Sin recursos, no bastando el giro, escaso y casual, que de tarde en tarde le enviaba la madre, una viejecita aureolada en una cofia, se dedicó a modelo de sus colegas más afortunados.

ye una barca, como se echan y se sacan las redes allá arriba; he ahí su testarudez.

De cuando en cuando, una epístola materna, desde luego, no escrita, aunque dictada por la viejecita, mientras retornan los hombres del mar, y a esto reducíanse sus relaciones con la mujer.

En esto, una escultora de afición, rica, fantasista, recibió como modelo al pequeño salvaje. No dominaba su oficio, la verdad. Pero en cambio era una teorizante maravillosa, desde luego, rebelde. Más en su vida, que en su arte. Enamorada de las leyendas egip-



—La niña: ¿Quiere usted el favor de alcanzarme el globito de mi hermano?

En los estudios de los artistas consagrados, donde se ignoraba la vocación del muchacho, pagábase la estatuaría de éste, un rústico fuerte, toscamente apolíneo, un pescador más, si no le traicionase su mirada transparente y soñadora.

Volvía a la covacha, helada, inhospitalaria, con el techo en declive, y un miserable tragaluz, y para calentarse pateaba en el suelo y se aporreaba a sí mismo.

Después, entregábase al trabajo, dibujaba, estudiaba su propia expresión en el trozo de espejo, copiaba su mano izquierda, los pliegues de su capa de hampón, un libro, una cacerola... Los famélicos comen raíces, guantes, madera. Así el pintorecillo se embriagaba ante cualquier volumen y forma plástica...

Tenía talento, y más aún que talento trajo de su aldea el tesoro de una honradez invulnerable. Se asustaba en su soledad de los conchavos demoniacos de los vecinos de la Colmena. De igual modo no comprendía nada de teorías y capillas de estética de barrio. Trabajaba heroicamente, como se constru-

cias, buscaba enlazar la psicología moderna con el más misterioso de los arcaísmos. Mientras se presentaba el instante feliz de dar con el secreto único, hablaba, fumaba cigarrillos orientales, departía con sus visitantes, una serie de snobs.

Luciano ni se enteraba de las cosas que allí se decían. Pero aun adivinando la locura en el ambiente, le gustaba posar en aquel estudio, siempre tan confortable con deliciosos rincones, de reposo, y en el que un criado de librea, con una camarerita de negro con puños de encaje, deslizábanse entre los mármoles y las enormes pellas de barro.

Desde la tarima de los modelos, el muchacho dejaba errar su vista por el inmenso ventanal, que cruzaban las ramas de un abeto.

Llegó a familiarizarse con las cosas más que con las personas, y los días en que faltaba *madame*, en vez de aprovechar las vacaciones, agazapábase en un rincón, saboreaba el deleite de la riqueza...

Una de las tantas tardes se atrevió a realizar un deseo que le ator-

mentaba desde mucho antes. Y fué que agarrando el carboncillo y un tablero, se puso a dibujar copiando un torso milenario que había sobre un caballete. Al principio, se sobresaltaba del menor ruido. Pero a poco se embriagó, y ya encendidos los pómulos en el fuego sagrado, vivía en otro mundo. ¡Qué felicidad trabajar así, sin frío, sin tenerse que soplar los dedos que se agarrotan, y manejando un carbón suave sobre un papel agradecido al trazo como a una caricia! Tanta felicidad, llega a sofocar, y el mozo descansaba para respirar a pleno pulmón.

Era feliz, como nunca. De repente, la catástrofe. Se abrió con disimulo una puertecita, avanzó *madame*, avisada maliciosamente por la doncella del uniforme coquetón que no se resignaba al desdén que le manifestaba el zagal, y el intruso fué sorprendido en flagrante delito.

Los minutos eran eternos. De pie, con las piernas engarabatas, no se atrevía el bribonzuelo a levantar la mirada de la alfombra, y en la alfombra moviéndose con picardía los zapaticos de la camarera, contribuían a complicar la situación.

A lo mejor pasan cosas absurdas. ¿Pues no va, y tras largo examen, se entusiasma la escultora? No sospechando los antecedentes de su modelo, creyó en un caso de genialidad fulminante, y hallaba en sus rasgos esa sencillez que en vano buscaba para sus esculturas arcaizantes. Le acometió ese furor misionero de las damas que se desvelan por convertir negros y bautizarlos. Y en seguida forjó la novela. Había encontrado un primitivo, un auténtico primitivo. ¿Qué sabía de reglas ni academias el gánán venido de Bretaña? Dibujaba como los primeros ingenios de la tierra, naturalmente sin técnica, como fluye el agua...

Y no quiso enterarse de más. Saboreando de antemano el suceso que le aguardaba, se propuso cultivar al muchachote, lanzarlo.

Lo animó a hablar, corrigió su historia, para que la contase en adelante de otra manera y lo redimió de la Colmena. En un pabellón del parque, de su palacio le dió alojamiento. Dudó si educarlo o no, por miedo a entorpecer su virginidad artística. Prodigaba los discursos sobre la testa fuerte, que a pesar de ello no alteraba su serenidad... En pocos meses el salvaje, se alargó, se ensanchó, y al par, que su diestra ganaba en sabiduría.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. El lobezno, pletórico, no supo resistirse a las tentaciones de la camarerita, hermosa como una manzana de la patria chica. Y como una tarde fué sorprendido dibujando, otra fué sorprendido a la caza de la ninfa doméstica, delatándose él mismo al quebrar una

rama de un zarpazo en el parque fragante y luminoso de primavera.

Ella, la seductora, y su seducido, fueron echados del palacio sin demora con una autoridad tajante como la guillotina.

De nuevo Luciano Bonard se encontró en la calle. Pero ya no se dirigió a su colmena. Conoció otras mieles.

II

La segunda, casi inevitable caza en la carrera de un artista en París, consiste en arrastrarse de café en café por el Barrio Latino, Montmartre o Montparnasse. De ahí, de cualquiera de los tres criaderos de inmortalidad al cabo de los años se parte para la academia, para el hospital, o simplemente para una oficina del estado o una tiendecita en provincias, según los luchadores triunfen, y si fracasan, se rebelen o se resignen a reintegrarse a la burguesía de donde salieron...

Luciano Bonard conoció ese período de una bohemia estéril.

Se dejó los cabellos largos, usaba chambergos, se uniformó de pintor. Con otros colegas ocupaba un estudio frente al Luxemburgo, especie de dormitorio de cuartel. La compañía se levantaba tarde, y dirigíase a una cervecería a esperar la hora de la comida, de su única yanta de la jornada. Y vuelta a la *brasserie* donde pedía recado de escribir, utilizando el papel y la puma en ensayos de composición de sus futuros cuadros, que pintaría cuando tuviese dinero. Al lado suyo, Mimi y Musettes, fumaban cigarrillos, languideaban de hambre y de romanticismo, y literatos en ciernes libraban verdaderas batallas intelectuales:

—¿Anatole France? Un camello que juega al abate... ¡Dejadme en paz con vuestro Anatole!

A eso de las dos los camareros comenzaban a colocar las sillas encima de las mesas y la tropa había de emigrar, desgranándose a lo largo de las aceras en sombra y desiertas, mientras por la calzada llegaban las primeras carretas con las coles y las zanahorias para el mercado...

Luciano destacó en seguida en las asambleas. Ya no era aquel mozallón que conservaba el aspecto de la timidez de los pescadores. Adelgazó y empalideció, y en cuanto a su moral, rota la voluntad servía a maravilla las exigencias del momento. Recordando trozos de los paliques con su protectora, abusando del privilegio de iniciado que le confirió su permanencia en el *atelier snob*, peroraba por encima de todos. Se le consideraba como el jefe seguro de alguna escuela que se inventaría el día menos pensado.

Por lo que toca a trabajar, nada. Consciente de su primitivismo,

explotaba esa paradoja de ser intencionalmente ingenuo. De raro en raro repetía un croquis que ya trazaba de memoria, y en el que comulgaban las pequeñas multitudes de los melenudos.

Las mujercitas pálidas y anémicas le amaban, y se colgaban de su brazo confiadamente.

Pero en lo que destacaba como nadie era en la *pose*, en el cabotimismo. El antiguo doncel que

allá de la verdadera vida? Lo importante era no claudicar y para defenderse contra imaginarios fantasmas y seducciones soñadas, fortalecíase el desventurado con el alcohol que en los mismos valadores bebieron Verlaine y los suyos...

A lo mejor la policía se presentaba en cualquiera de tantos cenáculos, y daba la orden general de trasladarse a la comisaría.

LA SORPRESA

Por lo demás, es acaso oportuno nada pedir, para esperar lo todo.

Si a diario te levantas con el propósito de no reclamar mercedes a la Vida, no habrá jornada sin bella sorpresa, porque la Vida te otorgará siempre algún don.

Tú te dirás: "Hoy aceptaré todos los dolores, todas las fatigas y dificultades del día, con ánimo igual".

No pensarás en ningún placer. Verás sólo el surco que debes abrir, bajo el chorro de fuego del sol.

Ningún espejismo engañará tu camino.

Estarás de antemano resignado a todos los golpes.

No atisbarás ni alayarás el horizonte para ver si se acerca alguna dicha.

Y así pasarán los días, monótonos, con pocas satisfacciones y muchos deberes.

Como nada pides y todo lo aceptas, tú estarás ensimismado y distraído en tu labor.

...Mas de pronto, la Vida, que te preparaba su sorpresa, te mandará su enviado: el esclavo nubio de las ajoreas de oro, llevará sobre sus manos de ébano la bandeja de maleta, y sobre ella brillará el presente mágico, el presente inesperado, y por inesperado maravilloso.

IRAS POR EL CAMINO

Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la admirable pregunta de Franklin:

—¿Qué bien puedo yo hacer aquí?"

Y siempre encontrarás una respuesta en lo hondo de tu razón.

Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo.

Y cuando a nadie veas en la carretera llena de huellas, que relumbra al sol, cuando el camino esté ya solitario, vuélvete hacia tu Dios escondido.

Si Él te pregunta dentro de ti mismo:

—¿Cómo es que no me buscabas, hijo mío?

Le dirás:

—Te buscaba, Señor, pero en los otros.

—¿Y me habías encontrado?

—Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en el desvalimiento de los otros.

Y Él, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

Amado Nervo

se ruborizaba como las muchachas aldeanas, se convirtió en un vanidoso cómico, si no irritante. Una noche tiznó el mármol de la mesa cafeteril con unos garabatos indescifrables. El genio trabajaba. Al terminar solicitó un papel de fumar sin levantar la vista de su obra, como los dioses piden las cosas en el círculo de sus devotos, y cuidadosamente sacó un caleo. Sería una lástima que se perdiera la manifestación aquella de su talento...

En vano la madre desde la costa seguía enviando sus cartas bondadosas y prudentes. ¿Qué sabían

Siempre cazaban algún pájaro de cuenta. Rusos nihilistas, griegos tramposos, indocumentados de toda laya. Los contutlios que resultaban sin culpa tornaban a juntarse, y buscaban por los rincones de la taberna el papel de cocaína, los granos de opio, que ocultaran al presentarse los agentes.

No sólo efectuaba tales levadas la policía. Jacob Meyer, al descuido, parodiaba esas redadas. Abandonando su lujosa galería de los bulevares, dirigíase a los viveros en busca de la presa. Comparaba alguna tela, hacía préstamos con

desinteresada apariencia, aconsejaba a los principiantes, induciéndoles a combatir a los viejos.

Tuvo que resignarse a no encontrar nada útil, y ya no pensaba volver a sus pesquisas, cuando descubrió a Luciano Bonard. "He aquí, mi hombre," se dijo. Con talento, pero tonto, el cabecilla se prestaba a ser manejado como un monigote *guignolesco*.

El venerable Meyer fingió interesarse por sus teorías, y admirar las dos o tres demostraciones plásticas que hizo el revolucionario. Pagaba sus *boks*, le adelantó dinero, y acabó llamándole aparte y proponiéndole un contrato paternal. Bonard no se extrañó de su fortuna. Al contrario, se asombraba de que no llegase mucho antes. Desde el episodio de la escultora, creíase elegido por la suerte. Aceptó la oferta del auxiliante. Oferta, por lo demás, encantadora. Consistía en producir cuanto quisiese, y allí estaba Jacob para comprarle todo. Claro que no a muy buen precio. No importa. ¿Es que no significaba nada ser lanzado por el primero de los mercaderes? Aparte que con ropa nueva y tabaco en la pipa, Bonard creíase igual a los dioses...

El astuto hebreo comenzó a propalar la buena nueva de su hallazgo. No enseñaba jamás sus adquisiciones. Limitábase a decir cómo había encontrado por fin un joven que acabaría con los prestigios consagrados, los que se sobreviven. Así se cogía al anhelo que se respiraba en el aire, de una renovación pictórica. Empollaba al aguilucho.

Deslizaba en la prensa sueltos intencionados, asistió a varias exposiciones con su cachorro, lo colmaba en público de atenciones.

Llegó a más. En una ocasión, con el mayor sigilo, condujo a la trastienda a un crítico famoso, y le enseñó un dibujo, rogándole el secreto.

—Todavía es pronto... Aguardemos un poco... No vaya a malograrse el *Delfín*.

Naturalmente, el crítico, se apresuró a publicar la noticia. El dibujo era de mano maestra. Podía rivalizar con los mejores de Degas, el inimitable. Y no es que Bonard copiase al insigne pintor de bailarinas y caballos. Bajo otras cualidades competía en sutileza y distinción con Degas, reducido así a mero antecedente. Profetizaba un alba de oro en el arte, el gacetero ilustre.

¿Cómo se refa a solas el bueno de Jacob Meyer! El dibujo era del propio Degas, aunque desconocido, una adquisición casual... Luciano, al pronto, se indignó por la farsa. Tuvo que ponerse serio su mecenas:

—Amiguito mío, es usted un desagradecido... Y un egoísta... Yo me preocupo por crear su gloria, y usted me sale con sus vani-

dades...

— Señor Meyer, mi dignidad...

— ¡Su dignidad! ¡La dignidad del rey del hampa!... ¿Qué era usted, cuando yo lo recogí del arroyo?... ¿Es que mi dinero no vale nada? Me duele mucho tener que hablar así... Pero ya que usted se empeña. Sepa el caballero que me he equivocado en usted...

— Señor Meyer...

— Sí, me he equivocado... Yo creí que tenía usted un talento, que no tiene... Ya es tarde para retirarse. He gastado mucho, y luego, mi prestigio de conocedor... En suma, sea como sea, estoy dispuesto a hacerle a usted célebre...

El miedo o la compasión, ante la desenchajada faz de Luciano le llevó a añadir unas palabras amables:

— Déjese usted querer, tontín...

Todos los grandes maestros han recurrido a estratagemas por el estilo... Olvide lo que le dije... No es verdad que no tenga usted condiciones... Cierzo que yo esperaba más... Pero esas son crisis, y ya reirá bien quien reirá el último...

Salió a la calle Luciano y se tropezó con unos colegas. Le hablaron del artículo en el gran cotidiano. Luciano, no supo resistir a los elogios, y con hipocresía cortesana quitaba grandeza a su éxito. Su celebridad, fatalmente, aureolaba su testa de elegido.

III

Pasaba el tiempo, y fué preciso decidirse a dar la batalla. Había que organizar la exposición Bonard. ¡Qué gran escándalo, tras la prolongada expectativa! Jacob Meyer guardaba en su cueva la pólvora necesaria para el estallido. Las obras de Luciano Bonard, provocarían las más violentas discusiones. En su fuero interno, el marchante despreciaba la labor de su protegido. Sin embargo, conocedor de su tiempo, esperaba mucho de aquella serie de telas que iban más allá de todas las escenas últimas. Se hablaría, de seguro, contra los clásicos y los románticos, y un público de damas desquiciadas, y señores a la moda, se estremecerían con un estremecimiento inédito. La desorientación, y los precios muy altos, compondrían un suceso enorme.

Cautelosamente, Jacob preparaba su petardo.

Hizo correr el rumor de que por fin sería posible admirar el tesoro que encerraba bajo siete llaves, ese tesoro que su autor se negó a enviar a los Salones oficiales en el Grand Palais, desdeñoso de los jurados y las medallas.

A decir verdad, las producciones de Luciano Bonard, poseían la rara virtud de una mistificación magistral. Acaso el pintor ignoraba su falsedad y se engañaba a sí mismo. Destellos de un tempe-

ramento real y noble, iluminaban la parte derivada de las teorías para epatar a los burgueses.

Y era en esa parte falsa y ofensiva, donde Jacob Meyer fijaba sus esperanzas, contando con la ayuda de la crítica que no sabe o se deja sobornar.

Y contra aquellas desdichadas gentes que protestaban, no había sino calificarlas de atrasadas.

¡Ay, de quien osara no maravillarse ante aquella cocinera des-

Un prólogo de un firma universal, judía como el marchante, y de la que se susurraba si andaba a la parte en los negocios de éste. Y en un soberbio papel raro, con ancho margen respetuoso, uno de aquellos croquis de la mesa de los cafés bohemios, como un escarabajo seco y montado en oro o platino.

Total, la venta no bajaba de unos centenares de miles de francos. Provecho exclusivo del mer-

triste nueva. Y considerándose todos un poco culpables del abandono en que había vivido el insigne artista, insinuaban el proyecto de una exposición póstuma, a la mayor gloria del muerto, y a beneficio de la viuda. La idea fué acogida con entusiasmo.

Dos semanas después se celebró la exposición, en medio de aclamaciones. Los museos adquirieron obras y los amateurs se disputaban hasta los más insignificantes apuntes. Se hablaba de erigir un busto al finado, en un parque parisense...

Y el día señalado para la clausura como escapado del campo-santo surgió, y se personó en la sala, el muerto glorificado, ¡qué no había muerto!

La diabólica estratagema soliviantó los ánimos, con inacabable regocijo de los espectadores hasta entonces indiferentes. Pero ¿cómo declarar críticos y aficionados su decepción? Al revés, se felicitaron de lo ocurrido, y el formidable humorista quedó rico y célebre.

Sin embargo, era peligroso navegar en su estela, y de ahí el riesgo de la nave imaginaria. Vino la reacción recelosa, la desconfianza, y otra vez los gatos escalados huían del agua helada.

Jacob Meyer se mesaba las barbas como un profeta legendario de su pueblo. Necesariamente había que aplazar el acontecimiento de la revelación de Bonard. Era excesivo dos fraudes en una temporada. Paciencia, y a esperar ocasión propicia. Los negocios tienen sus quiebras...

Consolándose, el viejo, miraba a Luciano, blanco de ira, al descubrir con la última hazaña de su protector, hasta qué extremo se le tomaba por el instrumento de una ruindad. Quiso rebelarse, y se encontró maniatado con mentiras y compromisos. En adelante, y siempre, no significaría más que lo que se antojase a su tirano. ¿Cómo salir de la trampa! Acarició la ilusión del suicidio, la de matar al monstruoso mercachifle, la de romper los lienzos que yacían abajo, en la cueva misteriosa...

Sacudido por el ataque de cólera, tembló, se ahogaba, crispó sus manos, se le desenchajaron las órbitas, y rendido a la postre, rompió en una tos violenta y penosa, y en sollozos, y cayó al suelo desmayado.

Entre el marchante y sus criados trasladaron a Luciano a un diván. No pesaba nada el pobre-cillo. ¡Cuán distinto el lamentable pingajo humano, de aquel moza-lón fuerte y macizo que traía la salud del mar! ¡Lívido y agudo, con sus greñas en torno al rostro inefablemente dulce en un desvanecimiento el cuerpo caído y como exánime, evocaba entre los brazos del israelita de las barbas blancas, sagradas escenas del enterramiento de un rabí que aún venera la humanidad...

Episodios de la Vida de Reina — No. 5



Primera Comunión

La fragancia del Jabón Reuter es delicada y sutil. Da al cutis un perfume exquisito que perdura mucho tiempo. La mujer elegante lo usa en el tocador y el baño; y las madres le han considerado, desde hace algunas generaciones, como complemento necesario para proteger el delicado cutis de sus pequeños. La creciente demanda del Jabón Reuter es la mejor recomendación.

70 centavos
cada jabón

Representantes ILLA Y CIA.,
Maipú 73, Buenos Aires

Jabón
REUTER

nuda y borrosa, que su autor titulaba *Sinfonía en rosas*! Sin duda, no faltarían infelices que abriendo sus ojos, no comprendiesen la belleza del cuerpo que semejaba un cántaro roto, y de su interpretación magnífica. Pero es que se necesitaba entornar los párpados, en lugar de separarlos, y entregarse al éxtasis, y luego acudir al recuerdo de los grandes maestros italianos, y al par de los alemanes remotos, y de Velázquez y Goya, toda la historia del arte, bien que mejorados los modelos con no sé qué de inquietud luminosa, que no acertaban a comprender ni los impresionistas tan cacareados...

El catálogo sería un prodigio, un alarde de virtuosismo estético. Citas de Baudelaire y Mallarmé.

cader, que para eso pagaba en buena moneda los lienzos según los entregaba Bonard.

La exposición celebrárase en distintos sitios. Primero en París, luego en la Costa Azul, mercado de los millonarios americanos e ingleses. Todo iba como una nave a favor del viento...

Sucedió de improviso algo que hizo tambalearse y poner en peligro de naufragio a la metafórica nave. En vísperas del escándalo en preparación, otro, inesperado conmovió a París. Una mañana, divulgaron los diarios la muerte repentina de un gran pintor. Según las informaciones falleció el maestro en el extranjero, en una isla oceánica, cuando se disponía a emprender su obra capital. Sinceras lamentaciones glosaban la

En un relámpago de claridad perverso, Jacob Meyer sintió una suprema inspiración:

—Este hombre tiene que morir...

Y se dedicó a reanimarlo con una infinita dulzura. Porque tenía que morir, pero no así, y ahora, que estaba reciente la añagaza del resucitado. Había que preparar el fin con idéntico tacto que la fama de que se esperaban magníficos provechos.

Luciano Bonard recobró el sentido y halló sobre el suyo, el rostro patriarcal del anciano, que le sonreía generosamente.

Y fué Jacob Meyer quien condujo al enfermo a un coche, acomodándolo en un ángulo con previsiva solicitud.

Quiso acompañarle a su casa. Cedió, ante las obstinadas negativas de Luciano y se contentó con ver como se alejaba el fiacre.

Su cómplice, el crítico, lo halló todavía plantado y reflexionando en la puerta.

—¿No tiene usted frío?

Como despertando, contestó el marchante, con una voz trémula de emoción:

—Ese pobre Bonard, se nos muere... Acaba de darle un ataque terrible... El pecho, debe ser el pecho...

El crítico, apartó de sus labios el cigarro que fumaba, y tradujo el oculto pensamiento de su amigo:

—Nadie más que nosotros tendrá obras suyas.

Epílogo

Sobre la tumba de Luciano Bonard florecen unas plantas humildes, y santifica su memoria la virtud de una pobre mujer.

Únicamente ella no asistirá a la consagración de su marido. Compañera de amarguras, creía traicionar su culto al muerto, si acudiese a recoger una felicidad que no compartirá el que yace bajo tierra.

Y no sabe la sentida que su apartamento de la feria en la galería Meyer, es un premio que conceden los dioses a la criatura purificada por el dolor.

La apoteosis que se está desarrollando en París heriría su corazón. Porque la vanidad, la codicia, y mil trivialidades se disputan los restos de la sombra adorada. Y a través del ruido mundano la sensibilidad exaltada de la viuda, aún una niña, acabaría por descubrir las más crueles realidades.

Dejadla que siaga creyendo en el genio de Luciano Bonard, y en el patriarcalismo de Jacob Meyer, aunque un secreto instinto la induzca a desconfiar del anciano con su aspecto bíblico.

Y quizás si averiguase, la sospecha bastaría a atravesar su pecho con los siete puñales de la Dolorosa...; quizás averiguase que precisamente Jacob Meyer fué el matador de Luciano...

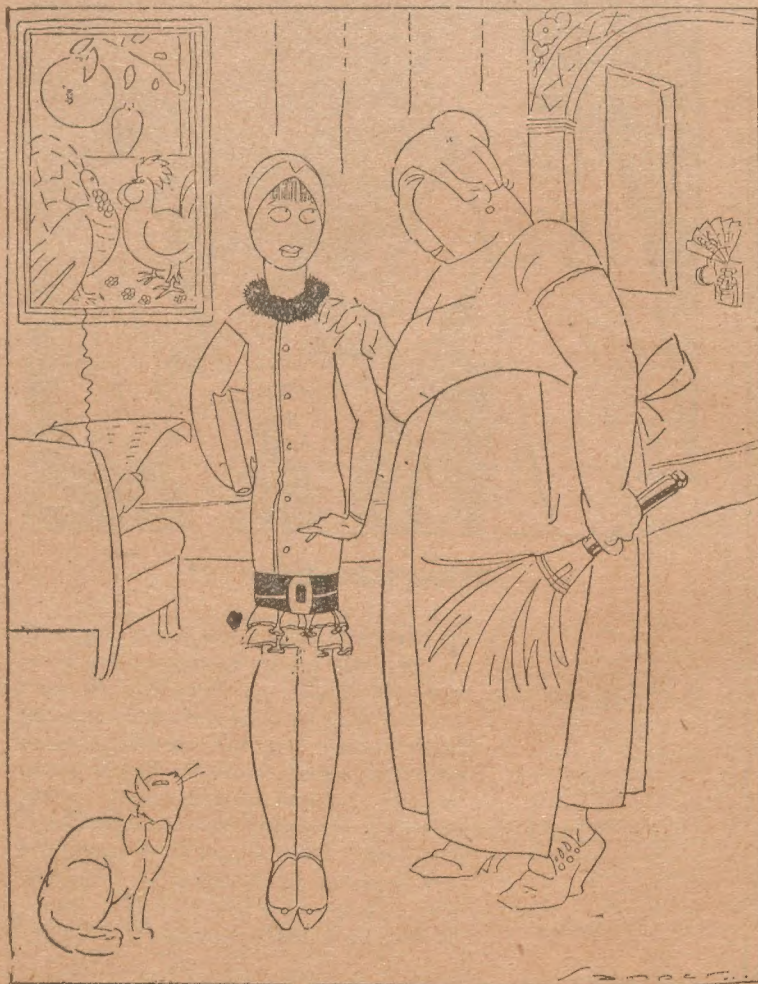
El asesino. Un asesino inalterable y lento, que arrastró al pintor de tentación en tentación, que fingiendo regañarle como a un chico travieso, entregábalo a su ruina, otras veces, con pretexto de no contrariar al artista, aun fomentaba sus vicios. ¿Quién sino él procuró en ocasiones las drogas malditas al agotado héroe de una leyenda? Luciano Bonard murió en los tormentos de los paraísos artificiales.

¿Maquiavelismo del judío? En esto se equivocaba el malhechor solemne y hasta beatífico. Bonard

¡Bah! ¿Quién se acordaba de la escena inolvidable sin embargo? Es Primavera, y el cielo es de un azul pálido por el que cruzan los pájaros alegres, y la tierra, jugosamente verdeada, se llenó de flores estrelladas y níveas, con un botón de oro.

Susana con sus niños de la mano, abandona la casa, risueña al sol, cruza los sembrados y se dirige al cementerio rural.

Se comunicará con Luciano, porque seguramente él, que ya no ignora nada, prefiere el idilio silencioso, a la bulla de su exposición.



—Si Pepe quiere pedir tu mano, que venga a verme.
—¿Y si no viene?
—Entonces iré a verle yo.

no ignoraba que iba suicidándose día a día, desangrándose gota a gota. Pero se embriagaba de *coco* para alejarse de su tirano. Quizás adivinó los propósitos de su explotador, que llevaba la empresa más allá de la muerte. Y en el horror ante la horrenda verdad, entrevista con espanto, queriendo olvidar, luchaba por desaparecer, y eligió ese medio, ya sin valentía para el golpe decisivo y de una vez.

A lo mejor, una mirada, una risa importuna, palabras sueltas del pelele en que se había transformado el bretón rudo y heroico, penetraban como un cuchillo en la carne del viejo Jacob.

Para evitar ese pelibrio que a temporadas se presentaba con una frecuencia inquietante, el mercader acabó por llevarse al campo a su ahijado, y poco después agonizaba el enfermo, en un día lluvioso desolador...

ción en la urbe.

¿Te acuerdas, hombre amado, como ninguno? Arrancaste de su hogar ignorado y apacible a la doncella casta y crédula. No te siguió alucinada, a pesar de todo, con su precoz serenidad sabía las amarguras que el destino le reservaba a tu lado. Y fué tuya. Te adoraba y te compadecía. Sufrió en silencio, y casi debe a la muerte el poder de acercarse a ti con sosiego. Nada ya podrá separarte de su corazón. Y lo que tú no pudiste saborear de sus ternuras célicas, tus hijos lo sentirán en sus labios y en su alma.

Susana, una burguesita, no entendía el arte de su marido, acaso porque entendía el arte. Si se resignaba a sus desastres morales, ¿cómo no iba a seguirle en locuras de su profesión? Lo animaba y acertaba a ocultarse cuando las crisis del enfermo lo hacían rencoreso y cruel.

SABAÑONES

USE PASTA VASENOL

A todos, a todos, a los vecinos, a los amigos que te negaron el saludo, y que ahora le escribían aconsejándola para que desempeñase a la perfección su papel de viuda de un genio, hasta que convencidos de la inutilidad de sus prédicas, enmudecieron, limitándose a no comprender cómo el gran Bonard se casó con aquella tonta... A todos perdonaba la desventurada, sin recrearse en la venganza que le proporcionaba el cielo, por obra del diablo.

Querer, nada más a la ancianita de la cofia, que allá en la costa aguardaba a su hija y a sus nietecillos.

Las dos mujeres se escribían siempre lo mismo.

Ultimamente decidieron juntarse, en el culto del muerto.

Y al heredero de tanta gloria Luciano, el mayorcito, cuyo presente, cuyo porvenir ya desvelaba a entrambas madres.

Así que se resolviesen definitivamente los asuntos, Susana marcharía a la aldea marinera. Como presintió un calvario detrás de la boda, así comprendía su existencia futura. La parisienne frágil y delicada, de piel suave, de gusto refinado en su seneillez, no aceptaría pasar por intrusa en el corro de los pescadores. Y ya se contemplaba con la cofia impecable y aleteante, con su corpiño rígido, con sus faldas voluminosas, con sus zuecos. Sería una pescadora más...

Ella sí, pero el pequeño Luciano... ¡el pequeño Luciano había que defenderlo contra cualquier riesgo! Pescador, de ninguna manera.

Sin hablar, participábale la viuda al invisible, pero presente marido, sus ideales santos.

Vibró una fibra escondida en el salterio espiritual de la viola. Sin atreverse a confesárselo, se susurró al oído de su alma;

—¡Qué dicha, si saliese pintor!

La hembrita fina y dulce, se traicionaba, suspirando aún con sus romanticismos de soltera...

Bueno, y si el diminuto Bonard, llegaba sano y salvo a su juventud... — ¡Dios mío, defiéndeme, contra la difteria, contra lo imprevisto, contra la brutalidad de los hombres! — y si resultaba apto para la pintura, ya se encargaría mamá de que su hijo pintase cosas más bonitas, y sobré todo, de que no lo deshicieran los mismos daños que al bohemio y mártir que por sus pecados ya no podrá recibir los besos de su propia carne...

Aunque D. Osorio Redondo, usurero de oficio, no era aficionado a soñar, porque no era aficionado a la mentira y jamás ganancia que obtuviera soñando, ingresó en forma de plata o de oro en sus arcas, una noche soñó el sueño disparatado que, en forma de cuento, vamos a referir.

Soñó D. Osorio que se había levantado temprano, según su costumbre, porque era gran madrugador: ¡cómo que el tiempo que se pasa en la cama es tiempo perdido, que ningún interés proporcional!

Levantóse temprano, como decimos, y fué a casa de una de sus víctimas; es decir, de uno de sus deudores; pero no le encontró. Y como era día de vencimiento y la hora se aproximaba, resolvió dar caza al misero, que sin duda, huyendo de D. Osorio, había salido de casa tan de mañana.

Preguntando y volviendo a preguntar y arrancando con tenazas y con pinzas la verdad a la fórmula que le había abierto la puerta, supo que el deudor, D. Lorenzo Pedrajas, había ido a misa y a oír el sermón. Y allá se fué resueltamente D. Osorio.

Cosa extraña, o mejor dicho, cosa natural; al entrar en la iglesia ningún pobre le pidió limosna.

Entró con apariencias de piedad — que esto a nadie perjudica, ni siquiera a un usurero, — y tomó agua bendita — porque siempre tomaba lo que de balde podía tomarse; — pero no se persignó, para que la gente que le conocía no dijera: “detrás de la cruz, el diablo”.

Miró con sus ojillos, que chisporroteaban, por todas partes; y aunque vió algunos deudores, no vió al que buscaba, y con los otros nada tenía que hacer por entonces, porque no les había llegado la hora del vencimiento.

No tuvo más remedio que esperar y hacer como que oía el sermón que en aquel punto empezaba.

Las palabras del sacerdote llegaban confusas a sus oídos; ni tampoco prestaba él gran atención a lo que iba diciendo el orador sagrado.

Su vista se fijaba en el altar mayor, que era una asena de oro. Y calculaba de memoria las doblillas que con aquella masa brillante hubieran podido acuñarse de haber sido macizos y de metal de ley todos los adornos del altar.

De repente llegaron a sus oídos, de una manera clara, estas palabras del sacerdote: “Dios da ciento por uno”.

Y él, maquinalmente, se puso a repetir: “Dios da ciento por uno: bonita ganancia; bonito negocio: ¡quién pudiera prestarle a nuestro Soberano Señor!”

Y de tal modo se le aferró la idea, que en ninguna otra pensa-

LA SEGUNDA HIPOTECA

(El sueño de un usurero)

Por José Echegaray

ba, ni de cuanto le rodeaba se daba cuenta; y hasta se olvidó de su víctima.

La frase sublime del orador sagrado resonaba en sus oídos con el alegre tín, tín, tín de la plata y el oro. Y todo el espacio se le llenó de letreros que eran otros

ta a Dios y que Dios devuelve el ciento por uno. Con lo cual sacó una moneda de 10 cts. del bolsillo para dárselo a una pobre ciega que tenía la mano extendida. Pero se detuvo, porque pensó que si dando una moneda Dios le había de devolver otras cien, dando a la

LAS CANCIONES DEL LIMITE

(Para “FRAY MOCHO”)

...DONDE ESTARA MI CONSUELO?

Esperanza inmortal que el alma alientas
con tu perfume astral de puro cielo
cuando al ímpetu cruel de las violentas
tempestades naufraga el dulce anhelo;
adorada esperanza que derramas
sobre el mundo tu encanto irresistible
y que el alma doliente o mustia inflammas
con tu amor siempre puro e inextinguible;
tú que viertes la luz como una ofrenda
sobre todas las sombras de la vida
y amorosa colocas una venda
por encima de toda abierta herida;
tú que puedes con magia misteriosa
transformar en placeres los dolores,
y la vida más triste hacer hermosa
bajo el ala inmortal de tus amores;
tú que encierras la clave de lo bello
en el gran manantial de tu armonía,
y condensas en tu alma todo aquello
que es ternura y amor y lozanía;
—¿por qué nunca me viste mi existencia
con el ritmo feliz de tus latidos;
por qué nunca endulzaste mi impaciencia,
ni escuchaste el clamor de mis gemidos;
por qué nunca mi pecho estremeciste
inflamándolo en hondas emociones,
ni alegraste mi vida árida y triste
con tu palingenesis de ilusiones;
por qué siempre te ocultas a mis ojos;
por qué nunca estremeces mis sentidos;
ni acaricias siquiera mis antojos,
ni le prestas afán a mis latidos?...
Ya que nunca logró mi fantasía
al penetrar de azul su fe sin huella
encontrarte en su patria de poesía...
¿te encontraré, al final, en una estrella?

Francisco A. Pagano

tantos anuncios; se necesita dinero al ciento por uno.

Olvidóse del todo del asunto principal; lo cual no era extraño, puesto que el bueno de D. Osorio soñaba. ¡Qué a estar despierto no hubiera tenido tan incalificable olvido! Pero entre las nieblas del sueño, lo más inverosímil sucede, y lo más fantástico toma contornos y solidez de realidad.

Ello fué que el usurero salió del templo; pero esta vez se detuvo delante de los pobres, pensando que quien dá a los pobres le pres-

pobre un peso, o Dios le devolvía cien pesos o el predicador había faltado indignamente a la verdad.

Un peso sacó del otro bolsillo en que llevaba la plata, no sin haber guardado antes la moneda de 10 cts. Pero realmente, desprendiéndose de un peso parecíale acción temeraria. Porque ¿cuánto tiempo tardaría Dios en cumplirle la promesa del predicador?

Y cuando resonó en su cerebro esta palabra tiempo, quedó aturrido de su ligereza y de su falta de previsión.

El contrato que se le había propuesto era un contrato capcioso, absurdo, insensato. Y el usurero sintió vergüenza de sí mismo; y como le hubiera quedado alguna sangre en las venas, aún en sueños se hubiera ruborizado.

Dios dá ciento por uno: pero ¿y el plazo?

¿Da ciento por uno al año? Esto sería un negocio ruinoso; y el Creador habría estafado a la criatura.

¿Da ciento por uno al mes? Esto ya es un buen negocio. Pero de estos había hecho muchos el usurero, sin necesidad de acudir a su Dios para ello.

¿Qué viejos, y jóvenes, y mujeres habíanle satisfecho en más de una ocasión otro tanto de interés!

¿Pero es qué este, ciento por uno se paga al cabo de diez o quince años, o de veinte, o de cincuenta? — que es lo que pensaba vivir D. Osorio; — es decir, ¿el ciento por uno se paga en la hora de la muerte? Pues esto sería una ruina, un escarnio, una verdadera estafa.

Con lo cual, D. Osorio se guardó el peso en el bolsillo; y murmurando por entre sus negros dientes palabras de recelo y desconfianza, se entró de nuevo en el templo, y tieso contra un pilar, irritado consigo mismo por su ligereza y con el predicador que maliciosamente había querido sorprenderle, esperó que el sermón terminase, y cuando el predicador bajó del púlpito, tras él se metió en la sacristía.

Y continuando su estrambótico sueño, soñó que le había dirigido al padre cura esta pregunta:

—¿Ha dicho usted que Dios da ciento por uno?

—Sí, hijo; ciento por uno dá Dios.

—Bueno. Pero, ¿en qué plazo? ¿Al cabo de la eternidad? ¿A la hora de la muerte? ¿Al fin del año? ¿Es interés mensual, o es por cada minuto, por cada segundo? Esto hay que aclararlo; porque sino, no firmo la escritura.

Y el sacerdote del sueño, soñó D. Osorio que le había respondido:

—Para Dios, el tiempo no existe; la eternidad es un instante.

—¿De modo, replicó el usurero abriendo mucho los ojos y con ansias de tragarse el universo mundo, que el ciento por uno es en cada instante?

—Sin duda alguna.

—¿Y no habría inconveniente en aplicar el interés compuesto?

—No veo inconveniente, replicó el padre con acento bonachón.

—Pues trato hecho.

Y ya salía D. Osorio, cuando le asaltó un temor.

“Gran interés me ofrecen; pero de los grandes intereses la experiencia me ha enseñado que de-

be desconfiarse. Lo más prudente será que me garanticen ese ciento por uno con una buena hipoteca."

Conque volvió de nuevo al sacerdote, que le recibió sin señales de impaciencia; porque soñando suceden estas y otras cosas; y cuando un personaje fantástico da en ser cachazudo, no hay modo de impacientarle.

Expuso el usurero su nueva exigencia, y le replicó el padre:

—Hijo, me parece muy justo lo que pides y se te podrá hipotecar un pedazo de cielo.

—¿Valdrá mucho?, dijo el usurero, que en esta clase de prendas no era muy fuerte.

—No tiene precio.

—Eso he oído decir.

—Pero no quiero engañarte; no se te puede dar más que segunda hipoteca.

—¿Quién tiene la primera?, dijo D. Osorio con angustia suprema, porque temía que la presa se le escapase de entre las manos.

—Unas pobres mujeres y unos pobres hombres y unos pobres niños.

—¿Menores tenemos?, exclamó con desconfianza el prestamista.

—Así parece.

—¿Y qué cantidad dieron?

—Nada, hijo, nada: algunas lágrimas, algunos suspiros, mucha resignación, mucha miseria y mucha fe en Dios.

—Poca cosa. Fácilmente se levanta esa hipoteca. Como no hayan mediado oro, plata o fincas, de lo demás yo me encargo.

—Pues cerremos el trato.

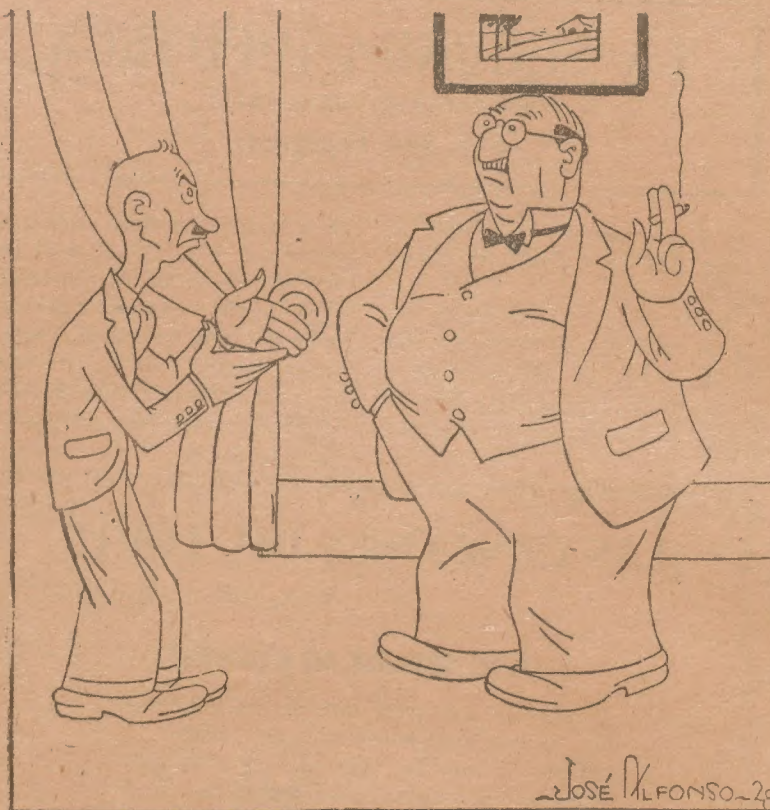
Y sin salir de la iglesia, sobre un altar, se firmó la escritura.

Y aquí el sueño de D. Osorio empezó a convertirse en pesadilla.

Fué a su casa, y de su casa trajo carros y carretones cargados de plata y oro. Y a puñados los fué echando en la mano siempre extendida de la viejecita.

Después, sobre las nieblas del sueño, empezaron a caer en el sueño mismo girones de sombra; y sin saber como, pasó mucho tiempo; y soñó D. Osorio que se había muerto y que subía al cielo a reclamar su deuda. Pero en el cielo le esperaban grandes desencantos. Así fué que cuando reclamó por su segunda hipoteca, la primera le salió al encuentro; y resultó que con el pedazo de cielo hipotecado no había más que para pagar las lágrimas y los dolores, la resignación y la fe de aquella gente, que D. Osorio había despreciado y que eran, precisamente, las víctimas de su desenfrenada usura.

Aquí la desesperación de D. Osorio fué inmensa, infinita; se retorció de rabia como un condenado; blasfemó con todas las blasfemias del infierno; puso de estafadora y de tramposa a toda la corte celestial, y salió de estampía buscando un escribano, pidiendo a gritos el embargo de todas las



—Le he pedido ya cinco veces los cien pesos que me debe.
—¿Y cuántas veces le pedí yo que me los prestase?

El primer casamiento que se celebró en Montevideo

A don Luis de Sosa Mascareño, soldado de la "Compañía de Cavallos" que mandaba el Capitán don Frutos de Palafox Cardona y natural de la Ciudad de la Concepción del Reyno de Chile, corresponde la gloria de ser el primer guapo que apachugó en Montevideo con el gesto trascendental de pasar a la categoría de "cas-cote".

El 21 de enero de 1727 se presentó a las autoridades el hombre que inauguraría la ya larga tanda de los desposados.

—Tengo 26 años de edad— dijo al Capitán Millán, deseo tomar estado de matrimonio, tengo la expresa licencia del Excmo. señor Gobernador y capitán general y siendo preciso seguir la vecindad de esta nueva población, pido que se haga asiento como que soy uno de los pobladores de ella, dándoseme como a los demás, los sitios y heredades que me correspondan.

Tal dijo el bravo soldado don Luis de Sosa Mascareño, quien, poco tiempo después se unió en el entonces indisoluble vínculo del matrimonio con doña Leonor de Morales, natural de las Islas Canarias que había venido con una de las familias de los primeros pobladores y que apenas contaba diez y nueve años de edad.

El ejemplo del chileno, tuvo sus imitadores, pues, los pobladores de estado soltero prefirieron pasar la vida "en la soledad de dos en compañía".

El 22 de enero del mismo año don Bernardo Benavidez, natural de Buenos Aires, hijo del capitán don Juann de Benavidez de 32 años de edad, expresó que contaba con algún ganado vacuno y caballar, y

que deseando tomar estado, pero sin decir con quien, solicitaba se le repartieran tierras.

En cambio al día siguiente, o sea el 23 de enero de 1727, don Domingo González de Ortega — porteño, también de 28 años de edad, manifestó sin rodeos que "tenía tratado casamiento con Isabel Francisca González —, natural de la Ciudad de Laguna en las Islas Canarias y de veinte y ocho años de edad, — si es que por entonces no imperaba como acontece ahora entre el bello sexo el hábito de ocultar los años que molestan.

El 23 de febrero, día domingo, por más señas don Ramón Soteloex, soldado de la Compañía de Voluntarios, de 27 años de edad más o menos y natural de la Ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, aumentó la congregación, casándose con María González Barroso, canaria también de 24 años de edad, y que había arribado a estas playas agregada a la familia de don Juan Martín.

Otro casorio hubo en Febrero.

El día 28, Francisco González Prieto, nacido en Villaj de Safrá — Extremadura — con cuarenta añitos de edad, soldado de la Compañía del Capitán don Francisco de Cárdenas, unió su suerte a la de Catalina Pérez, — canaria, que vino a Montevideo con la familia de Vera Suárez.

El acta ha cometido la discreción de reservar las primaveras de la novia.

Y ya, abierta la brecha siguieron adelante, los bravos soldados y paisanos pobladores de Montevideo.

Rómulo F. Rossi.

esferas celestes y hasta del trono del mismo Dios.

Y claro es, que escribano no encontró ninguno, pero se encontró con un diablo que venía a buscarle; y tomándole por agente de justicia, le agarró por los cuernos y por el rabo y a viva fuerza se lo quiso llevar a las puertas del mismo cielo.

A los gritos ahogados, roncós, horribles del miserable, acudió la criada, y se lo encontró revolcándose sobre la cama, abrazado a la almohada y clavando en ellas sus engarabitados dedos.

Despertó, y aún repetía:

—¡Me han estafado: me han estafado inicuaemente: era segunda hipoteca!

El olmo llamado de

Felipe Augusto

Existe en el departamento francés de Ardeche, en el pueblecito de Eclassan, situado a una veintena de kilómetros de Tournon, un olmo gigantesco que fué plantado, según se dice, a fines del siglo XII, y que recibió el nombre de "olmo de Felipe Augusto", en honor del soberano que reinaba cuando fué plantado.

Desde 1848 a 1852 se le llamó el "olmo de la libertad".

Dicho árbol, a pesar de su antigüedad, está lleno de vigor. Mide veinticuatro metros de alto, y su circunsferencia es de ocho metros y cuarenta centímetros.

Antes, cerca de este árbol venerable, se elevaba una cruz de granito en donde las procesiones tenían costumbre de detenerse, pero en el año 1864 las raíces del olmo levantaron la cruz, la que debió ser removida por temor que fuera derribada.

Existen en el mundo árboles más viejos y con mucho, que el de Felipe Augusto, tal como el famoso roble de Abraham, existente en Hebrón (Palestina), del que se dice tiene cinco mil años; merece citarse también, el "baobab" gigante que se halla en la isla Sokotora, posesión británica del Océano Indico, no lejos del cabo Guardajui, cuya edad se estima en seis mil años.

Dicho "baobab" tiene una altura de treinta y un metros, y el tronco es de treinta y cuatro de circunsferencia.

En Estados Unidos, si bien no hay documentos ni tradiciones, se cree que existen varios árboles milenarios, especialmente en California, y cuya edad se ha estimado por el número de fajas de corteza.

La vecina de enfrente

Por André Mycho

Pablo Ravenel, de cuarenta años, rentista, se paseaba un día, solo, por el Parque Monceau y encontró a una mujer joven muy elegante y que parecía melancólica. Con habilidad prendió conversación con ella. Llegó en el momento oportuno y supo hallar las palabras convenientes; en resumen: algunos minutos después charlaban como dos buenos amigos. Llamábase ella Junana Lebrun su marido, arquitecto, no la hacía dichosa. Era éste muy celoso y no la dejaba en libertad.

— ¡Figúrese usted, dijo a su acompañante, que es esta la primera vez que salgo sola desde que me casé... Y ha sido preciso para ello que hayan llamado a mi marido de Orleans para un negocio urgente... (Suspiró). Pero vuelve a casa esta noche!

— ¡Esta noche! — exclamó Ravenel contrariado. — ¡Y yo que esperaba verla a usted a menudo!...

— ¡Qué vehemencia! ¡Si hace apenas dos minutos que me conoce usted!

— ¡Y son los mejores de mi vida! — respondió él.

— ¡Quién sabe si la casualidad nos volverá a reunir otra vez.

— ¡Lo desea usted también?

— Quizás — respondió ella bajando los ojos. El le cogió una mano.

— ¡Es usted encantadora! ¡Y voy a confiar solo en la casualidad? No. ¿Vive usted cerca de aquí?

— Sí, en la calle de Roma, número 217.

— ¡Hombre! ¡Si somos vecinos! Si no me equivoco nuestros cuartos dan al mismo patio. Un patio muy pequeño, ¿no?

— ¡Pintado con cuadros blancos y negros?

— Sí. Su portero tiene un loro, ¿verdad?

— Es una cotorra.

— Bueno, es igual. Y dígame usted, ¿qué piso?

— El tercero.

— ¡Yo también! — exclamó Ravenel, transportado de alegría.

— ¡Qué casualidad! — dijo ella asimismo contenta.

— ¿Cuál es, en su casa, la habitación que da al patio?

— Mi tocador.

— ¡Su tocador! — repitió Ravenel, mordiendo ya la felicidad. — Yo soy más prosaico... No, no, es la cocina. Nunca pongo los pies en ella, y por eso no la había visto a usted aún.

— ¡Qué maravillosa coincidencia! Pensar que solo nos separan cinco o seis metros!...

— ¡No tendrá usted la intención de salvarlos sobre un puente volante!...

— No; pero a pesar de la vigilancia de su marido, podré a veces verla, cambiar con usted una sesión. ¡Será delicioso!...

— ¡Sí; pero sea usted prudente! Ahora le dejo, mi marido va a volver pronto...

— ¡Ya! ¡Entonces hasta mañana! ¡Deliciosa vecina!

— Hasta mañana. Me asomaré a la ventana entre las doce y las doce.

— Entonces hasta las doce en punto.

— Bien.

Se separaron haciendo un gran esfuerzo, después de un largo, muy largo apretón de manos, que equivalía a un beso de película.

Al día siguiente, Ravenel se levantó más temprano que de costumbre y se acicaló más que ningún día. A medida que se acercaba la hora, aumentaba su fiebre. Paseábase por toda la casa con agitación y abría todas las puertas, y sobre todo la de la cocina.

Su mujer, inquieta por todas estas idas y venidas, le contemplaba extrañada. Melania, la cocinera, a cada aparición de su amo, se ponía más roja que de ordinario.

A las doce menos cinco, Ravenel penetró en la cocina y dijo a la cocinera:

— Melania, sería tan amable que fuera a comprarme una botella de Vichy-Celestins?

— Está enfermo el señor? — dijo Melania solícita.

— El estómago, que no lo tengo bien.

— Pues voy en seguida.

Dueño del campo, el Don Juan se puso a observar la ventana de enfrente. Estaba cerrada y sus cortinas no se movían. Pasaron los minutos. La bella vecina no aparecía. Melania, jadeante, volvió con la botella. Ravenel le dio las gracias, sin perder de vista la ventana y pronunció a Melania un discurso sobre las propiedades de las aguas minerales... Nada, no salía a la ventana. De pronto oyó la voz de su mujer que le llamaba para comer. Suspiró, y se fué al comedor.

Se calló y se puso a pensar. "La pobre habrá pasado mala noche y se ha levantado tarde. Tal vez ahora se asome. Al tener esta idea, ya no se podía estar quieto. Necesitaba ir a ver, a toda costa. Buscó un pretexto:

— ¿Qué manteca es esta?

— La de siempre. ¿La encuentran mala?

FERROCARRILES DEL ESTADO

Los Ferrocarriles del Estado llenan una misión de fomento tanto más apreciable cuanto extienden los beneficios de sus líneas a todas aquellas regiones hasta donde no llegan las empresas particulares.

Creados con la finalidad de colaborar en el engrandecimiento común realizan una obra de sano nacionalismo, contribuyendo a la consolidación económica del país mediante el aprovechamiento de energías dispersas.

Su creciente prosperidad pone en evidencia la regularidad de sus servicios y la orientación de sus altas direcciones.

Estimulan el desarrollo del turismo y facilitan el transporte de los productos del suelo a los mercados de consumo y estaciones de embarque.

Dentro de estas ideas cardinales los Ferrocarriles del Estado cumplen con eficiencia la misión de fomento que se les asigna, ejecutando el pensamiento que vigoriza su acción y estimula su funcionamiento.

ADMINISTRACION GENERAL,

San José 180. — Buenos Aires

— ¡A esto llamas tú manteca! ¡Es margarina! Melania se ríe de nosotros. ¡Vas a ver!...

Se levantó bruscamente y con aire furioso se dirigió a la cocina, gritando:

— ¡Melania! ¡Melania!...

Su mujer le siguió con los ojos, estupefacta.

La ventana seguía cerrada.

— ¡Había llamado el señor? No lo había oído. Ay, ¿pero qué le ocurre?

— ¿Qué es esto?

— Eso? Manteca. ¡Vaya una pregunta!

— Gracias Melania. Y salió dejando a la cocinera perpleja.

— ¡Y qué? — preguntó su mujer.

— Que sí, que es manteca.

Decididamente, se dijo Mme. Ravenel, Pablo tiene hoy algo.

La comida continuó en silencio. Ravenel obsesionado por la idea de que su Juna estuviese ya en la ventana, buscaba nuevos pretextos para ir a la cocina. El amor le inspiró varios que él utilizó inmediatamente. Primero pretendió que el lenguaje "al gratin" sabía a cardenillo, y acusando a Melania de querer envenenar a sus amos, corrió a examinar las cacerolas. A la cocinera, que le preguntó qué deseaba, le dio una respuesta vaga, con los ojos fijos en la ventana de enfrente.

De nuevo en el comedor, reconoció que las cacerolas estaban

bien.

— Si tienes la boca amarga hoy, no es una razón para que nos vuelvas locas.

Al probar el plato siguiente, Ravenel miró a su mujer con sospecha. ¿Estás segura de que esto es conejo?

— ¿Qué quieres que sea?

— ¡Gato!

— ¡Tú estás enfermo!

— ¿Qué te apuestas a que no es capaz la chica de enseñarme la cabeza del animal. Vas a ver...

Esta vez abrió la puerta de la cocina sin brusquedad y avanzó despacio para ver la ventana de enfrente... ¡Nada! Pero al volverse, se encontró cara a cara con Melania, quien le miraba con ojos llenos de alegría.

— ¡Ya he comprendido!

— ¿Qué ha comprendido usted?

— preguntó Ravenel inquieto.

— Que ya se por qué viene usted tantas veces a la cocina.

— ¡No!

— ¡Sí! Es por verme. Y usted no se atreve a decirme. Atrévase, señor. Yo hace mucho tiempo que le quiero. Y diciendo esto, tomó con sus manos la cara de su señor y le estampó un beso.

En el mismo instante, vió que que la ventana de frente se abría. La bella vecina ante este espectáculo, lanzó un grito de estupor, al que respondió otro de Mme. Ravenel, la cual acababa de entrar en la cocina.

O C A S O

Por León Roch

Los amigos se retiraron silenciosamente al fondo de la sala, y desde allí, escondidos en la penumbra, observaron el triste cuadro que alumbraban siniestramente los reflejos de las cirios, respetando el dolor del viejo y sintiendo en el corazón grandes angustias, deseos de llorar, también, ante el cuerpo de la muerta.

La silueta simpática del anciano, inclinada sobre el cadáver, abrazando nerviosamente el cuerpo sin vida, besando con furor los labios blancos de la mujer adorada como si pretendiera devolverle el aliento en cada uno de aquellos fogosos estallidos de su pasión, inspiraba profunda lástima.

Después se acercaron al grupo y trataron de separar el cadáver de sus brazos, mientras otros intentaban consolar su pena con frases rebuscadas. El viejo, entonces, al sentir que se escapaba de sus brazos el cuerpo los miró con ira y abrió los puños con aire de amenaza, mientras salían de su garganta, atropelladas, palabras de furor.

—¿Me la queréis quitar, infames? Pues no os la llevaréis. Quiero tenerla siempre a mi lado. ¡Es mi mujer, miña!...

Las miradas del viejo relampagueaban con destellos de inaudita fiera. Calmóse un poco, volvió a llorar como un chiquillo aquella tremenda desgracia que el destino arrojaba sobre él para secar en su corazón de viejo el último cariño, y dejando caer pesadamente los brazos añadió con voz queda:

—¡Ah!... ¡Si supieran ustedes cuánto la quería! Ha sido mi compañera de cincuenta años, casi toda la vida. Ahora "se va" ella, y esta soledad terrible va a matarme de pena. Tengo miedo de quedarme solo.

Miedo tenía, en efecto, de quedarse a solas con su dolor en aquella casa, tan alegre antes, cuando la animaban con sus caricias y sus charlas los enamorados esposos, tan triste ahora, cuando llegaba la muerte a romper tan santa unión, cuya paz no turbó nunca el más ligero disgusto.

Habían vivido allí cincuenta años, en la misma casa, sin separarse nunca; cincuenta años de felicidad no interrumpida; cincuenta años de verdadero idilio. En el dichoso hogar parecían dos novios atolondrados que andaban siempre de discreteos, requiebrándose, jugando como chiquillos; sus almas se confundían en los mismos afectos y las mismas aspiracio-

nes. No habían tenido hijos, y no tuvieron, por consecuencia, más entretenimiento ni más placer que la mutua satisfacción de sus propios deseos.

Al cabo de aquellos cincuenta años de santa paz, de regocijo constante, de verdadero idilio, lle-

gaba la muerte cautelosa a ennegrecer la casa, a robar las alegrías del hogar y secar, en el corazón del viejo, la última ilusión de su cansada vida.

Tenía razón el anciano al decir que su soledad le daba miedo, porque la vida, después de las inegables venturas que robaba la muerte, recordando en cada rincón del hogar solitario una escena de amor, un pedazo de la felicidad perdida, una ráfaga de agudo idilio, era un tormento indecible.

No podría acostumbrarse a vivir allí, solo como un hongo, con luto en el alma, martirizado por



Un HIERRO QUINA BISLERI a una chica convidé y como le habrá sentado que con ella me casé.

los recuerdos.

Mientras duró la enfermedad cuidóla él con amorosa solicitud, tratando de infundir esperanzas en el ánimo de la pobre mujer que agonizaba, aunque él veía que la desgracia era inevitable y que era imposible prolongar más tiempo aquella vida que se escapaba dulcemente en cada suspiro de la enferma.

Cuando llegó el momento supremo, el tránsito de la vida a la muerte, y sintió que la enferma apretaba convulsa su mano y vió que los párpados caían sin fuerza sobre los ojos vidriosos y que los labios se movían temblorosamente, como si pidieran el último beso, se arrojó con ansia sobre el cuerpo ya frío y dió rienda suelta al dolor contenido en aquellas furiosas expansiones, mientras expiraba la enferma murmurando el último adiós con voz que se confundía con el eco de un suspiro.

Cuando trataron de llevarse el cadáver, a la hora del entierro, se repitió la escena. Forcejeó largo rato desesperadamente, luchó como una fierecilla para defender el cuerpo de la muerta que querían llevarse, gritando como un loco y llorando como un niño. Pero no había remedio. Metieron a la muerta en el ataúd, clavaron la caja y cargaron con ella cuatro amigos piadosos, llevándose el alma del hogar, la alegría de cincuenta años, dejando la casa envuelta en las sombras de la muerte.

El observó todos aquellos operaciones con estupor terrible, con la impasibilidad de un imbécil; después pareció recobrar la razón, serenóse el rostro y salió también, detrás de la comitiva, para acompañar a la muerta hasta el cementerio. Quisieron impedirlo, pero no hubo manera de hacerle desistir de su propósito, y allá fué, detrás del duelo, arrastrando penosamente el cuerpo achacoso... Un amigo le preguntó:

—Pero ¿adónde vas tú?, desdichado?

Y él, levantando la cabeza trabajosamente, frunció los labios en una lúgubre sonrisa y contestó con voz apenas perceptible:

—¡Quiero conocer la "casa nueva"!...

* * *

A visitar la "casa nueva", a llo-

Evangélica

Victor Hugo disimuló, o disculpó su ceguera de gran artífice, distribuyendo al azar calificaciones ponderativas.

* * *

No ver, o no querer ver la obra de los demás no es la manifestación tácita de un gallardo egotismo: es tener el alma orientada hacia otro rumbo, nada más.

* * *

Los que han llegado a cierto nivel de la consideración pública tienen el deber de la insensibilidad epidérmica, como los grandes paquidermos; dije mal: no tienen el deber, han adquirido la segunda naturaleza.

* * *

Nunca desciendas a la lamentación, que es la más comprometedora de las confidencias.

* * *

El dolor de los gloriosos no tienen cura, no debe tener cura. No ha menester, entonces, de la farmacopea consolatoria de los velorios, que encoleriza a los incurables y a los inconsolables.

* * *

Favorecerás a todo el mundo, ampliamente, magnánimamente, dejando a tus favorecidos la tarea de informar sobre los orígenes de su infortunio; porque la desgracia, a la inversa de los ríos y a pesar de que, como ellos, es fecunda en bellezas, suele venir de manantiales tan sucios que invitan al repudio y al castigo más que a la piedad. Pero que tus favorecidos no se conviertan en tus favoritos.

* * *

Vigilarás como a malas bestias dañinas, a tus parciales, tus auxiliares y tus familiares: no te acontezca lo que al hijo de Dios, cuya clerical baja y alta le comercia y cuyos pontífices le substituyeron hace siglos.

* * *

La expectación pública es una maroma por la que ha de marcharse con los ojos clavados en un solo punto, sin consultar pareceres.

* * *

Los pueblos no pueden pasarse sin ídolos; pero tampoco pueden pasarse sin devorarlos.

* * *

Los pueblos necesitan creer, del prócer que admiran, que ració para ser admirable hasta durmiendo, como al escuchar a los grandes cantantes se siente la impresión de que nacieron para cantar a todas horas.

* * *

Necesitan los pueblos creer en tipos humanos prodigiosos, porque los tipos esos, aún irreales dignifican, idealizan a la especie; imaginarlos ya es mejorarse, como respetar la virtud ajena ya es una virtud.

* * *

Con el mismo furor con que los pueblos acumulan perfecciones sobre las pequeñas lindezas de sus predilectos, amontonan monstruosidades sobre los pequeños defectos de los que cayeron en su desamor.

* * *

Los pueblos, gracias a Dios, aceptan muchas cosas reconfortadoras, — la conciencia, el albedrío, el remordimiento, el arrepentimiento, la responsabilidad, el deber, — y premian o castigan como en el juicio final sin consultar a los psiquiatras.

Almafuerte

rar junto a la tumba silenciosa, a gozar con los recuerdos del placer perdido, iba todas las tardes el anciano, y allá se estaba largo rato, contemplando la piedra tras la cual se ocultaba el cuerpo de la mujer, rezando y gimiendo, sin dar tregua al fiero dolor que sangraba en las entrañas.

Entraba en el cementerio con las manos cargadas de flores, en cuyas corolas se detenían temblorosas las lágrimas como gotas de rocío; limpiaba con el pañuelo el polvo de la lápida, colocaba las flores alrededor, se hincaba de rodillas y rezaba con fervor piadosas oraciones que brotaban del alma como fragancia exquisita de la poesía cristiana y se mezclaba sobre la tumba con el perfume de las flores.

Cuando terminaba la piadosa visita, miraba la lápida con desconsuelo y despedíase de la muerta hasta el día siguiente, murmurando con amargura:

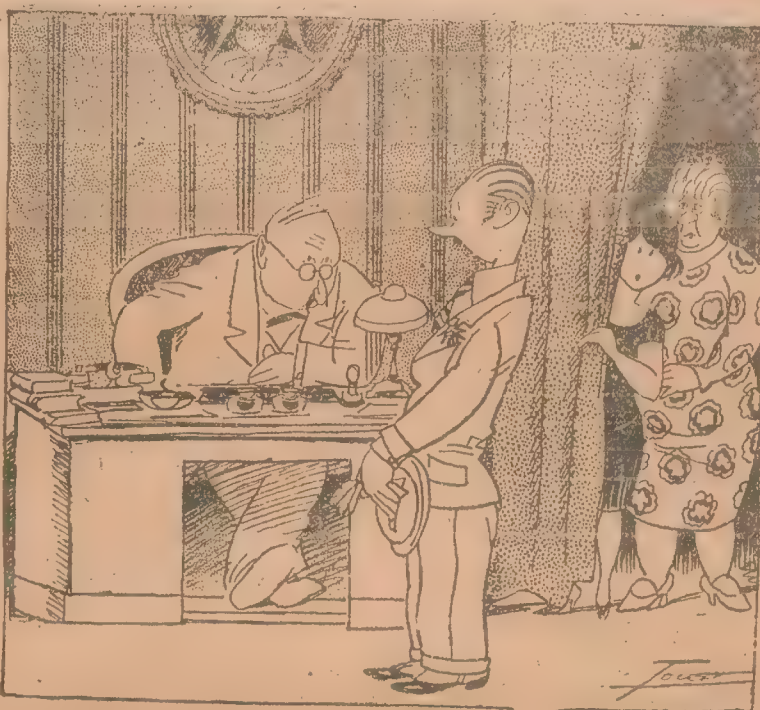
—¡Hasta luego!...

Regresaba a su casa sombrío, lleno de pena, y se encerraba en ella a llorar otra vez su desgracia, a llorar siempre en la soledad del hogar. No hablaba con nadie. En el cuarto de la puerta se estaba todo el día, repasando las mil baratijas que ella utilizaba diariamente, porque cada uno de aquellos objetos queridos era un recuerdo de la muerta y él gozaba infinito en aquella triste vida de los recuerdos que asaltaban de continuo su imaginación perturbada por la pena.

Así pasaba la vida el anciano, apagándose lentamente en las convulsiones del dolor, sin que los parientes y los amigos, que intentaban distraerle, pudiesen conseguir nada.

Aquella pasión del viejo y aquella honda pena que consumía su existencia parecían síntomas de locura, de locura producida por el dolor.

Un día encontró en un cajoncillo un paquete de cartas, atado con una cinta de color de rosa. Abrió las cartas con miedo y las leyó todas, por el orden en que estaban colocadas, con emoción creciente, agitado por un temblor nervioso; leyéndolas lloraba, mientras las lágrimas caían de sus ojos y resbalaban por el papel amarillento humedeciendo las líneas oscuras de lo escrito, recordaba él escenas felices de la vida pasada que hacían más triste la situación presente, porque aquellas cartas eran suyas, las que él envió a su novia medio siglo antes, llenas de fuego y de vida... La emoción le ocasionó una grave congoja que le privó del conocimiento algunas horas. Cuando recobró la razón se encontraba en la cama, rodeado por los criados y algunos parientes; quiso levantarse, pero se lo impidieron terminantemente, porque el médico había dicho que estaba muy gra-



—Pues yo vengo a pedirle la mano de su hija.
—Bueno; pero yo a usted no lo conozco. ¿Quién es usted?
—¿Quién quiere usted que sea? ¡Pues el novio de su hija!

SERENATA

(Oriental)

La noche llega. En el cielo
tiembla la luna piadosa
y Venus esplendorosa
rasga de nubes el velo.

Intranquilo a tu ventana
llega el doliente cantor,
a darte quejas de amor,
encantadora sultana.

Sobre tu frente de armiño
reflejan desde la altura,
la luz de la luna pura
y la luz de mi cariño.

Abre, sultana, la reja;
no así te muestres esquiva;
¿quién de que escuches te priva
mi tierna, amorosa queja?

Yo quiero sembrar de flores
la senda de tu pureza,
y que ciñan tu cabeza
con claveles los amores...

Con violetas,... solitarias,
modestas y fraganciosas,
y con capullos de rosas
y nardos y pasionarias.

Amor es gloria y es calma;
amor es dicha sin par;
amor es perla del mar;
amor es virtud del alma.

Y yo te amo: Vivo, ardiente
mi corazón ha sentido
el primer grato latido
de un corazón inocente.

De tu mirada el destello
a mis miradas responda,
e iré a buscar a Goleonda
brillantes para tu cuello.

De tu imagen seductora

llena vive el alma mía...
¡Por tu amor le arrancaría
perlas al mar de Basora!

Cuando te miro reír
con ofrecerte deliro
los ricos chales de Tiro
y los topacios de Ofir

Y te diera en mi pasión,
más que esas piedras preciosas
las dulzuras cariciosas
que guardo en mi corazón.

Abre la reja, sultana;
ábrela, estrella de Oriente,
antes que surja esplendente
el astro de la mañana.

Que si realizo el afán
de que me adores, paloma,
me haré siervo de Mahoma
y adorador del Corán.

La noche es corta... Fortuna
es que hallar pueda en su cal-
(ma,
destellos de amor el alma
juntos con rayos de luna...

Amor te brinda, bien mío,
mi cántiga musical...
Amor; copa de cristal
rebotante de rocío...

Admítelo, que tal vez
en ello la vida estriba,
y abre la morisca ojiva
de tu dorado ajimez.

Abrela, un punto, sultana;
antes que surja en Oriente;
el astro resplandeciente
de la indiscreta mañana.

Antonio R. Zúñiga

re. Aquella noticia recibióla él con placer, con tanta alegría como si le hubiesen anunciado la resurrección de su esposa...

* * *

El viejo no tenía remedio; se moría irremisiblemente. El médico lo había dicho: "Receto por pura fórmula; procuren que arregle sus asuntos y busquen a un sacerdote, que es el único que aquí puede hacer algo."

Por la noche tuvo una fiebre altísima y deliró sin tino, diciendo unos disparates atroces; todos aquellos párrafos incoherentes del delirio que salían de la garganta atropellados, con penosas intermitencias, venían a parar en una idea fija, el pensamiento constante del viejo desde aquel triste día de la despedida de su esposa, la idea de la muerte que había de proporcionarle el placer de reunirse con la muerta.

Por la mañana se sintió algo aliviado, y por tarde, aprovechando un desvelo, se levantó, arreglóse como todos los días y se dispuso a hacer la obligada visita al cementerio. Los criados sostuvieron una verdadera batalla con el "señor" para impedir aquella locura, pero no hubo medio de detenerle. Le esperaba la muerta, como él decía, y no debía faltar a la visita. Montó en el coche que avisaron los criados, y allá se fué, camino del cementerio, a llevarle las flores a la muerta y rendirle el homenaje de su cariño. "Después de todo, murmuraba el viejo, quizá sea ésta la última..."

Al bajar del coche, en la puerta misma del cementerio, haciendo grandes esfuerzos para sostenerse, preguntó el cochero:

—¿Vuelvo por usted, señor?

Y él contestó, sonriendo tristemente:

—No; no es necesario...

Poco después avisados de aquella locura, llegaron al camposanto algunos parientes para prevenir una desgracia. Pero no fué necesario, como había asegurado el viejo. Cuando llegaron al lugar de la cita, junto a la tumba de la mujer querida, encontraron al anciano abrazado a la cruz, de rodillas sobre la piedra rodeada de flores, con los labios recogidos en una sonrisa de placer y con los ojos muy abiertos, mirando con fijeza, con la fijeza de los muertos, el claro azul que el sol agonizante del crepúsculo tiñera débilmente con resplandores de escarlata. Era la hora del ocaso... Un rayo de sol que penetraba por entre las ramas de un ciprés posábase en los cabellos blancos, y al reflejar rodeaba la cabeza del anciano con un nimbo de luz difuso como el nimbo que los pintores colocan a los santos y a los mártires...

Discutíase aquella noche en la tertulia de trasnochadores impenitentes del club la verosimilitud de una comedia recientemente estrenada que había alcanzado un éxito clamoroso.

—¿Cómo es posible — argüía un señor chiquitín, enteco, todo narices — que ninguna mujer, por muy inaprensiva y de vanguardia que sea, emplee las artimañas que emplea la protagonista para casarse con el hombre de que está enamorada?... Eso sólo puede ocurrir en el mundo de las bambalinas.

—Perdone, amigo Saucedo, que disienta de su parecer — intervino el general Cañizares —. Creo sinceramente que en ocasiones la realidad se complace en producir hechos que nos desconciertan, y que por superar a lo que pudiera imaginar la más atrevida fantasía nos cuesta trabajo convencernos de su verosimilitud... Cifrándome al caso que se discute, y por tener con él gran analogía, contaré a ustedes una historia en la que intervine.

—Hace muchos años, pasó lo que voy a referirles. Era yo entonces un tenientillo algo revoltoso, amigo de jugarme hasta las pestañas, muy ocnamoradizo y que no le hacía áscos a un vaso de buen vino.

Pero no se trata ahora de eutobiografiarme, sino de hablar del protagonista, de Pepe Alvarez, de mi misma promoción, al que me unía una amistad casi fraterna. Pepe era el reverso de la medalla: ni jugaba, ni bebía, ni se le conocían trapicheos; un santo, que además cumplía ejemplarmente sus deberes militares. Terminada la obligación encerrábase en casita con su madre; la pobre señora estaba paralítica. Pepe, junto a su gran cariño, entregábase a profundos estudios de Filosofía. Era ésta su chifladura. Lo llamábamos el "Filósofo".

Cierta noche en que me encontraba yo en mi cuarto de la casa de huéspedes, a solas conmigo mismo, ajustándome unas cuentas nada galanas, por haber perdido al monte la paga del mes, entró Pepe. En su cara y en su aspecto advertí que algo raro le ocurría. Y a mis preguntas de si había tenido algún disgusto en el cuartel, de si necesitaba dinero, o si tenía que ventilar algún lance de honor, me dijo:

—¡Ahí le duele!

—¿Quieres que sea tu padrino?

—Precisamente; pero no para ir al terreno de las armas, sino a la iglesia — me advirtió riéndose.

Al notar mi asombro, pues había de quedarme de una pieza, me declaró que, excepto, su madre, todo el mundo ignoraba su propósito.

Y, sentándose, me refirió la historia de sus amores, que, en

Fantasia y realidad

Por Alejandro Larrubiera

verdad, nada tenían de sorprendente: habíase enamorado de una chica de oficio, bordadora, que vivía con una tía suya, anciana respetable. Hubo de conocerlas al salir éstas de su casa un día de viernes Santo, y, según supo más tarde, tía y sobrina hacía pocos meses que habían venido de Navalilla, donde, al morir el padre de la muchacha, hubieron de quedarse las desventuradas a la cuarta pregunta.

Con el entusiasmo propio de enamorado me hizo el retrato físico y moral de su futura, mujer encantadora, cuya educación contrastaba con la humildad de su estado: tocaba el piano, pintaba y

la suerte de mi apadrinado.

Una mañanita del mes más florido y hermoso del año, la tía, que era la madrina, y yo, y hasta una docena de amigos de la intimidad del "Filósofo", entramos en la iglesia donde se verificó la nupcial ceremonia, trasladándonos luego a casa del novio.

Habíanse retirado ya los invitados e iba yo a intentar un mutis tan oportuno como prudente, cuando quebró mi designio Pepe, el cual me pidió, como último favor, que le acompañara a la estación del ferrocarril.

—Pero, ¿también os permitís ese lujo? — exclamé riéndome y un tanto asombrado.

OFRENDA

Llega a tí mi soneto como nave
repleta de armonías y fragancias
que estampa en el azul de un cielo suave
las cuatro velas de sus cuatro estancias.

Traigo en mis versos un rubí de oriente
y una perla lunar del océano:
caerá la fiebre del rubí en tu frente;
pero la perla nevará en tu mano.

Sole, sin nombre y sin heraldos, vengo.
Mas en el fondo de mi nave aún tengo,
para postrarlo a tu blasón ducal,

de un encendido madrigal la llama,
la púrpura sutil de un epigrama
y el noble armiño de una octava real.

José Martínez Jerez

escribía magistralmente. ¡Una maravilla!, amén de una virtud y modestia cautivadoras.

Que no era alucinación ni fuego pasional pasajero lo que impulsaba al "Filósofo" a coyuntarse con Isabel llamábase así la bordadora, lo patentizaba la emoción, el cálido entusiasmo, la decisión enérgica que ponía en su relato.

Yo, que cuento entre las pocas buenas cualidades que tengo la de no saber negar nada a los amigos, acabé por aceptar el padrino, e ir con la solemnidad que el caso requería, por ser imposible lo hiciera la infeliz parálisis, a pedir la mano de Isabel a su tía doña Soledad.

Puedo afirmar a ustedes que me dejó atónito la hermosura, gracia y distinción de la bordadora, y sentí, Dios no me lo tome en cuenta, momentánea envidia por

más notables del lugar, adelantóse, y encarándose con los novios, les dijo, tras una cortesía un tanto grotesca:

—Sean bien venidos los señores marqueses.

Al concluir de decir esto el buen hombre, la muchedumbre empezó a gritar con ensordecedor vocerío: "¡Vivan los marqueses de Navalilla! ¡Vivan los señores! ¡Viva el ángel del pueblo!"

Y tras los vivas, una charanga rompió, en toda la extensión de la palabra, en un pasodoble heroico, en tanto que los mozos prendían centenares de cohetes, y en la iglesia volteaban las campanas.

Pepe y yo, ante aquel imponente aparato, vocerío y entusiasmo, nos miramos con la estupefacción de quienes no se explican lo que sucede en torno suyo; a mí me parecía que estábamos representando una de esas comedias de enredo, en las que todo el artificio descansa en un quid pro quo absurdo, aunque gracioso: indudablemente, aquellos honrados lugareños nos confundían con otros personajes, cuya llegada esperaban, a juzgar por el bonito arco de follaje, con expresiva dedicatoria, que habían levantado a la entrada de la plaza.

Cortó estas imaginaciones mías el propio señor alcalde, que, con todo respeto preguntó a los novios:

—¿Quieren los señores marqueses tomar el auto?

—Gracias, señor alcalde; iremos a pie — contestó la novia con gran naturalidad.

Volví a mirar al "Filósofo". El pobrecito seguía como embobecido, sin explicarse lo que ocurría. Isabel, comprendiendo el estado de ánimo de Pepe, le dijo al oído no sé qué: lo que sí pude observar es que en el oyente produjo un efecto mágico.

Por fin, doña Soledad tuvo la piadosa ocurrencia de aclararme el enigma diciéndome:

—A buen seguro que ni usted ni Pepe podían sospechar lo que aquí les esperaba... Mi sobrina, que es bonísima, aunque un poco novelera, ha fingido una comedia para poder casarse con el elegido de su alma y tener la plena seguridad de que a ella sola, a Isabel, la humilde y pobrecita bordadora, era a quien querían, no a la opulenta marquesa de Navalilla.

—Pero, señora, ¿cómo es posible que Pepe no haya traslucido nada al hacerse el expediente matrimonial?

—Prodigando el dinero todo se ignora — arguyó sentenciosamente doña Soledad. Y señalándome un hermoso palacio de piedra que se alzaba en los alrededores del pueblo, cercado de un espléndido jardín, dijo: —Esa es la casa solariega de la marquesa de Navalilla.

Sonsoniche

Por Adolfo Luna

No sé por qué me gustaba su apodo; era una de esas atracciones simpáticas que nadie se explica, que se sienten porque sí.

Realmente no tenía nada de particular aquel viejecito ciego, inofensivo, risueño en cuya expresión blanca y afable veía yo temblar algo como una melancolía inefable y remota.

Sí sé que subía y bajaba con seguridad la angosta escalera de la torre, y que cuando se creía solo echaba algunos párrafos con las campanas. Y las campanas oían, o parecían oírle, con sus cabezas estiradas, sus alas huecas y sus brazos en cruz; y le contestaban, o parecían contestarle, con quejumbres de bronce, herido por el ventazo libre que entraba locamente a través de los largos ventanales.

Ya eran mucha cuenta para mi curiosidad los diálogos del viejo campanero, su seguridad de ciego ágil para discurrir sin un solo tropiezo por todos los rincones de aquella altura vertiginosa, y un día hube de preguntarle con cariñoso interés:

—¿Hará mucho tiempo, mi buen Sonsoniche, que tiene usted a su cargo las campanas de esta torre?

—Mucho, hijo, me contestó suspirando. Y aún las tendré hasta que me muera.

—¿Eso es cariño!

—¿Y a quién se lo tendría si no? "¡Mis campanas!" ¿Quiéreme usted creerme?

Cuando zurro esta pequeña, ¡pícaro loco! y la dejo sorda a fuerza de jalar, me repican también remotas alegrías, azules que reviven allá adentro, en lo más hondo del corazón. Y cuando esta gorda, ¡mi San Joaquín!, toca de firme y hecha por esos ventanales su voz solemne, llamando a misa, música del alba que espanta a los gorriones de estos aleros y hace tabletear, a la cigüeña de la cornisa, me dan ganas de abrazarla como si fuera una cosa de mi propia sangre... "¡Mis campanas! ¡Aquí está mi historia!"

—Se le olvida a usted una, aquella negra del rincón, que nunca se toca...

El ciego abrió desmesuradamente sus ojos blancos y dos gruesos lágrimonos rodaron por su rostro plácido e inmóvil.

—¡Aquella, señor!... ¡Aquella no se toca nunca, porque suena a sollozos y a mugidos!

—¿Historia?, dije para mí; pues no me voy sin ella.

Y la supe; me la contó el pobre viejecito ciego, con una voz calmada que daba frío, y era ésta:

—Mucho tiempo hace que no hablo del caso más que con mis campanas, y eso cuando no me oye nadie. Escuche usted.

Mi Pepa se me murió un año antes de la francesada, y acá me dejó en este valle de lágrimas una hija con cinco primaveras mal cumplidas.

Se llamaba Consuelo, ¡el mismo que tiene esa campana negra, que no suena nunca! Consuelo se llama

aquella luz de mis ojos, que no le miento a usted si le digo que era el mismo retrato de su madre: vivaracha, rubia, como un capullo de fresca, como un amanecer de alegre...

¿Qué sabe usted lo que son ojos grandes, si no ha visto los de aquella niña?

Pues ¡y habilidad para recortar estampas de los libros de misa que se dejaban olvidados las devotas? ¡Cosa fina era aquello, señor, y perdone usted si le causo.

Por aquí corría, y cantaba por aquí, a la par de las golondrinas que llenaban los mechinales de la torre... ¡Poder de Dios, que me parece que la oigo!

Aquel diciembre en que el francés remontó aquella sierra fué de hambre y de angustia. Yo les ví llegar, desde estos ventanales, con las primeras escarchas que blanquearon los caminos, y lo ví entrar en el pueblo silencioso y triste, como acorralado ante aquella brillante tropa, acerada y triunfante.

Ibamos a celebrar la Pascua en paz de Dios, cuando llegaron ellos y se aposentaron en las casas; muchos vinieron acá, a la iglesia, y lo inundaron todo de armas y caballos.

Yo mismo lo ví hacer acopio de cálices de plata, cortar la cabeza a los santos de tabla y disputarse a sablazos los dos cuadros del



...es el producto original!

LA enorme fama adquirida por las Tabletas "BAYER" de "CAFIASPIRINA" ha dado origen a imitaciones y preparados similares, pero *ninguno es, ni puede ser igual, en ningún sentido, a la "CAFIASPIRINA" Original.*

SOLO ella proviene de las Fábricas "BAYER" donde la CAFIASPIRINA se prepara de acuerdo con un *procedimiento científico especial que sólo la Casa "BAYER" conoce.* A eso se debe su virtud inimitable de calmar los dolores y levantar las fuerzas.

SOLO la "CAFIASPIRINA" ha comprobado ser absolutamente inofensiva para el corazón, los riñones y el estómago en millares de hogares Argentinos. *Esta experiencia de muchos años ofrece una seguridad para su salud que no puede dársela ninguna nueva preparación.*

No obstante su bondad, la "CAFIASPIRINA" se vende a un precio que está al alcance de todos, debido a que su fabricación se hace en gran escala por ser la preferida en todo el mundo.



AL COMPRAR, FIJESE EN LA CRUZ "BAYER".

cero.

Alojaba yo a diez de aquellos bandidos en esta torre, y conté desolado sus profanaciones por todo el pueblo.

A punto le digo a usted que estaba la cosa, sí, señor.

Blasillo, el de los pinares, había juramentado a veinte bravos de la serranía; se hablaba de un golpe de mano y se tenía todo a punto y sazón.

Una tarde me cogió Blasillo del brazo y llevándome a una calleja apartada me dijo:

—No te comprometo en la faena que pienso, porque tienes una hijita y puede pasarte lo que a muchos. Pero me puedes servir. Está el domingo, a punto de las nueve, en la torre; no apartes los ojos del cerrete del guarda; veías aparecer una fogata, y cuando aparezca dá tres campanadas con la "Consuelo"; lo demás se hará por nosotros.

¡Y se haría! Blasillo no era hombre de prometer en vano, y los veinte hombres los conocía yo; cada uno más fuerte que una carasca y con más alma que un jabalí; leñadores de la sierra, que se dejaban llegar los lobos hambrientos y les partían el cráneo de un hachazo. ¡Buena gente!...

Subí a mi torre, restregándome las manos y me dejé llamar bandolero por los franceses borrachos: ¡ya, ya veréis lo que os aguarda!...

Se notaba en el pueblo la sorda agitación que antecede a las catástrofes; por todas partes veía usted discurrir hombres silenciosos, pálidos como sombras, mediatundos, graves.

Habían llegado noticias que se murmuraban a media voz; triunfos de los españoles, valientes levantamientos de pueblos cercanos, que habían hecho proezas contra los franceses.

El sábado llegó Nicolás, un mocetón hijo del guardabosque; saludó a Fermína, que le vio llegar desde su ventana: ¡iban a casarse!

No se sabe quién dió el soplo; lo cierto es que el jefe que mandaba la fuerza francesa sorprendió en la baqueta del muchacho una orden de levantamiento, cuatro palabras; y sin formación de causa le fusilaron delante de la ventana de su novia.

Desde aquí estuve oyendo toda la noche los gritos de la muchacha, que parecía loca: mi rabia era grande como mi terror, y apretaba a mi hija contra mi pecho, pensando con espanto en aquellas sangrientas y abominables escenas.

Y así amaneció el domingo, el día fijado para la venganza.

No sé lo que hice durante aquel día; creo que anduve rondando el pueblo; me parece que ví ocultos en los matorrales fusiles de chispa; que los hombres que trabajaban, arando, en la negra soledad del

campo desnudo, tenían en la mirada un siniestro brillo, soberbio y hermoso, como el nimbo de un ángel vengador y terrible.

Lejos, escondido en un hoyaneco de la cañada, me tropecé con un hombre al atardecer.

Era Blasillo, que se llegó a mí, imponiéndome silencio con un gesto imperativo; me señaló al pueblo y me dijo:

—Corre allá; tú no vez lo que hay detrás de nosotros; pero, pocos o muchos, todos los caminos están

llamada; se escuchaban rápidos pasos, resonar de espuelas y de armas y gritos de mando.

¡Preciso era que se hubiera descubierto el complot!

Cuando subía a saltos la escalera de la torre, cuatro soldados que bajaban riéndose, cuatro enormes grapaderos, me embocaron los fusiles.

Creo que estaban borrachos y que no dieron a tiempo con los gatillos.

Uno, en español casi claro, les



—Vamos, mujer, que es muy tarde, y tengo ganas de acostarme!
—Espera un momento, que voy a ver lo que han comido hoy estas cursis del primer piso.

tomados por los nuestros. Dá la señal en cuanto llegues.

Corrí desolado, loco.

Cuando llegué a la plaza se oían gritos de mujeres, apaleadas por la soldadesca, que se iba formando rápidamente.

—¡Huían, y no había tiempo que perder!

Corrí a la iglesia; atravesé el atrio solitario, el templo obscuro y ruinoso.

En la plaza sonaban reciamente clarines y tambores, tocando

gritó:

—Dejadlo, ¡que lo vea!

Soltaron la careajada que retumbó en la bovedilla, me empujaron contra la pared y huyeron rápidamente.

Subí entonces a escape. Desde el ventanal frontero ví la fogata roja en el cerrete.

Ya era tiempo.

Me abalancé frenético a la campana y... ¡lo que ví, Dios mío! ¡Mi hija, era mi niña, mi Consuelo, ahorcada en la cuerda de aque-

lla campana negra, que nunca se toca!...

¡No sé lo que hablé; no sé cómo rugí, cómo maldije!

Me abracé a su cuerpo tan fuerte, que la campana sonó, desesperada y ronca, como si tocara mi alma.

¡Yo no ví claro, no ví nada, no sé lo que sucedió!

Lejos hubo un estallido de descargas y de gritos. ¿Qué me importaba a mí?

Tampoco sé el tiempo que pasé en la torre.

La gente dice que al día siguiente me encontraron sentado en el suelo, con mi niña en los brazos; que mis manos chorreaban sangre y mis ojos también. ¡Me los salté yo; pero no sé cuando, no sé cómo! ¡Debió ser para no ver lo que veía!...

El ciego calló un momento, abrumado, ahogado por el trágico recuerdo.

Después volvió la calma a su rostro blanco y apacible y añadió:

—Ya sabe usted porqué hablo solo con mis campanas; ya sabe usted porqué está aquí toda mi historia, y porqué no se toca nunca aquella negra; ¡por qué suena a rugido y a odio!

* * *

Me despedí de él conmovido, le estreché la mano y salí de puntillas.

¡Ah, el pobre y feliz Sonsoniche!

Sí, feliz después de todo; porque nosotros no tenemos en nuestras amarguras la dicha de aquel ciego, que recibe a diario vibrantes saludos de un alma querida cuando el aire loco que entra por los ventanales hiere el bronce de la negra campana.

EL POLVO DE JABON

Según el Departamento norteamericano de Comercio, el polvo de jabón es un explosivo, cuando se encuentra en suspensión en el aire, capaz de causar serios destrozos, bajo determinadas condiciones.

El mismo Departamento indica que en los ensayos llevados a cabo con polvo de jabón en la Estación Experimental que tiene establecida en Pittsburg la División de Minería, se comprobó el hecho de que cuando la materia se encuentra en suspensión en la atmósfera produce violentas explosiones, semejantes a las que origina el polvo de carbón, cuyos efectos son generalmente conocidos; que el riesgo que ofrece el jabón en tal forma se verifica cuando hay considerables cantidades de polvo en el aire, como puede ocurrir durante su fabricación.

LOS AÑOS...

Los años, van rompiendo los telares de la ilusión, y todo nos parece sin brillo... La vida desfallece como el oleaje loco de los mares.

Un amor esperamos, sin engaños en pleno otoño, pero el alma piensa y la pasión en ella no condensa esa inquietud de los sonrientes años.

¡Y buscamos lo que antes no quisimos; en otros ojos el amor, nacimos de dulces voces en palabras huecas,

ahora que el tiempo nos rompió el encanto, y hemos andado tanto, tanto, tanto, como rodando van las hojas secas!

Félix B. Visillac

La visita del matrimonio

Por R. Gansinos - Assens

Llevaban todo el invierno en la casa y todavía no se trataban con nadie. Eran dos hermanas solas y viejas, y huían, por instinto, de la gente, gozando un placer egoísta en enclaustrarse tras de sus muros en correr cada noche muy temprano el gran cerrojo de la puerta con un gesto avaro y púdico que las rejuvenecía, convirtiendo su vetustez en algo raramente precioso. En todo el invierno no se habían tratado con nadie, ni siquiera con la vecina de al lado, a la que veían un momento, con la puerta entreabierta, cuando coincidían en recibir a los proveedores. Pero cuando llegó el verano, ese tiempo efusivo y amable en que se abren los balcones más herméticos, cuando las dos tortugas de la casa despertaron de su letargo, y ellas también sintieron la necesidad de respirar el aire fresco, pues no eran todavía las dos momias que parecían ser, no pudieron evitar el saludo de balcón a balcón con la vecina, los pequeños diálogos, esos suspiros acordados de laxitud—¡oh qué calor!—y las naturales invitaciones—¡si quiere usted pasar un rato!...

Lo habían dicho las dos hermanas por fórmula, sin insistir, creyendo que la otra no pasaría. Tenía tanto que hacer con su marido y con los chicos... Era una mujer alta, morena, de aire decidido y enérgico, siempre dando gritos en la casa, unos gritos que hacían temblar como pechos enfermos los delgados tabiques. Por esto les era simpática a las viejas. No tenía los mimos ni las coqueterías de otras casadas cuya sola presencia insultaba la traza convencional de su donceller. Y hasta deseaban que pasase a verlas, ávidas, a pesar suyo, de una distracción, de una novedad que animase su vida de solteronas viejas que no van al teatro ni al cine y han olvidado hace tiempo el acre sabor de una amistad nueva, que es casi un amor. Admiradas ellas mismas, volvieron a insistir otra vez para que pasase la vecina, y una noche, a primera hora, hablando desde el balcón como porfiaran de nueva, la otra dijo, resuelta: "Pues pasaré ahora mismo; si no no va a ser nunca. Pasaré un momento; pero un momento nada más..."

Y pasó. En bata, como estaba en la casa acabando de darle de cenar al marido. "Ya perdonarían la confianza". "¡Claro que sí!", asintieron las viejas, con algo de timidez. ¡Pero qué alta era la vecina! Se sentían tan pequeñas ante ella en la sala, cuyos techos

habían descendido de pronto, que con tono implorante, casi humilde, la mandaron sentar. Y la vecina se sentó en aquel sofá viejo, blasonado con las lises de una realeza destronada, haciéndolo crujir bajo su mole poderosa. Era una tarasca — pensaron las viejas. Una tarasca, sí; pero una tarasca llena de vida, de una vida tan exuberante que las anulaba a ellas. ¡Y qué locuacidad, qué dominio desde que se hubo sentado en aquel sofá de lises engañosos! Pues no podía ser una reina, parecía una gran actriz. Pasaba revista con los ojos a toda la sala, les hacía a las dos viejas toda clase de indiscretas preguntas, que ellas contestaban balbucientes y cohibidas ante aquella voz autori-

sofá, desterrando a las viejas a las sillas, donde desde aquel momento sólo fueron testigos silenciosos y resignados del espectáculo imponente de una felicidad matrimonial.

¡Cómo llenaron entonces verdaderamente la sala entre los dos y aquel perro enorme, alebrado a sus pies, que parecía darles una guardia regia. ¡Y cómo se les entregaba la casa, cual si fuesen sus verdaderos dueños, haciéndose más grande por el balcón abierto para dilatar su dominio en una ilusión de jardín donde habría centinelas apostados delante de las verjas rematadas en lanzas.

Ellos sonreían felices y arrogantes, no obstante estar sentados, jóvenes como novios, olvidados en aquel momento de la prole dormida. Sentíanse tan en su casa, que empezaron a hablar para ellos solos, sin hacer caso de las viejas, relegadas a la condición de azafatas, de guardia allí como el lebre, para darles majestad con su presencia.

Este cariño

Porque se dá en suspiros en la noche estrellada
Y despeja de sombras fantasmales mi frente;
Porque de amor perfuma la límpida alborada
Y descansa en mis brazos de varón consecuente.

Este cariño tuyo,
Universal cariño de mujer,
Es, mariposa, errante sobre frágil capullo,
Dos alas y una dicha que ha vuelto a florecer...

Por eso a los treinta años, tiene los labios rojos
Y la sonrisa pura, sin principio ni fin;
Caridad de unas manos para mis pobres ojos:
Playa que así prolonga la ilusión de un jardín...

SANTOS AGUILERA

taria. Desde que había entrado, la casa les había parecido más pequeña, y sólo pensaban: "Si se fuese!"

Pero la vecina no se iba. Parecía estar muy a su gusto en el sofá, cuya molice suavizaba sus nervios. ¡Tan cansada de trajinar todo el día! Dificultaba la voz, cual si se hubiese sentado en un piano; lanzaba unos suspiros que hacían más estable su actitud. Y las dos hermanas, resignadas, aguardando. ¡El marido la llamaría y tendría que irse. Y la llamó el marido, pero no desde el balcón como pensaban ellas, sino que vino él mismo, según estaba en casa, en mangas de camisa, fumando su cigarro y trayendo consigo al perro un perrazo enorme, que por poco derriba a la hermana menor, movilizada para abrirle, con un susto maravilloso, que lo magnificaba en león, llenando de orgullo a su dueño. Y con el perro a su lado, sentóse el hombre junto a su mujer, llenando el

Ellos hablaban de sus cosas, se miraban tiernamente, se hacían caricias discretas y cansadas de cónyuges en quienes el amor es ya costumbre. Un momento el marido, con sus ojos expertos, cubió la casa y calculó lo bien que estarían allí los chicos, tan apretados en la suya, ilusoriamente empujados por el número. Entonces la mujer se informó de las habitaciones, quiso verlas, y fué preciso enseñárselas, a ella y al marido, que llevaba al perro cogido del collar; al perro, que ladraba y olfateaba ávidamente el aire nuevo. Se admiraron ambos de que las dos viejas, solas, quisieran una casa tan grande, y la mujer, consultando al marido con los ojos, iba haciendo una distribución ideal de las habitaciones para ellos... "Aquí, los niños; aquí, nosotros". Y parecía poner allí en medio esa gran cama conyugal que abruma los sueños de las vírgenes. Y las dos viejas, turbadas, sobrecogidas, veíanse ya

expropiadas, lanzadas de allí, para que cupiese a sus anchas aquel gran lecho imponente y fecundo.

Respiraban sin embargo, al verlos de pie. Ahora se irían. Pero no fué así. Volvieron a la sala, y en vez de sentarse en el sofá, lo hicieron en sendas sillas, frente a frente, en uno y otro pie de la mesa, presidiendo una cena imaginaria y misteriosa.

Estaban ahora las dos viejas silenciosas, a un tiempo molestas y fascinadas ante aquella plenitud de dicha conyugal, realización ajena de lo que un día había sido su sueño. Contemplaban aquella dicha cohibidas y penetradas, sin embargo, de una complacencia que las llenaba de susto. ¿No se irían ellos nunca, invadirían definitivamente su casa, relegándolas a los rincones? ¿Y estarían ellas, sin embargo, tan contentas que no se opondrían a la postergación? Por lo pronto sentíanse sin fuerzas para hacer ninguna alusión a la hora, que se anunciaba ya tardía con la frescura de la madrugada. Y fué entonces cuando la mujer, con voz de una tenuidad insospechable, dijo: "Hay quien se queja del matrimonio; pero la verdad es que nosotros nunca hemos tenido un disgusto serio". Y se puso a evocar efemérides conyugales enteramente virtuosas, y se remontó a la época del noviazgo, al modo cómo se conocieron...

¿Qué contó después?... Las viejas ya no la oían. Estaban atónitas, dormidas acaso, habían dejado de existir en una sensación de haber traspuesto los límites de la eternidad, donde permanecerían ya siempre estáticas anegadas en la luz que irradiaban los semblantes de aquel matrimonio glorioso, arrulladas por la música de aquella letanía conyugal...

Fué la mujer la que al fin, estremeciéndose en su bata, se levantó de pronto, gigantesca: "Por Dios, Juan, que son las dos, y tienes que madrugar para ir a la oficina". Entonces el marido se puso en pie y se sacudió una pierna dormida de felicidad. "Tienes razón. ¡Vamos, caramba!" Echó a andar seguido del perro, que hacía estrechos los pasillos. Ella agregó meliflua, dirigiéndose a las viejas: "¡No se quejarán estúdes. Para ser la primera visita... Otro día vendremos más temprano". Las viejas no dijeron nada. Estaban absortas, transidas de un gran pasmo, sin voz, y al mismo tiempo de una misteriosa complacencia que aumentaba su pánico. Los acompañaron a los dos hasta la puerta, balbuciendo, y cuando se hubieron ido del todo la cerraron de un golpe, con la premura de un susto indefinible, y con sus cuatro manos, trémulas, torpes, desfallecientes, corrieron el pesado cerrojo con un avaro y púdico gesto ya inútil y quedaron de pie junto al muro, agotadas y palpitantes...

CURIOSIDADES

En la época en que los fenicios llegaron a España abundaba allí la plata de tal manera, que el pueblo mencionado lastraba sus barcos y hacía sus anclas y cadenas marinas con ese metal.

El cocodrilo poroso es una especie de gran tamaño y extraordinariamente feroz. Es el más temible para el hombre. Vive en diversas regiones del Asia Meridional, y aun cuando su elemento preferido es el agua dulce o de río, simpatiza con el agua de mar más que ningún otro emidosaurio.

Las chanzonetas eran coplas o composiciones en verso, ligeras y festivas, hechas, por lo común, para que se cantasen en Navidad o en otras festividades religiosas.

Quinientos de los novecientos famosos dibujos de Leonardo de Vinci existen en la biblioteca del castillo de Windsor, en Inglaterra.

La cola de las aves no les sirve a éstas para timón, sino que la emplean para mantener el equilibrio.

Las montañas de la luna son inmensamente más grandes que las de la tierra en proporción al tamaño de ambos. En nuestro satélite hay veintidós montañas más altas que el Monte Blanco.

El zoólogo Sharper, al hacer llegar a 250 mil el número de insectos conocidos, expresó la convicción de que dicha cifra sólo comprende la décima parte de los insectos que existen en nuestro globo.

El cielo, visto desde una gran altura, no es azul, sino negro.

El primer teatro de Atenas se construyó en el año 340 antes de nuestra era.

Una gran mayoría de peces tienen forma de cuna, lo que les permite moverse con mayor rapidez.

Más de la mitad de la superficie terrestre está cubierta por una capa de agua de tres mil setecientos metros de espesor. Once millones de kilómetros cuadrados se encuentran bajo una masa líquida de nueve kilómetros de altura.

Donde más profundidad ha indicado la sonda es en los alrededores de la isla de Guam, en el Pacífico, sitio en que se ha encontrado un fondo de diez mil doscientos noventa y seis metros.

A esta espantosa profundidad las aguas tienen una presión de cuatro toneladas y media por pulgada cuadrada. El más sólido casco de buque quedaría aplastado bajo tal presión como si fuese la cáscara de un huevo.

La más delgada y al mismo tiempo la más resistente de todas las pieles curtidas es la de la rana.

La ciudad de Tokio tiene más de mil establecimientos de baños.

La seda conocida con el nombre de "crepe" de China no se hace en ese país. En China no hay fábricas de tejidos de seda; toda la que se produce allí se teje a mano.

En Berkeley (Estados Unidos), en lugar de imponerse penas de prisión a los violadores de las leyes del tráfico, se han adoptado el procedimiento de encerrar los coches por un período que puede durar hasta 30 días.

A 80 kilómetros sobre la superficie de la Tierra ya no hay atmósfera.

Algunos experimentos han demostrado que la preferencia de los peces a las aguas oscuras o en sombra, se debe al hecho de que

los rayos ultravioleta del sol les dañan. Otros seres, sin embargo, muestran una reacción favorable a estos rayos.

Según la ley egipcia, el que conociendo un crimen no lo denunciaba, era tan culpable como el criminal.

El molino americano lo inventó Evans en el año 1741.

El cangrejo se desprende, cada cierto tiempo, de su caparazón, renovándolo por otro. En tanto que conserva el caparazón no puede crecer el animal, lo cual hace solamente en épocas de muda.



Como si le arrancaran los Pulmones

es la impresión que usted experimenta en un fuerte ataque de tos. La tos no tiene razón de existir, pues para combatirla están las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

que es lo mejor que hay para extirpar cualquier clase de tos. La Iodeina suprime el cosquilleo molesto precursor del ataque de tos, suavizando los bronquios y facilitando la expulsión de las flemas que secretan las vías respiratorias.

EN TODAS LAS FARMACIAS Y EN LA

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

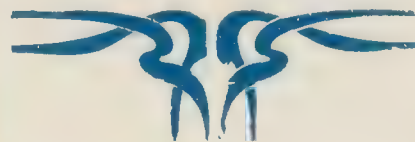
Buenos Aires

Conferencia del conde Keyserling

El conde Hermann A. Keyserling, rodeado de los doctores Ibarguren, Ravignani, Semprun y otros profesores, después de pronunciar una de sus conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras.



Vista parcial de la concurrencia que llenó el salón de la Facultad de Filosofía y Letras y que siguió con marcada atención la interesante conferencia que pronunciara el conde Hermann A. Keyserling.



NUEVO JEFE DEL REGIMIENTO 1 DE INFANTERIA PATRICIOS



Presidida por el inspector general del ejército, general Severo Toranzo, realizóse la ceremonia de la asunción del mando del regimiento 1 de Infantería Patricios por su nuevo jefe el teniente coronel Regino P. Lezcano. El general Toranzo acompañado de altos jefes y oficiales del ejército, después de poner en posesión de su cargo al teniente coronel Lezcano.

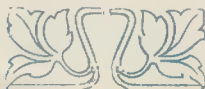


El nuevo jefe del regimiento 1 de infantería Patricios, teniente coronel Regino P. Lezcano, leyendo su alocución a las tropas, al asumir el mando de dicha unidad.



NOTAS DE ARTE

El notable violinista Ferenc von Vecsey, que ha obtenido brillantes triunfos en las diversas audiciones públicas, con las cuales se ha presentado ante el público porteño, en el teatro de la Opera.



Wanda Landowska y José Iturbi eximios concertistas cuya labor artística ha alcanzado un señalado éxito, durante los conciertos en obras para dos claves y dos pianos, ejecutados en el teatro de la Opera, ante un numeroso auditorio.



Arzeno nos habla sobre los motivos que fundaron su renuncia al raid Buenos Aires - Sevilla. - Interesantes entretelones del resonante episodio



HABLANDO CON EL AVIADOR
DIEGO ARZENO

Conocedores de que D. Diego Arzeno, piloto civil organizador del raid Buenos Aires-Sevilla, había renunciado a la magnífica empresa que con tanto desinterés y entusiasmo encarara, lo entrevistamos a fin de obtener de él las declaraciones referentes a su actitud, que, naturalmente, tuvo amplia repercusión en todas las esferas del país.

Con exquisita gentileza, D. Diego Arzeno se explayó sobre el tema, no ahorrando detalles, de modo que la elevación y dignidad de su conducta quedó claramente evidenciada. La entonación de su voz y la energía de su ademán, realzadas por el rostro juvenil y sereno del inteligente piloto, nos hablaron con harta elocuencia de la razón que asiste a su actitud y de la fuerza con que sabrá sostenerla. Digamos esto en mérito a la trascendencia que revisten las palabras de Arzeno y que nuestros lectores sabrán, seguramente, apreciar.

UN POCO DE HISTORIA SOBRE EL ASUNTO DEL RAID BUENOS AIRES-SEVILLA

—¿Qué motivos ha tenido usted, señor Arzeno, para renunciar a su cooperación en el raid proyectado?

—Ya expliqué en mi carta — nos responde, — en términos generales, las razones por las cuales asumí una actitud definitiva al respecto. Pero no di en ella los antecedentes del caso, y me place que sea FRAY MOCHO la primera publicación argentina que las recoja y haga conocer al público la verdad que, al fin de cuentas, tiene que resplandecer puramente.

Hilvanaremos, pues, un poco de historia. Hace ya algún tiempo me enteré de que el señor J. Roger Balet había instituido un premio para quienes realizaran un raid Buenos Aires-Sevilla con motivo de la celebración de la Exposición Iberoamericana en esta plaza de España. Como rondara por mi mente una idea semejante que no había sino que madurar y financiar, me resolví a ver al señor Roger Balet. Le dije, en concreto, que, como tenía un propósito idéntico y me hallaba en condiciones de realizarlo con la cooperación de algunos colegas y el concurso del pueblo argentino, haría él una gran obra destinando el importe de dicho premio a la suscripción pública que se realizaría para costear el raid. El señor Roger Balet acogió favorablemente mi propósito, pero declarando ante mi consiguiente sorpresa — puesto que de tal modo el pueblo argentino quedaba excluido de la contribución del raid, — que él no tendría inconveniente en financiarlo por entero, y, además, prestando el premio en cuestión que igualmente asignaría a quienes realizaran el proyecto. El señor Roger Balet me pidió en conclusión que planeara el raid, que presentara a su consideración un presupuesto y todos los demás detalles para la realización de la empresa, que, en caso de merecer su aceptación, él sostendría con su peculio los gastos que insumiera la consumación del raid.

Así quedaron las cosas — afirma D. Diego Arzeno, — después de mi entrevista con el referido comerciante.

"TODO MARCHABA PERFECTAMENTE BIEN"

—Hice lo que me pidiera el señor Roger Balet. Se aceptaron mis planes, con las modificaciones necesarias. En compañía del teniente

Mejía emprendí luego viaje a los Estados Unidos. Adquirimos el aparato no sin vernos obligados a desatender, antes, muchos asuntos particulares. Finalmente estuvimos de regreso. Todo marchaba hasta aquí perfectamente bien.

—¿No hubo dificultades de ningún género?

—Sí, las hubo, y debidas precisamente al señor Roger Balet, quien en su calidad de financista de la empresa se reservó siempre mayores atribuciones que las que lógicamente le correspondían.

Fué aquí, en Buenos Aires — agregó D. Diego Arzeno, — donde se produjeron las desavenencias extrañas que provocaron mi actitud.

Nos interesa, como al público de Buenos Aires, conocer esos detalles.

—Bien. Cuando el anhelo de mis largos afanes estaba a punto de fructificar noté cierto inexplicable alejamiento de parte del señor Roger Balet. Me insinuó él, a menudo, que era casi imprescindible darle al raid un carácter auténticamente militar que no tendría debido a que yo pilotearía el aparato... Advertí finalmente, una atmósfera cargada contra mí, no dando yo en la razón que la justificara. ¿Había cometido, acaso, algún error? ¿No estaba capacitado para la empresa? ¿Pero si el raid reposaba sobre mí y yo había sido su más fervoroso animador! Me encontraba en tan ingrata situación cuando sobrevinieron cosas que colmaron la medida. Un importante y serio diario de la mañana publicó la nómina de las personas que llevarían a cabo el raid, sin citarme a mí para nada; al día siguiente, el mismo diario anunció el cambio de nombre del aparato, para lo cual no se me consultó en lo más mínimo. Resolví aclarar mi situación, enviando al señor Roger Balet la carta pública que todos conocen. Hasta ahora estoy esperando la respuesta del destinatario...

—¿Por qué ese diario era el único que publicaba tales noticias?

—Porque el señor Roger Balet había dispuesto una especie de censura periodística del raid. Sólo ese diario contaría con información oficial acerca del mismo, y ello después de haber pasado toda la información por manos del señor Roger Balet.

Creo — concluyó el distinguido piloto — que el pueblo argentino debe saber todo esto.

—¿No es posible que el señor Roger Balet quisiera, por medio tan expeditivo, hacerse una propaganda para su casa?

—No lo sé, ciertamente. Pero es

indudable que planteada en forma semejante, la realización del raid tendría un carácter comercial...

EL GOBIERNO DEBE TOMAR CARTAS EN EL ASUNTO SI NO SE QUIERE MALOGRAR EL RAID

Analizando el episodio, se observa la necesidad de que el gobierno tome cartas en el asunto si el señor Roger Balet no se apresura a poner bajo la autoridad superior todo lo concerniente al raid proyectado.

Desde el momento que con sus títulos de propietario del aparato — el señor Roger Balet no posee otros en el asunto, — el referido comerciante pretende hacer del raid un vehículo de propaganda particular, es de todo punto inadmisibles que pilotos navales o militares presen su concurso a la empresa, aun prometiendo la independencia y el nombre de nuestras instituciones armadas. No es posible, tampoco, que a título de empresa nacional se explote comercialmente el sentimiento hispanoamericanista de nuestro pueblo, sentimiento, que, desde luego, está por encima de los cálculos que pudieran haber levantado la "generosidad" del señor Roger Balet. Decimos esto, claramente, con toda precisión, desde que también fuimos los primeros en elogiar la iniciativa del aludido comerciante cuando se ignoraba aún las minucias vergonzosas que, según las expresiones de D. Diego Arzeno, parecen haber primado en su organización. Entendimos — y con nosotros así lo creyó toda la opinión del país — que el señor Roger Balet quería expresar a la Argentina su agradecimiento de inmigrante afortunado, de hombre que había hecho aquí su fortuna y su hogar y que por eso mismo sentíase atado a nuestro suelo por una deuda de gratitud infinita. No era así, desgraciadamente. Conforme se deduce de la actitud y de las declaraciones del distinguido piloto, el señor Roger Balet no habría perseguido otro propósito que la propaganda comercial de su casa al auspiciar y financiar un raid que, si no lo toma a su cargo el Gobierno de la Nación, carecerá de mayor importancia y del calor de la simpatía popular argentina.

Nada más, por ahora.

El Círculo Militar confirió la más alta dignidad al general español don José Millán Astray. - El general don Enrique Mosconi significó la trascendencia del homenaje al glorioso mutilado



El Círculo Militar ha designado socio honorario de la institución al general Don José Millán Astray, el glorioso capitán de la Legión Extranjera de Marruecos, cuya reciente visita suscitó en el alma argentina tan gratas y perdurables expresiones de admiración y simpatía a la madre patria. Es la segunda vez, en su

Mosconi significó la trascendencia de la dignidad otorgada al general don José Millán Astray en un elocuente discurso que fué pronunciado en el acto respectivo, en medio de frecuentes aplausos de los oyentes.

He aquí los principales párrafos de la disertación del distinguido militar argentino: "En el mes de marzo del presente año — comenzó diciendo el general Mosconi —

de los señores consocios que la comisión directiva resolvió proponer a la H. Asamblea el nombramiento del general Millán Astray, comandante honorario de la Legión Extranjera del Ejército Español, como socio honorario de nuestra institución, lo que se hizo público en aquel mismo acto.

La comisión directiva, al solicitar a la honorable asamblea su voto afirmativo, lo hace en el convencimiento de que



los nuestros, que luego de afirmada nuestra soberanía trocó las armas de lucha por armas de trabajo y ha contribuido con su esfuerzo al engrandecimiento de la Nación.

Por ese vínculo noble de historia y de sangre que nos une al ejército español y a España es que os solicitamos para el general Millán Astray, el



General Don Enrique Mosconi



General Don José Millán Astray

historia social, que el Círculo Militar confiere un título de tales proyecciones.

Se ha querido con ello, no sólo rendir homenaje al héroe mutilado, que es la expresión viva de las virtudes del soldado español, sino, además, tributar una noble y delicada manifestación de afecto al Ejército de España.

Enhorabuena el Círculo Militar intensifique sus relaciones cordiales con las instituciones armadas de la Madre Patria.

El general Don Enrique

llegó a nuestro país el general don José Millán Astray, quien fué agasajado por las autoridades nacionales, por el señor Intendente Municipal y por distintas instituciones sociales y culturales argentinas y españolas.

El Círculo Militar, adhiriéndose a las demostraciones de simpatía que se tributaron al ilustre soldado, le ofreció el 11 de abril una recepción que fué un acto brillante por el número de socios que concurrió a él y especialmente por el afecto y la consideración hacia el huésped que se puso de manifiesto. El general Millán Astray fué aclamado con una espontaneidad y un entusiasmo que indicaron bien claramente el reconocimiento de los altos valores morales y técnicos que destacan su personalidad militar.

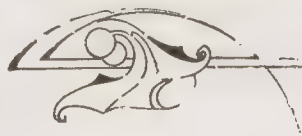
Fué interpretando ese sentir

las extraordinarias virtudes militares y cívicas del general Millán Astray merecen el alto honor que le deseamos conferir. La acción gloriosa y decisiva que le cupo al frente del cuerpo por él creado en horas difíciles de hondo dolor para su patria; el espíritu militar que anima toda su obra ejemplar, culminando en ese Tercio que vive alentado por un solo sentimiento, el más profundo para el soldado, el amor patrio, lo hacen acreedor a este homenaje de militares.

La comisión directiva ha tenido presente además la alta representación que ejercía en esos momentos entre nosotros el huésped ilustre. Traíanos el abrazo hermano de un ejército que en combates gloriosos regó con sangre nuestros campos de batalla en la epopeya histórica; ejército de héroes también, como héroes fueron

más alto honor que puede conferir el Círculo Militar.

El valor de esta distinción sólo conferida hasta ahora en los 48 años de vida de nuestra institución al señor teniente general don Pablo Riccheri — es por ello el de un homenaje fraterno de respeto y consideración que el ejército argentino tributa en la persona del general Millán Astray, brillante ejemplo de espíritu militar y de acendrado patriotismo, al heroico ejército de España y a las virtudes siempre renovadas de la madre patria".



AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de P. Rojas

(Continuación)

Pero ¿por qué el otro había murmurado entre dientes: "¿Qué fortuna para nuestros hijos?" Confieso que me perdía en un mar de conjeturas. Lo más sencillo para salir de dudas, era pedir una explicación, y esto fue lo que hice.

—¿Esperas a alguien? pregunté. Si no he oído mal vuestro amigo ha ido a invitar a algunos de los vuestros para comer.

—Es más que compañero, pues es mi marido, contestóme el escarabajo; espero que encontrará un buen número de amigos; diez de estos no serían demasiado para la tarea que tenemos entre manos.

Sin duda que os referís al banquete que les tenéis preparado. Sin embargo os diré que vuestro turcón no me parece muy comestible. ¿Y a vos?

ladrarlo a otro sitio: notad bien que no dije que queríamos llevarnoslo, sino enterrarlo.

—Me agradecería ver como os las componéis para el caso.

—Vuestra curiosidad va a quedar satisfecha, pues he aquí a mi marido que vuelve en compañía de varios amigos.

Una palabra y acabo.

—Os escucho.

—¿Uno os llamais?

Necróforo.

—Gracias.

El necróforo que hacía un rato partiera en busca de sus amigos, venía muy bien acompañado. Todos aquellos insectos (eran en número de diez) rodearon el cadáver del turcón, e indudablemente no ignoraban el servicio que debían prestar a sus amigos, pues deslizándose silenciosos debajo de aquellos restos empezaron su faena.

Yo me quedé solo, aguardando con curiosidad la demostración que acababa de prometerse.

Apenas desaparecidos los necróforos bajo el cuerpo inerte del turcón, éste empezó a oscilar de un modo visible. Al mismo tiempo apareció a su alrededor un montoncito de tierra que a poco fue aumentando, al paso que el cadáver del turcón desaparecía insensiblemente. En seguida comprendí que los necróforos minaban el suelo debajo de aquellos despojos y echaban la tierra. Cuando el cadáver estuvo medio enterrado, el montón de tierra que le rodeaba



C. PENARD

empezó a caer sobre la parte visible. Los necróforos trabajaban sin descanso, a fin de hacer desaparecer completamente de la vista los restos del turcón.

Confieso que aquella operación me interesaba en gran manera. De vez en cuando rodaba sobre el cadáver un montoncito de tierra, al que seguía otro montón, y otro, y otro, hasta que por último nada más ví del animal. Había que estar perfectamente enterrado.

CAPITULO XVII

Un impertinente

Toda la tarde estuve yendo de acá para allá y haciendo toda clase de observaciones. En un sitio cuyo suelo era muy arenoso, noté que había varios agujeros redondos y al parecer bastante profundos. Preguntándome estaba lo que dichos agujeros podían significar, cuando apareció en uno de ellos una cabeza redonda, aplastada y armada con grandes y arqueadas tenazas, muy afiladas. Aquella cabeza tenía las mismas proporciones que la abertura por donde había asomado, y tal como estaba la tapaba tan perfectamente bien que, gracias a esta circunstancia y a su color amarillento, confundíase con la tierra que la rodeaba. Notando que tan singular cabeza me estaba mirando atentamente, le dije:

—¿Quién sois? ¿qué estáis haciendo en este sitio?

—Me ocupo en cazar hormigas, contestóme. Soy una larva de ciendela.

—¡Ah! exclamé, ¿la larva del lindo coleóptero verde, recamado de blanco, que corre tan aprisa?

—Exactamente.

—¿Por ventura para dar caza a las hormigas os mantenéis oculta, y cuando aquellas pasan al alcance de vuestras mandíbulas, saltáis encima y las inmoláis?

—No es eso: tengo muy cortas las patas para saltar. Yo nunca salgo de mi agujero.

—Entonces?...

—Aguardo a que pase una hormiga encima de mi cabeza; al verla me suelo al fondo de mi fosa dando una gran sacudida; la hormiga tropieza, cae en ella, y una vez en mi poder la devoro a mis anchas.

—Me parece que serán pocas las hormigas que se dejen atrapar de esta manera. Si no contáis con otros medios para vivir, os digo que no envidio vuestra suerte.

—Mi suerte es más halagüeña de lo que vos suponéis. Verdad que uno no come todos los días, pero ¿qué queréis? Tengo las patas de-

masiado cortas para atrapar a las hormigas a la carrera; y luego, ninguna coraza protege mi cuerpo, de suerte que si me aventuraba a dejar mi agujero, las endiabladas hormigas, que saben que soy un enemigo acérrimo, no tardarían en jugarne una mala pasada.

—Pero, observé, debe ser casualidad que alguna hormiga pase sobre vuestra cabeza.

—¡Oh! mi trampa no está fabricada al acaso, no. Está en una plazuela en medio de un sendero frecuentado por las hormigas, y cuando hace sol agarro tantas como quiero. Mirad allá abajo: ahora viene una. ¿Cuanto apostáis que pasará por encima de mi cabeza?

Efectivamente, sucedió como la ciendela había predicho; pero ésta fue generosa y la perdonó.

—¿Véis cómo no os engañé?

—Fácilmente habiéis podido tomarla.

—Verdad que sí; pero por hoy no me hace falta, pues he comido bastante. Al decirnos que ayunaba, me refería a los días lluviosos.

—De todos modos, repliqué, lleváis una existencia muy monótona.

—No digo que no, pero algún día abandonaré este agujero y podré apoderarme a la carrera de mi caza predilecta.

Decididamente, me decía mientras me alejaba de aquel sitio, todo el mundo se consuela aquí abajo con la esperanza de otra vida mejor. Anteayer fué la hormiga león que así me habló, la ciendela se expresa hoy de la misma suerte, y luego encontraré otros y otros que vivirán tan contentos como los seres que acabo de mentar, alentados por su futura metamorfosis.

Apenas había dado diez pasos cuando un nuevo espectáculo se ofreció ante mis ojos.

A corta distancia de mi veíanse dos coleópteros, al parecer de la familia de los lamelicornios, los cuales estaban muy ocupados en cierta operación que requería el auxilio de todas sus fuerzas musculares.

Poco corpulentos eran aquellos seres, pues apenas alcanzaban el tamaño de mi cabeza; enteramente negros y de forma más o menos globulosa, su cuerpo disminuía un poco hacia atrás, y estaban provistos de patas largas y enovadas, sobre todo las traseras.

En el momento que los divisé, uno de ellos iba arrastrando, mientras el otro la empujaba, una especie de bola pardusca que me pareció formada de dura tierra. Tratábase de salvar un declive bastante empinado, y era cosa digna de ver los esfuerzos de aquellos seres para trasladar el fardo hasta la cúspide. Varias veces se les escapo y fué rodando hasta el pie de la escarpa; pero por esto no desmayaban, antes bien em-

prendían con nuevo ardor su faena.

Aunque estaba completamente a oscuras sobre las intenciones de los coleópteros, en mi interior había votos porque saliesen bien en su empresa. Así pues, al verlos detenerse para cobrar aliento en un sitio del que todavía no habían podido pasar con todo y los esfuerzos que hacían, y luego continuar su trabajo animándose mutuamente con palabras y gestos, no pude menos de correr en su auxilio. Apoyando mi cabeza contra la bola hasta la meseta donde querían llegar. Mi acción fué tan rápida que sólo después de terminada la faena noté una circuns-

—¿Qué os proponéis hacer con esto? pregunté.

Hemos depositado un huevo encima, contestóme uno de ellos, y cuando se abra, no faltará alimento a la pequeña larva que de él nazca. Así cuidamos nosotros los huevos. Ya véis que no somos avaros de nuestras fuerzas para procurar vida regalada a nuestros hijos: así lo han practicado nuestros ascendientes desde que el mundo es mundo, y así lo practicarán los de nuestra familia hasta la consumación de los siglos.

—A decir verdad, observé, vuestra progenitura tiene unos gustos bien poco delicados.

No nos toca a nosotros dis-

temor manifestado por el sífiso de que les fuese arrebatada tan infecta píldora, solté la risa.

—Muy triste es vuestro oficio! exclamé.

—Triste os parece, querido grillo? Pues habéis de saber que la ocupación que tanto os desagrada mereció a nuestros antepasados los mayores honores por parte de los hombres. Ha pasado a ser tradición entre nosotros que un poderoso pueblo de la antigüedad nos colocó en el número de los dioses. ¿Qué decís a esto, eh? Por mi parte no sé que jamás hayan sido divinizados los grillos.

—Ni yo tampoco, convengo en ello; pero ¿a qué debisteis honrar tan insignie?

—Parece que se nos consideraba como emblema del sol, como mensajeros de la primavera, como precursores de la renovación de todas las cosas. Para nuestro adoradores la bola que hacemos rodar era la imagen del mundo, y la larva de escarabajo que encierra, el símbolo de un ser engendrado sin padre ni madre, sin más auxilio que las fuerzas de la naturaleza: era la personificación de la fuerza vital.

—Todo esto es muy poético; pero a este paso no me sorprendería en lo más mínimo que otros pueblos hubiesen adorado al grillo... sólo que, habiéndose perdido la tradición de tal cosa, a pesar de mis buenos deseos no puedo envaneecerme con tan noble origen.

—El nuestro, contestóme irguiéndose el escarabajo, está sólidamente establecido, siendo incontestable su autenticidad. ¿Conocéis acaso algún otro insecto que pueda presentar tan limpios blasones?

Forzoso me fué convenir en que no conocía ninguno.

Y me despedí de los escarabajos con una grave reverencia, para indicar el respeto que me merecían aquellos descendientes de los dioses. Lo que no impide, decía para mis adentros, que prefiera mi suerte a la suya. A pesar de su atolengo, su oficio es bien ruin. Puede ser que en pasadas épocas se les tuviera como dioses; lo que es hoy... ¡tiempos nuevos ideas nuevas! Para mí no veo que pueda compararse más que a ciertos pobres obreros condenados a trabajar de noche.

Durante mi paseo todavía tuve varios encuentros, entre otros el de un elaterido que, panza arriba, hacía todos los esfuerzos imaginables para recohilar su postrura natural, lo cual no lograba conseguir a causa de lo costoso de sus patas.

(Continuará)



C. PENARD

CELEBRACION DEL 25 DE MAYO EN SAN JUAN



El interventor nacional doctor Modestino Pizarro acompañado del ministro de Hacienda, doctor Miguel L. Denovi, del intendente municipal, doctor Scuasini, del comandante del regimiento 5 de caballería y de otras autoridades dirigiéndose a la catedral con objeto de asistir al Tedeum.



Las altas autoridades de la provincia de San Juan, presididas por el interventor nacional, doctor Modestino Pizarro, saliendo de la catedral después de oficiado el Tedeum.



El Interventor nacional doctor Modestino Pizarro, rodeado de las autoridades y altos funcionarios de la administración, presenciando, desde la tribuna oficial, el desfile de las tropas.



Las fuerzas del ejército nacional que rindieron honores el 25 de mayo, al iniciar el desfile ante las autoridades.



Alumnos de las escuelas sanjuaninas que tomaron parte en el desfile cívico organizado con motivo de la efemérides patria.

Provocó interesantes comentarios en Montevideo la llegada de nuestra corresponsal Adela García Salaberry.-"El País" publicó un interesante juicio de su personalidad literaria



Señorita Adela García Salaberry

FRAY MOCHO ha confiado su correspondencia en Montevideo a la distinguida Srta. argentina A. G. Salaberry. La representación intelectual de nuestra enviada nos excusó oportunamente de mayores comentarios. Poetisa de alto vuelo lírico; periodista enjundiosa que realiza en su labor el precepto de D'Ors en "aprendizaje y Heroísmo"; novelista de fuerte potencia espiritual, Adela García Salaberry no necesitaba la presentación de práctica en estos ca-

sos. Sabíamos por lo demás que su nombre y su obra eran vastamente conocidos en el Uruguay, en donde frecuentemente se la citó entre nuestros más ponderables valores. Por otra parte no era preciso, tampoco, señalar el alcance de la misión que le encomendáramos. Es sabido que FRAY MOCHO se cuenta entre las publicaciones argentinas mejor y más directamente vinculadas al pueblo hermano. Se descartaba, pues, que la tarea de su corresponsal se ceñiría a un concepto de desinteresada y noble campaña de acercamiento entre las naciones del Plata, a lo cual, supérfluo es decirlo, Adela García Salaberry consagró los afanes esenciales de sus actividades intensas de escritora y periodista. De ahí que previéramos la acogida cordial que se la dispensaría en Montevideo; tanto por lo que ella representa en nuestras letras como por el cargo que ocupa en FRAY MOCHO. "El País", prestigioso diario uruguayo, ha publicado al respecto la siguiente nota en donde está admirablemente reflejada la personalidad de nuestra enviada especial.

LA ESCRITORA ARGENTINA ADELA GARCIA SALABERRY EN MONTEVIDEO

Trae a nuestro país una simpática misión de acercamiento espiritual

"La señorita Adela García Salaberry no necesita presentación. Ha escrito en todos los grandes diarios y revistas de la Argentina. Periodista valiente, prosadora excepcional y rimadora de gran vuelo lírico no quiso ni buscó nunca la reclame, su prestigio vino de su obra. Se acurrucó en su remanso de bondad infinita, dejando que otras que menos sapientes y más audaces la superaran a veces en nombradía, con su aquiescencia y su comentario favorable. José Ingenieros, en su rueda famosa, la mencionada siempre con preferencia consagra-

toria, y el comentario extendiase de cenáculo en cenáculo. Mas ella misma se encargaba de reprimir o desviar la corriente suscitadora de fama ganada por la sugestión del silencio, hecho Dios por los griegos.

Actualmente la prestigiosa escritora argentina se halla en Montevideo con una simpática misión intelectual: deseosos de recoger algunas sugerencias que nos fuesen útiles para su presentación en nuestro ambiente, le hicimos una entrevista.

La señorita García Salaberry accede al reportaje con toda amabilidad, sin falsos e inoportunos alardes de modestia.

—¿Su primera obra, señorita?

—Un tomo de versas, titulado "Momentos Sentimentales", por cierto que ese libro ha sido para mí una verdadera consagración, que en verdad yo no esperaba. La crítica se ocupó con mucho elogio y poseo una gran cantidad de cartas firmadas por los más destacados intelectuales sudamericanos, en las que contienen juicios encomiásticos de mis versos.

—¿Después?

—Después publiqué una novela que se premió en el concurso de "El Hogar". Se titula "Luz y Sombra". Luego, otra novela "La Gloria del Corazón" y actualmente escribo las últimas páginas de otra novela titulada "Revelación", en la que sostengo principios de ética, los cuales posiblemente han de sorprender en cierta gente.

—¿Ética nueva, revolucionaria?

—Ética humana, más allá de la farsa eterna que es la vida actual de relación; una ética que se cierne siempre a una altura donde no llegan los mediocres, los acomodaticios, los que son esclavos porque sienten un malsano sensualismo en serlo.

—Según eso, ¿sus ideas?

—Mis ideas proclaman, como base de la reforma social en el mundo, la condena y la definitiva eliminación del engaño en las sociedades humanas.

Lo grosero no deja de ser gro-

sero porque se oculte o se disimule: lo vil será siempre vil aunque no se proclame. Las pasiones humanas, los instintos no deben ser combatidos sin examen previo; pasiones e instintos si se encauzan, si se sabe aprovecharlos, se los convertirá en fuerzas útiles... La novela, que publicaré en breve sostiene, en la aplicación de una fábula ideada, estos principios.

Proclamación de la verdad; la verdad a toda costa y por sobre todos los intereses subalternos.

—Muy interesante, sin duda, y como manifestación de intelectualidad femenina, sensacional.

—¿Alguna otra obra en preparación?

—Sí, una recopilación de artículos publicados en diarios y revistas. Se titulará: "Mi carnet de periodista" y contendrá toda mi labor más destacada en varias publicaciones de aquí y del extranjero. Preparo además la segunda edición, aumentada, de "Momentos Sentimentales".

—Vemos que es usted una incansable trabajadora.

—Sí, declaro que escribir, crear, estampar en una blanca carilla una idea es mi mayor placer. Pero, aún, es una necesidad, algo orgánica que ocupa todos los instantes de mi vida. Salvo aquellos...

—¿Cuáles? — inquirimos curiosos.

—Aquellos que los ocupa la preocupación por las antipáticas obligaciones económicas. ¿Cómo tiranizan las obligaciones que nos impone la vida, esta vida que tiene en el dinero el factor preponderante!... ¡Qué lindo no tener que ocupar la mente en ningún momento con una preocupación monetaria, vivir siempre en plenitud intelectual!

Y en esta frase, la señorita Adela García Salaberry concentró su modalidad, su idiosincrasia: en el fondo de su nacionalismo tan valientemente proclamado, existe un romanticismo incontenible, pero, asimismo un romanticismo no contemplativo, sino constructivo, y desde luego, plausible y admirable.





UNA VERGÜENZA DE BUENOS AIRES: EL "PARQUE GOAL" DE LA AVENIDA DE MAYO

En la Avenida de Mayo al 1400, es decir, en el propio punto inicial de nuestra primera arteria urbana, funciona un lugar de recreo malsano que se denomina "Parque Goal". Es un refugio miserable y pintoresco, instalado precisamente al lado de un cine de catadura no menos sospechosa. Hay que entrar y ver, como dicen los pregoneros del fenómeno de la feria. La fachada es un indicio de lo que pasa adentro: un cartelón polícromo y sucio, donde la mugre ha puesto una pátina realmente extraordinaria, anuncia el foco de inmundas curiosidades que sirven de renglón fructífero al negocio. Chinchulinería barata y anti-higiénica; salón de lustrar y venta de cigarrillos y loterías, (quinielas también), casa de limpieza de trajes y sombreros; aparatos automáticos para "ver la vida color de rosa" y para marcar la fuerza del puñetazo; mostrador de naranjadas y limonadas. Todo esto, acumulado en ináudita promiscuidad en el "hall" atorrante que precede al misterioso tugurio. Entramos, y ya vivimos en plena atmósfera de folletín. Se trata de un local subdividido por una barandilla de madera. En reprises estrechas y sórdidas se acomoda el público como puede. Es un público heterogéneo, de la más baja calaña. Hetáiras y afeminados; compadritos de suburbio y de salón; "caftens" que evidencian a gritos su condición de tales; vejetes impúdicos y



Señor Intendente:

EL "PARQUE GOAL" AFRENTA A LA DIGNIDAD DE BUENOS AIRES EN PLENA AVENIDA DE MAYO. MAS SOBRE LA SITUACION DEL COMERCIO LOCAL DE LA DIAGONAL ROQUE SAENZ PEÑA

jóvenes de dudosas inclinaciones, es decir, un mundo de sujetos extraños que viven al margen de la ley y de la moral ocupa a diario el infecto espectáculo que se exhibe, para vergüenza de la ciudad, en su calle principal.

Al frente, en el interior, hay un entarimado que sirve de escena. Desfilan allí, sucesivamente, todos los elementos de "varieté" pecaminosa desalojados de los cafetines. Las figurantas y los seudocómicos venidos a menos, encontraron en el "Parque Goal" el obligado reparo para su tristísimo comercio. El conjunto es ruín y grotesco. Habla de inconfesables miserias humanas, de vicios recónditos. El "Parque Goal" es un lugar de canallaje, que prospera al amparo de la desidia policial y municipal y a pesar de las protestas lógicas del comercio, y del vecindario honrados. Pero es interesante en el "Parque Goal" la figura del tahir que lo regentea. Tiene aires de personaje y se considera un empresario de teatros. Explota violentamente las debilidades de "su público". La consumación se cobra doble: \$ 0.30 el café, \$ 1 la botella de cerveza. Así, con todas las bebidas que expende. Hay un solo W. C. que utilizan indistintamente hombres y mujeres; obliga a consumir "por sección", consistente en un número de "varieté" que paga a las "intérpretes" con el permiso que les concede para atrapar incautos. Y dice a quien quiere oírle que permanecerá en la Avenida de Mayo, con su infecto comercio porque tiene "palancas bravas en el gobierno y en la Municipalidad". Nosotros no somos tan optimistas... invitamos a las autoridades policiales y municipales, cuya complicidad con el tahir del "Parque Goal" nos resistimos, naturalmente, a admitir, que visiten este refugio en la seguridad de que llegarán a nuestra conclusión y que adoptarán las medidas consiguientes. Se impone el

desalojo inmediato del espectáculo que avergüenza a Buenos Aires en su propia arteria céntrica.

Insistiremos.

ALMACENES EN LA DIAGONAL

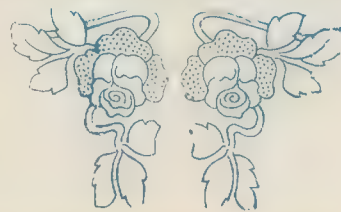
Nuestra campaña en favor del cumplimiento estricto de la concesión municipal de los terrenos de la Diagonal Roque Sáenz Peña, debe referirse hoy a un nuevo detalle interesantísimo. En algunos kioscos se ha iniciado la venta de artículos comestibles de todo género, agregados a los ya existentes despachos de frutas que trabajan en grande escala. No es el caso de discutir si existe o no autorización para ello, y si en caso de haberse acordado permiso este está bien o mal expedido. Teniendo en cuenta el propósito fundamental de nuestra campaña que es abogar por la defensa del comercio local y por la belleza edilicia de la referida arteria, a la vez que por el recto cumplimiento de la concesión municipal, FRAY MOCHO observa que la instalación de aquellos puestos es realmente atentatoria a los intereses comunes de la población. Nosotros no nos oponemos a que, por vía oficial, se abaraten los artículos de consumo, sin excepción. Antes bien, creemos que se trata de un deber ineludible de nuestras autoridades municipales. Pero es en los barrios pobres, no en parajes de gente pudiente y de vida pródiga, donde debe llegar la acción oficial.

En Barracas, en Parque Patricios, en Puente Alsina, en los bajos de Palermo y Belgrano, en los pueblos suburbanos del sud deben instalarse esos kioscos de venta de frutas y artículos comestibles a precios relativamente baratos. El consumidor modesto y la familia humilde que necesitan la ayuda oficial no se hallan, seguramente en el centro; ni

pueden trasladarse al mismo, ya que sólo los gastos de transporte le restarían el beneficio de la adquisición. Por eso entendemos que se trata de un grave error, que desvirtúa el propósito de las autoridades, la instalación de tales kioscos en el radio central de Buenos Aires.

Por lo demás, nos toca persistir en anteriores apreciaciones. El Mercado del Plata, por ejemplo, sobrecargado de impuestos y ordenanzas debe competir desventajosamente con los puesteros instalados en los terrenos de la Diagonal Roque Sáenz Peña y en sus adyacencias. No pagan estos gastos de alquiler, ni de luz, ni de aguas; tampoco se atienen a las ordenanzas sanitarias de rigor. Se hallan, pues, en una situación comodísima para competir con el comercio de la localidad, al cual agobian las exigencias municipales. Tales observaciones pueden repetirse en lo que respecta a los almacenes del radio indicado, que por virtud de la generosidad de la Comuna para con los poseedores de los terrenos de la Diagonal Roque Sáenz Peña, se ven en el amargo trance de defenderse en toda forma para no ir al desastre económico.

La Municipalidad debe considerar la situación que dejamos relatada. FRAY MOCHO se hace eco de la angustia a que se encuentra expuesto el comercio minorista de aquel sector urbano, insistiendo en su sana prédica y seguro de que será oído por las altas autoridades de la Comuna, que no se han desentendido nunca de los intereses reales de la población.



Los perros, por salir demasiado a prisa de la cocina, casi dieron por tierra con doña Pantaleona, la cocinera de la estancia "Los indios".

—¿De qué te ráis, soquete? — le gritó ésta, a Miguel, peón del tambo, que había venido a buscar la carne.

—¿De los perros, doña Pantaleona! ¡Tá que son bárbaros; casi la vóltian!

—¡Ajá! Vos siempre ayás algo pa réite. Mejor sería que fueras a divertirte con los alambreros, que todos los días, don Justo, (don Justo es el patrón de la estancia) reniega porque las vacas del tambo se le meten en el lino.

—Sí, ya sé que usté lo anda disiendo. Pero, sepa que yo soy peón ordeñador y no mensual.

—¡Cayate, manecarrón!

—¡Adiós, cocinera e peones!

Y cuando Miguel, montado ya en su lobuno viejo, iba a emprender galope, oyó todavía la voz de la vieja que le gritaba:

—¡Orejero! ¡Bosal! ¡Hijo de...!

Los perros se habían llegado hasta mitad del cuadro de los novillos, para ladrar a un jinete que apenas comenzaba a distinguir a los lejos del pajonal.

Era ya la tardecita. El campo se iba llenando de melancolía y el balido de los animales, lleno de mansedumbre, parecía una despedida a la luz.

Un tono violáceo íbase extendiendo sobre el pastizal, como si fuera un líquido prolijamente desparramado, y algunas bandadas de patos cruzaban con ligero vuelo hacia el Sud.

La cocinera se puso, a manera de pantalla, una mano sobre los ojos para observar bien al jinete que venía, y luego, con gran apuro, comenzó a llamar para el lado del galpón:

—¡Palenque! ¡Palenque!

Pero nadie respondió. Con gran aspaviento miraba para un lado y otro por ver si aparecía.

—¡Palenque! — gritaba hacia el lado del monte — ¡Palenque! — hacia el chalet. Pero nadie res-

PALENQUE

Por Atiliano Ortega Sanz

pondía. — ¡Este infelís l'ía d'estar juntando mastuerzo a la niña! — decía. — Se cree que eya... já, já, já. ¡Si será abriboca!

De pronto, de entre unos carros viejos que, por inservibles, habían sido tirados allí, una cabeza que más parecía un zapallo, se asomó para responder:

—¡Qué hay!

—¡Que vengás de seguida! ¡Ya viene don Justo!

—¡Güeno, ya voy!

Y sacudiéndose de las manos la herrumbre que se le había pegado

las clases.

Ese día era, para él, uno de los más felices de su vida.

A la mañana cuando, como de costumbre, fué a llevarle el puñado de mastuerzo que había recojido, y que tanto le pedía la niña, ella le había mirado muy cariñosamente, y hasta lo había sonreído.

—¡Tá questaba linda! — se dijo, sonriendo beatíficamente, mientras el jinete se acercaba.

Cuando el patrón llegó, lo primero que hizo, fué acribillarlo a

te vas a curar ni a palos! ¡Sos lo mèsmito que tu finao padre: haragán sin agüela! Y, desime: ¿por que no lo has echao?

Palenque, temblando como una hoja, porque el patrón tiene el rebenque dado vuelta como para castigar, le dice:

—Porque el niño Rafael me yebó el cabayó (el niño Rafael era un sobrino del patrón que estaba de paseo en la estancia).

—¡Ajá! — exclamó medio calmado — Güeno, andá a echarlo con el mío.

Y mientras Palenque va en busca del nohero, un caballo que de puro viejo que es, ya tiene las rodillas torcidas, don Justo se va a la cocina de los peones, donde lo espera Pantaleona con el mate preparado y un montón de cuentitos y chismes.

—¡Güenas, Panta!

—¡Güenas, don Justo! ¿Cómo le jué? — pregunta la cocinera alcanzándole un mate.

—¡mal nomás! Estuve en lo del basco Joaquín. ¡No nos pudimos arreglar!

—Y, usté, ¿qué le dijo?

—¡Ah, y a sabe bien cómo soy! Le dije que si quería dar paso a la tropa, bien; si no quería, que era igual, pero que en cuanto le cayera un animal de su marca en mi campo, le iba a meter cu-chiyo.

—Hiso bien, don Justo. ¡Es más agarrao, el basco esel

La ves pasada, conchabó a una hija de doña Nicanora, la puestera de "El Quemao", y, ¿sabe cuánto le pagó por quince días? ¡Sáis pesos! Y pa pior la hiso dirse de a pie. ¡Cómo será!

—Y por aquí, ¿no hubo novedad? — interrogó él, cambiando de tono.

—Poco hubo. Ah, se me olvidaba: estuvo el hombre de los cueros, y Palenque, sabe, le dijo que usté ya los había vendido. ¡Mire si será!

—¡Le hubiera roto el alma, por metido!

cuando es posible que los mi

—Yo casi le mandé con una paleta de capón que tenía en la mano pero me da no se qué, pegarle; tiene ya casi veinte años...



quitando hierros de aquellos armatostes, Palenque fué aproximándose a la tranquera, donde debía esperar que el patrón llegara, para desensillarle el caballo, bañarlo en el bebedero del molino y larlarlo al cuadro de la alfalfa.

Quien se detuviera a estudiar la fisonomía de este pobre muchacho, lo que podía sacar de él era que tenía los ojos ligeramente tímidos como las ovejas, el cabello renegrido y enredado como las colas de los potros, la boca grande, pero los labios finos como los de un inglés, y las orejas, un poco abiertas, como las alas de un ternero enojado.

No era grueso ni delgado, alto ni bajo, y sonreía siempre como los maestros de escuela después de

preguntas:

—¿Cueriaste los terneros del bajo?

—Sí, patrón.

—¿Arreglaste la rueda de la sorra?

—Sí, patrón.

—¿Juiste a tráir las torniquetas?

—Sí, patrón.

—¿Serraste el molino de los toros? ¿Apartaste los potriyos? ¿Descalostraste la manchada?

—Sí, patrón.

—¿Le achaste leña a Pantaleona? ¿Juiste a buscar la correspondencia?

—Sí, patrón.

—¿Echaste el nohero?

—Entuavía no.

—¡Pucha que sos dejao! ¡No

— Güeno, y ¿qué más?

— Nada: que Robustiano, habiéndose el sonso, salió a recorrer cerca de las tres de la tarde. Me parece que ese y el nuevo se va a reventar trabajando.

— ¿Y qué más?

— Este..., hay algo más, pero yo, ya sabe: no me gusta. Siempre fui mujer muy de mis cosas y no me gusta meterme en las de nadie. Usted sabe, don Justo.

— ¡Güeno, mujer, por esta vez largue! Ya sabe que yo soy como flecha de indio: dentro pero no salgo.

— No, don Justo: no se lo voy a decir, porque después va a ocurrir como con lo del capatás: total, porque le dije a usted que él carnaba las gordas en ves de las del cuadro chico, como usted le había dicho, me trató de orejera: ¡Y eso no me gusta!

— Pero aqueyo ya pasó, y además yo no le dije nada a usted: se lo dije a él.

— Ah, pero él se desquitó conmigo.

— Sí, ya sé que él se desquita con usted. Pero déjeme de macanas y dígame eso que me va a desir.

— ¡Ah, ya se lo dijeron! ¿no? Son cuentos de Palenque. Ya lo voy arreglar. Pero sepa, don Justo, que el capatás nada tiene conmigo; son envidias nomás.

— ¡Güeno, Panta, gueno! Me lo disé o me voy pal' chalé.

— Mire, se lo voy a desir, pero no vaya a descubrirme, ¿he? ¿me lo jura?

— ¡Se lo juro! — dice riendo el patrón.

Y entonces con voz misteriosa, Pantaleón le cuenta cómo ha sabido que la niña Luisa anda en amores con Felipe, el hijo del vasco Joaquín.

— ¡Han de ser mentiras, Panta; no puede ser...! M'ija no sería capás de contrariarme.

— ¡Mire que cuando se mueven las cañas...!

— ¡No lo creo! — y cambiando de conversación, le agrega: —

Cuando yegue Palenque, me lo manda pa'yá: tengo que encargarle unos yuyos que él conose pa los cayos.

Los peones van llegando uno a uno, y la tarde apaga la sonrisa de su luz para dar lugar a la gravedad de las sombras que comienzan a levantarse por detrás de los montes.

II

Alrededor de la cocina de los peones de la estancia "Los indios", como adorando el fuego, ocho o diez rostros cobrizos se han quedado silenciosos después de las últimas palabras del viejo Sinforiano:

— ...y vide que puso — decía el viejo — un puñao de flores de trébol junto a la ventana de la niña y se quedó mirando pa dentro con esa envidia con que un presidario mira pa juera.

El viejo había puesto tanta emoción y tanta tristeza en el relato de lo que había visto el día anterior, que aquellos hombres rudos y groseros, en vez de reírse del pobre muchacho, inclinaron la cabeza con lastimosidad.

— ¿Así que el padre murió tuberculoso? — preguntó uno del corro.

— Así mesmito jué, ajá, y desde entonces, que tendría apenas cinco o seis años, el patrón lo tiene pa los mandaos.

— ¿Y la madre? — preguntó un cordobés que tenía la bombilla

también es pa tuito eso, y pa los mandaos del patrón, pa tenerle el cabayo a los piones y pal'cansarle el recao a tuitos los mensuales. ¡Ajá!

Balanceándose para caminar, lo mismo que vaca gorda, llega de pronto Palenque a la cocina.

Nunca lo habían mirado los peones con tanta curiosidad. Pero él, sin hacer caso, tomó un mate viejo que había sobre un tronco, arrimó una cabeza de vaca al corro, se sentó en ella y comenzó a cebarse mate.

— Ya está el lusero casi a la

ron, uno a uno, todos.

— ¡Tá güeno! — sentenció el capataz. — Aquí naides se levanta de noche y los perros tolean, tolean, todas las noches. Además yo vide a uno que andaba po el lao del galpón...

— Serán ilusiones, don Nicasio — le dijo el viejo.

— O alguna alma en pena — dijo otro.

— ¿No será el enamorado? — agregó otro, con cierta picardía, que todos, menos Palenque, comprendieron.

— ¡Qué alma en pena ni qué cabayo muerto! — exclamó, medio amoseado, el capataz. — Era una persona viva. Sentí que caminaba como no queriendo hacer ruido, y vide que rumbiaba pa el lao del monte, mientras que otro, de a cabayo, tomó pal cuadro de los noviyos.

Como en ese momento entrara, dando los "buenos días", don Justo, el capataz y todo el peonaje se levantaron para salir a agarrar caballo, pero apenas se movieron, el patrón los detuvo:

— ¡Oigan bien lo que les voy a desir!

Todos los ojos se clavaron en él, con singular atención.

— ¡Todo animal de la marca del basco Joaquín que ayen en los cuadros míos, metanlé' euchiyo sin asco! ¿Han óido?

Todos hicieron un signo de afirmación con la cabeza, y luego, uno a uno, comenzaron a retirarse.

El capataz repartía órdenes desde la cocina:

— Vos, Nicandro, yebá las coloradas del saís al cuadro de las secas. Vos, Sirinaco, andate al cuadro y fijate bien si está el toruno muerto entre las pajas. Si lo ayás, lo cuerías nomás.

Vos, Robustiano, y vos, Jasinto, yeguensé al cuadro de la tapera y desagan el alambrado de la noria vieja. Ya v'ía mandar maldar a la tarde pa que lo hagan de nuevo; está todo estropiado.

Y ustedes — dijo al resto de los mensuales que aguardaban — ensiyan y se van al tranco pal dos. Paren rodeo cerca del molino que en cuanto yo yegue vamos a haser el aparte.

— ¿Y quién va a engrasar los aperos? ¿Y quién va a estaquiar los cueros de ayer? — preguntó el viejo Sinforiano, con muy pocas ganas de salir al campo.

— Ah, eso lo va haser Palenque! — remató el capataz.

Y como bultos extraños, bajo la semi-obscuridad del alba, comenzaron a desparramarse los peones, cada uno provisto de su bozal o freno para agarrar caballo.

Ya el día asomaba su primera cinta color perla por el horizonte; las estrellas ibanse borrando una a una y el sublime bullicio de los pájaros se mezclaba al cloar de las aves domésticas que ya andaban levantadas.

Cuando el patrón vio al capataz,

El café

¡Bien haya aquella mañana en que desde tierra hispana, buscando tierra distinta, salieron al mar la Pinta, la Niña y la Capitana!

¡Bien hayan los vendavales que, empujando blancas velas con rugidos infernales, llevaron las carabelas a tierra de cafetales!

¡Bien haya la gloria santa del que logró dicha tanta! ¡Fijar su planta atrevida sobre aquella nueva planta detrás del mar escondida!

¡Dios bendiga al que tomó en su mano el primer grano y en el fuego le tostó, y al estrujarle en su mano el perfume recibió!

¡Dios premie al buen cocinero, de española o de india raza, que lo escaldó en un puchero, y lo coló en una taza y se lo sorbió el primero!

Sublime despertador del ingenio creador y la rica fantasía; sin el café, ¿qué sería de este valle de dolor?

¿Qué digestión hay completa como café no le des a una barriga repleta? ¿Y por qué come un poeta?... ¡Por tomar café después!

del mate metida hasta la garganta.

— La madre se juyó con un gringo. ¡Tá qu'era linda la paisana! ¡Ajá! La yamaban "flor de te pampa", y cuando se ráiba hasía abrir los ojos grandotes.

— ¡A...cha vieja! — gritó entusiasmado un mocito domador — ¡Con rasón, entonces, se la yebó el nasión! Y a este ¿por qué lo yaman Palenque?

— Ese nombre — continuó el viejo después de tragarse medio mate de un solo viaje — se lo puso él nomás, ¡ajá! porque dise que'l palenque es p'atar cabayos, pa palenquiar potros y pa colgar frenos y bajeras sudadas. Y él

A no haber ese aliciente, ¿qué mortal se tragaría el cocido diariamente?... ¡Sin café, no comería una persona decente!

Cuando pensáis y escribís, la inspiración recibís del café; ¡claro se ve! ¿Pues qué es la materia gris sino sesos con café?

Avanza la noche obscura: es tarde; el trabajo apura y en blanco mucho papel: ¿Hay sueño?... Pues duro con la reacción es segura.

La maquinilla al instante: el espíritu ondulante preparando la infusión, ¡La taza, el café humeante, y a sorbos la inspiración!

Del café tan prohibido los médicos no se espantan, y en su noble cometido, con café y cognac levantan al enfermo alicaído.

Aviva el entendimiento y anima al adormitado. Sin ese descubrimiento, acaso más de un talento no se hubiera despertado.

Colón a América fué lleno de ardorosa fe, no a conquistar tierra y gente: ¡Fué a América solamente por descubrir el café!

José Jackson Veyán

mitá del álamo — anunció un correntino que se asomó desde la cocina. — Y el día no ha de tardar.

— ¡Ajá! — exclamó el viejo, mirando para fuera. — Sí, ya viene clareando.

— ¿Echaste las tropiyas? — preguntó a Palenque el capatás.

— Sí, don Nicasio, menos la de la madrina overa, que no la pude ayar. Debe estar en el bajo, y como hay un poco de serrasón...

— ¡Tá güeno! — exclamó. Y luego dirigiéndose a todos en general, les preguntó:

— ¿Quién de ustedes anda levantao de noche?

— ¡Yo, no! ¡Yo, no! — dije.

taz, se le acercó y le preguntó.

—Y anoche, ¿vilvió a ver?

—Sí, don Justo. Pero en cuanto me juí a atracar, se fueron.

—¡Tá que son ariscos! Pero... dígame: ¿no sospecha...?

—Nada sospecho, pero se me dá por creer que ha de ser Palenque, que les ha de entregar lana o algunas gayinas a los del tambo.

—Y... ¿por qué? le parese?

—Porque ayer lo vide con sigarriyos. Y como él plata no tiene... ¿Es un decir nomás!

—¡Ajá! ¡Güeno; hay que averiguar.

En ese momento llegaba Pantaleón, y los dos hombres, después de contestarle los "buenos días", se fueron hacia el corral.

III

Luisa, la hija de don Justo, tendría a lo sumo veinte años.

Había sido criada mitad en la estancia mitad en la ciudad, con ese mimo y ese cuidado con que tratan a sus nietos las abuelas, pues la esposa de don Justo había fallecido cuando aquélla cumplía apenas los tres años.

Se conocían con Felipe desde la infancia, cuando todavía sus padres no habían cortado las relaciones.

En Buenos Aires, estudiaban en el mismo colegio: él esperaba aprobar bachillerato para ingresar a medicina; ella lo mismo, para seguir derecho.

Era de un carácter sumamente recio; gustaba de leer las crónicas de los diarios donde se hablaba de doctrina jurídica o de alguna buena defensa en los tribunales, y quería a Felipe hasta la exageración. Tal es así, qué... En fin: ya sabemos o hemos comprendido que los enamorados se entrevistaban todas las noches junto al galpón.

El, venía en su caballo obscuro, y ella, cuando todo era silencio en el establecimiento, se levantaba sin hacer ruido, se llegaba al lugar donde la esperaba él, y allí, cuerpo y alma, era de su enamorado.

Pero hacía ya tres noches que en vano esperaba Felipe junto al galpón: ella no podía ir... la custodiaban...

Aquella situación era en extremo dura, para ellos, que estaban acostumbrados a verse, todas las noches.

Pensaba ella mandarle una carta explicándole lo que pasaba. Pero... ¿con quién? En cuanto se supiera que alguna persona de "Los indios" pasaba al campo de don Joaquín, estaba perdida; su padre no la perdonaría jamás. ¡Tal era el odio que tenía al vasco y a toda su familia!

Cruzando el patio de los peones vió a Palenque que estaba estaqueando unos cueros, y una idea se le encendió en la imaginación.

Sabía, sin explicarse el porqué,

toda la pasión que sentía por ella, aquel pobre muchacho.

Cada vez que sus ojos se clavaban en los de ella, se le iluminaban y eran como el reflejo de un gran incendio interior que le llenaba de temblor las manos y le humedecía la boca.

—Te acuerdas — un día le había dicho ella — cuando abuelita nos mandaba a jugar al monte?

encima y le dió tantas bofetadas, que le hizo echar sangre por la boca y nariz.

Audió entonces la abuela, y quitándole la trampera que le había regalado, le dijo:

—Vos no te vas a juntar más con los niños, ¿sabés? El hijo de un peón bruto, como lo fué tu padre, no puede mezclarse en los juegos de los niños tan educados como los nuestros.



—Sí; — le había respondido él — entuavía está el álamo donde poníamos las tramperas pa casar jilgueros.

Y ella recordó entonces, cuando ambos, sin conocer la distancia que los separaba se revolcaban juntos sobre el trébol y se abrazaban de alegría cada vez que alguna de las tramperas lograba cazar algún pájaro.

¡Qué bueno, le parecía entonces Palenque! Pero se dió cuenta recién, lo feo y lo bruto que era, cuando don Joaquín el hacendado vecino trajo para que jugaran con ellos, a su hijo Felipe.

Un día Palenque, ofendido porque éste lo había despreciado llamándole "animal", se le arrojó

Ahora andá a la cocina y no vengas más por el chalet.

Recordó también que seis años después, él, viéndola una tarde extasiada en la contemplación de una pareja de jingueros que hacían su nido en la copa de una acacia, se arrinó a ella, tímidamente, para decirle:

—Te acordás, Luisa...

—¿Cómo, "te acordás, Luisa"? — le había respondido ella. — ¿Soy, acaso, de tu igual? A mí tendrás que decirme: "Se acuerda, niña Luisa"? — Y él, enrojecido de vergüenza, sin comprender porqué había de tratarla así, a ella, que casi se había criado con él, le había respondido:

—Se acuerda, niña Luisa, los

La cosecha

Esta cadena mía no me adorna con sus joyas más que para burlarse de mí. Cuando la tengo al cuello, me lastima; cuando quiero arrancármela, me ahoga. ¡Me agarra la garganta, me estrangula mi canción!

¡Si pudiese yo siquiera dártela en tu mano, Señor, qué libre me quedaría! ¡Quítamela tú, y ázame con una guirnalda; que me da verüenza llegar ante tus ojos, con esta cadena de joyas al cuello!

* * *

Moverse es encontrarte a cada paso, Compañero caminante; es cantar al compás de tus pies. El que es rozado de tu aliento, no se guarda caminando por la ribera, sino que tiende su vela intrépida al viento y cabalga sobre las olas turbulentas.

Quien abre sus puertas de par en par y sale, recibe tu saludo. Y no se para a contar su ganancia, ni a lamentar su ruina, sino que siente latir su corazón como tambor en marcha; porque andando va siempre contigo, Compañero caminante.

* * *

Tú me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo. Por eso brilla tu luz en mis lágrimas. Y tengo miedo de ir con los otros, no sea que me pase, sin verte, por el rincón en que tú me estás esperando para guiarme.

Voy y vengo, a mi antojo, por mi camino, hasta que mi locura te mueve a acercarte a mi puerta; porque tú me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo.

Rabindranath Tagore

ramos de flores de trébol que yo le juntaba?

—¡Sí, me acuerdo! — le había respondido ella, con un mareado acento de desdén.

—Ah, güeno! — se limitó a responderle él, temeroso de alguna mala contestación.

Desde entonces, sólo hablaba con él para encargarle mastuerzo para su desayuno diario, pero todas las mañanas encontraba en la ventana de su dormitorio, un manojo de flores de trébol que aquél le llevaba iluminado por quien sabe que extraño sentimiento de ternura.

Verdad era que siempre le había resultado un ser asqueroso, pero ahora bien podía hacerlo de alguna utilidad. Precisaba de alguien para comunicarse con Felipe, y... ¿qué mejor que él?

No lo pensó más:

—¡Palenque! — le llamó con cierta dulzura forzada.

—¡Enseguida, niña Luisa! — contestó aquél acudiendo al llamado.

Y cuando lo tuvo a su lado, sumiso y obediente como un perro, le dijo:

—¿Qué estabas haciendo, Palenque?

—¡Estaquiando, niña!

—¡Oh, si ya sé que eres muy trabajador; por eso te quiero mucho! ¿verdad?

Palenque, enrojeciendo hasta las orejas y mostrando sus grandes dientes blancos en una sonrisa de satisfacción y orgullo, contestó:

—Sí, niña.

Ella se dió cuenta de que había acertado; vió en los ojos de él, esa pasión que lleva los hombres al sacrificio, y convencida de su acierto le dijo:

—¡Bueno! ¿Vos me querés también así?

—Sí, niña.

La voz le temblaba al pobre muchacho, que no esperaba de ella esas palabras que tanto bien le hacían a su corazón.

—Escuchá, entonces, lo que te voy a decir:

—¡Sí, oigo, niña!

—Esta noche cuando todos duerman, vos te vas a levantar despacio, que no te sientan los perros, ¿sabés? te llegás al galpón y allí esperás a que llegué el niño Felipe...

—¿Al niño Felipe? ¿Al hijo de don Joaquín? — preguntó sorprendido, Palenque, bajando melancólicamente la cabeza.

—Sí, — contestó ella — y cuidadito que se lo digas a nadie, ¿eh?

—Pierda cuidado, niña.

—Cuando él llegue, vos le vas a hacer señas con una carta que yo te voy a dar luego, comprendés?, y cuando se arrime a vos, se la entregás diciéndole que tenga confianza; que yo te mando... ¿Lo vas a hacer?

—¿Cómo no, niña! ¡y más, si quiere! — respondió él, con un

tono de tristeza, y luego agregó: — Pero... ¿usted tiene amores con el niño Felipe?

Ella, comprendiendo el valor de aquella pregunta, vió la conveniencia de inspirarle alguna esperanza, y con toda naturalidad, le respondió:

— ¡Tenía; pero ahora quiero cortar... Vos me comprendés, ¿verdad?

Palenque se quedó pensativo saboreando toda la miel de aquella esperanza, mientras ella aprovechó para irse al chalet a preparar, sin duda, la carta.

Pantaleona, que había estado observándolos, en cuanto vió solo a Palenque, se le arrimó:

— ¡Desime, ché, paisano casado a trampa! ¿qué le estabas diciendo a la niña? ¡Aura me lo vas a tener que decir!

— Yo, nada, doña Pantaleona. Eya me yamó pa que le junte un poco de mastuerzo, como siempre...

— ¡Te v'ía dar mastuerzo! Si, ya sé que vos sos el de los cuentos. Aquí todo el mundo anda en enriedos y es culpa tuya, mocoso e porra.

— ¡Quien sabe si no juiste vos el que le dijo al patrón lo del capatás!

— Yo no sé nada, doña. Yo no me meto...

— ¡Ya vas a morir tuberculoso, como tu padre, por embustero! Andá, andá a estaquiar: enredista, que después tenés que acharleña!

Los ojos se le llenaron de lágrimas a Palenque, pero el rostro no se le contrajo por eso.

— Sí, hasete el que vas a yorar, nomás. Vos sos igualito a las mulitas, que crusan las manitas pa que les tengan lástima — agregó ella.

— Por mí no me importa, doña, pero... ¿pa qué dice de mi tata? ¡Entuavía qué pobre murió en el galpón... abandonao e todos... tirao arriba de un cojiniyo, como los perros... sin que náides lo cuidara...!

— ¡Ajá, no te digo! ¿quién s'iba arrimar a él, si estaba más jediendo que martineta muerta! Y desime... ¿qué es eso que yebás en el bolsiyo?

— ¡Una cajita qu'era de mi mamá! ¡Me la dió tata antes de morir!

Y cuando el uno se fué a estaquear y la otra a continuar la cocina, el capatáz llegó del campo, apresuradamente, seguido de tres peones.

— ¿Qué es lo que pasa, por Dios! — le preguntó la cocinera, viéndolo venir como un desesperado.

— ¡Que han vuelto a faltar vacas del dos! ¡Esto no puede seguir ansina! ¿Y don Justo?

— Debe estar en el chalé. ¿Qué barbaridá!

Instante después, el patrón y el capatáz, se llegaban hasta el pa-

lenque de los peones donde dieron orden a uno de ellos para que fuera a dar cuenta a la policía inmediatamente.

— ¿Y por dónde las habrán sacado? — preguntó ingenuamente el patrón.

— Por la tranquera mesmito, don Justo. Han abierto con la yabe. ¡Alguno debe habérsela entregao a los cuatrerros!

— ¡Claro está: alguno se la ha de haber dado! Y, ¿dónde estaba la yabe?

El capatáz tartamudeaba un poco, y repuesto en seguida, contestó:

— ¡Me la han sacao anoche del

acababan de cantar la media noche. La estancia "Los Indios" parece envuelta por un doble manto de misterio; cada ruido, hace creer que sea un hombre que anda a tientas o un fantasma que se acerca; ni un perro, siquiera, cruza el patio. ¡Nada!

Aunque está nublado el tiempo, de cuando en cuando se deja ver la luna por entre los negros nubarrones; a largos intervalos, el balar de los terneros apartados en el tambo próximo y el aullar lejano de algunos perros, cortan el silencio.

Hacia el alambrado, se ha oído fuertemente el ruido de un freno



— Aquel señor que viene por allí es un poeta estupendo.
— ¿Poeta? Pero si los poetas llevan melena y chalina.
— Sí; pero es que éste es de la poesía secreta.

yabero; de seguro...!

— Entonse ha de ser alguno de los piones, nomás, el entregador.

— ¡Ajá! Y, sabe, los otros días faltaron una punta e veyones de la última esquila que había en el galpón chico.

— ¡Me hubiera avisao!

— ¡Ajá!

Aquel día en la estancia "Los Indios", no se habló sino de las vacas desaparecidas.

En la tarde llegaron dos policías, le tomaron declaración a todo el personal, y luego de tomar diversos apuntes, se marcharon, pero no sin antes acomodar en ambas grupas de sus caballos, dos buenos trozos de capón que les había regalado Don Justo.

Y a la hora de matear se comentaba sigilosamente el robo cometido.

IV

Los gallos, con gran alboroto,

tasscado por algún caballo, y luego, como si fuera un fantasma, ha cruzado un bulto para el lado del galpón.

Cerca de unos troncos de sauces amontonados más allá de la tranquera, un buen observador habría descubierto unos hombres que estaban en acecho.

Los perros se han levantado y olfatean el aire, mientras una lechuza deja oír su desagradable graznido como un trágico augurio.

La sombra que había pasado hacia el galpón viene de vuelta; de entre el montón de troncos parte un disparo de escopeta, y, soltando un grito desgarrador que hiere la solemnidad de la noche, la sombra se tambalea un momento, y cae, mientras se oye el galopar de un caballo que huye a toda carrera por medio del campo.

— ¡Ya lo tenemos! — dice uno del grupo.

— ¡Lástima que se nos haya escapao el otro! — dice el capataz, mientras con un farol que han encendido iluminan al supuesto ladrón.

En las piezas de los peones se han levantado todos; Don Justo, teniéndose las bombachas con una mano para que no se le caigan, viene corriendo del lado del chalet.

De pronto, uno de los del grupo exclama:

— ¡Pero si había sido Palenque!

El del farol lo ilumina bien, y todos, con gran asombro, lo reconocen.

— ¡Palenque!! — exclaman todos.

Ante el cadáver de aquel pobre y desgraciado muchacho que había sido para todos ellos verdaderamente un palenque, no hubo ojos que no soltaran sus lágrimas.

— ¿Y sería él, el ladrón? — dijo alguien.

A estas palabras, uno del grupo se puso rojo como para reventar.

— ¡No lo creo! — dijo el cordobés limpiándose una lágrima.

A la luz del farol, el rostro del capataz, que era el que había disparado el tiro, estaba lívido.

El patrón lagrimeaba como una criatura a la que hubieran castigado y miraba al pobre Palenque muerto ya, cuyo rostro parecía decir la horrenda injusticia que se había cometido.

— ¡Pobre Palenque! — decía.

Instantes después, enterada Luisa de lo que había pasado, se arrancaba, dolorida, los cabellos y lloraba desconsoladamente como una desesperada.

— ¡Ajá! ¡pobrecita! — decía con cierta ironía, el viejo Sinfriano — ¡Es qué la niña lo quería mucho! ¡Ajá!

STANLEY Y EL PAN DE TRIGO

Los grandes viajeros no siempre son hombres hechos a las privaciones. El mismo Stanley declaraba que en sus viajes por Africa sufría por no probar los manjares de países civilizados. Cierta cronista preguntó una vez al gran explorador si en sus expediciones echaba de menos el pan.

— Tanto — contestó — que jamás sentí placer mayor que cuando, después de prolongada y forzosa abstinencia de este alimento me lo pusieron delante. ¡Los manjares más exquisitos y apetitosos nada son comparables con un pedazo de pan, si se ha carecido de él durante mucho tiempo! En medio de las soledades de Africa me ocurrió alguna vez hallar entre los restos de mis provisiones una botella de champagne. Pues bien: yo hubiera dado entonces todo el champagne del mundo por un panecillo tierno de harina de trigo.

Hace veinte mil años la Mongolia y el Desierto de Gobi contaban con una población muy superior a la actual, hecho que no llegó a descubrirse, sino hasta el año pasado. No tengo conocimiento de que en alguna otra parte del mundo haya existido, en la Edad de Piedra, un pueblo tan homogéneo como el que habió aquellas regiones hoy casi desoladas, pues debemos de admitir que Mongolia, en el verdadero sentir del mundo en general, no puede ser considerada ahora como un centro de cultura y civilización. Dudo que los habitantes de Gobi y Mongolia lleguen a un millón. Sin embargo, estimo que en las Edades mesolítica y neolítica, esa cifra debió haber contado muchas veces.

En la actualidad, damos el nombre de habitantes de las dumas de la Mongolia a aquellos seres primitivos, nombre bien aplicado, por cierto, debido a que sus moradas favoritas estaban construídas en las playas de arena próximas a los grandes lagos interiores de dicha dependencia de China.

La interesante historia del descubrimiento de este pueblo es como sigue:

A principios de junio de 1923, la "Central Asiatic Expedition" había logrado penetrar hasta el centro del Desierto de Gobi, después de incontables penalidades. Durante catorce meses no cayó del cielo una sola gota de agua. La raquílica y escasa vegetación del desierto de Gobi acabó por morir debido a la sequía. Los pocos habitantes mongoles tuvieron que huir aguijoneados por el hambre y la sed. Hasta las gacelas, que no necesitaban beber, se alejaron de aquellos parajes inhospitalarios. El desierto brillaba bajo un sol de fuego que hacía ver a los caminantes espejismos por todos lados. Mi guía me dijo, en cierta ocasión, que el único camino que nos quedaba para salir de aquella situación nada agradable, era atravesar los seiscientos veinte kilómetros que nos separaban del centro del Desierto de Gobi hasta los llameantes despeñaderos que veíamos allá a lo lejos. Para ejecutar esa operación, era preciso fustigar a los camellos, tratarlos sin ningunos miramientos y quizá dejar muertos en el trayecto algunos animales. Le ordené que nos pusiéramos en marcha, pues se trataba del depósito más rico en fósiles de toda la Mongolia y precisaba a toda costa alcanzar nuestro objetivo.

Sobrada razón tuvo el guía. Muchos camellos quedaron en el camino como mojoneras que marcaran la ruta. De setenta y cinco bestias que nos acompañaban al principio de la jornada, sólo llegaron a los despeñaderos dieciséis. Bien valió la pena aquel sacrificio, ya que no únicamente encon-

Los habitantes de las dunas de la Mongolia

Por Roy Chapman Andrews

tramos los ahora famosos: huevos de dinosaurio, sino restos de los primitivos habitantes de las dunas.

En el fondo de un barranco inmenso, tallado por los buriles del viento, del frío y de la lluvia, a un lado de los sedimentos de brillantes tierra roja, existe una vasta extensión de dunas muertas. A través de éstas, los huracanes han formado valles superficiales. En uno de esos valles, nuestro arqueólogo, N. C. Nelson encontró millares y millares de pedernales trabajados, incluyendo raspadores, brocas, cuchillos martillos de piedra, puntas de lanza y de flechas y una variedad de desechos. Mu-

tudio de la civilización del antes habitado Desierto de Gobi. Con la ayuda de los geólogos y de otros miembros de la expedición científica, pudo el señor Nelson determinar que hace miles de años existió un inmenso lago, en el fondo de la barranca que nos ocupa. El pueblo a que me refiero debió habitar los terrenos cercanos a las márgenes del lago durante bastantes siglos, con especialidad en las dunas de arena, porque tanto allí como en todas las orillas de los lagos mongoles, se formaban tales dunas en las partes Sur y Oriental. Por lo general, la vegetación, al apresar las arenas, es la que

tando, interesantes en todos sentidos, no sólo por haber vivido hace veinte mil años, — que ya cuentan algo en la historia de la humanidad, — sino por las relaciones que existen entre ellos y los pueblos primitivos de Africa, América y Europa. Me dí cuenta de que Nelson halló una relación más estrecha entre los habitantes de las dunas y los pueblos azilianos o azilios de España, Francia y Escandinavia. En Africa también se encontraron restos de una civilización similar microlítica. ¿Acaso emigrarían los pueblos de las dunas de la Mongolia a otros mundos, llevando consigo su civilización? Si no es así, ¿de dónde vinieron y onde vinieron y cómo desaparecieron...?

Ciertamente que es un arduo problema para resolver, porque en algunos casos parece que su civilización fué única.

Sabemos a ciencia cierta que cuando esos seres vivieron en la Mongolia, el país era tan árido como ahora. La historia entera de la vida animal en el Asia Central puede leerse fácilmente en los cambios climáticos. Sabemos también que ha habido cambios y ciclos climáticos de millones de años, durante los cuales se alternaba la humedad y la sequía. A pesar de que la Mongolia ha ido continuamente secándose desde el principio del Pleistoceno, se observan en las estratas, ciclos de humedad posterior. Los habitantes de las dunas vivieron durante este último período de humedad. En la actualidad, Mongolia sufre un ciclo de sequía.

Cuando el clima comenzó a variar y los habitantes de las dunas encontraron, por lo mismo, más difícil la vida; cuando los lagos empezaron a secarse uno a uno; cuando los árboles dejaron de existir; y, cuando la caza se hizo difícil, la naturaleza se encargó de arrojar a los seres de las dunas de sus lugares habituales. Pero, ¿a dónde se encaminaron entonces? A pesar de que es muy difícil precisar este punto, parece que su vida en la Mongolia es anterior a su aparición en Europa. Suponiedo que nuestros cálculos sean correctos, ¿no sería posible que las civilizaciones europeas, africanas y siberianas representen la de los últimos emigrantes de la gran colonia madre del Asia Central? ¿No sería posible, igualmente; que se hubieran trasladado a América atravesando las islas Aleutas y el Estrecho de Bering? Todos los vestigios hacen adivinarlo pero no podemos aventurar un juicio concreto.

Nuestras exploraciones del último Verano estuvieron circunscritas en lo absoluto a la Mongolia interior. Parte de nuestro tiempo lo pasamos en las tierras cubiertas de yerba a las orillas del verdadero Desierto de Gobi, luga-

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-ENERGICAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 12 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

chos de estos raros objetos guardan cierta semejanza con la civilización azilana microlítica de Francia y España, pero con ciertas diferencias importantes, entre otras la de que los azilios usaban mucho hueso y cuerno y en esta primera estación no pudimos encontrar trazas de dichos materiales, tan sólo hallamos algunos pedazos de concha perforada que, posiblemente, sirvieron como adornos. Algunos de estos adornos provenían de cáscaras de huevo de dinosaurio o de avestruz gigante conocida con el nombre de "struthiolithus" que pastaba en las planicies de la Mongolia en la época pleistocena o Edad de Hielo. Por lo tanto, nosotros no somos los descubridores de los huevos de dinosaurio. La cáscara de los mismos debió haber tenido algún valor comercial constante y sonante hace veinte mil años.

Pasamos varios días en Shabarakusú, "lugar de aguas cenagosas", como los mongoles llaman a aquel paraje. El señor Nelson hizo un amplio y concienzuo es-

forma las dunas. Este pueblo primitivo vivía en las dunas porque allí tenía combustible, agua y abrigo. Lo primero es muy difícil de encontrar en el Desierto de Gobi. Nada menos, en nuestra reciente expedición disponíamos exclusivamente, para encender fuego, de las majadas de vaca, camello y caballo, cosa que no existía en tiempo de los habitantes de las dunas.

Ya en el año de 1925, encontramos trazas de los habitantes de las dunas en todos los lugares que tocábamos. A pesar de ello, el señor Nelson no quería aún emitir su autorizada opinión afirmando que aquel pueblo existió en grandes cantidades. El pasado Verano no pudo regresar a Gobi el señor Nelson, siendo substituído por el señor Alfonso W. Pond, un arqueólogo del Museo Logan del Colegio Beloit. Exploramos entonces otra extensión diferente y más amplia de la Mongolia, que nos dió material suficiente para afirmar la existencia de los habitantes primitivos de que vengo tra-

res en los que, como es fácil suponer, hallamos mayor cantidad de pruebas de la existencia de los habitantes de las dunas. Si por cualquier circunstancia los automóviles detenían su marcha, todos los miembros de la expedición se diseminaban en busca de artefactos, siempre con halagadores resultados, lo que dió origen a que se entablara una encarnizada competencia entre todos los componentes de mi grupo, tanto aborígenes como extranjeros, que servía al mismo tiempo de distracción a mi gente y ayudaba a mis estudios científicos.

En dondequiera que existía piedra se hallaban también en gran cantidad las fichas, las puntas de flecha y lanza, los raspadores, etc. Los habitantes de las dunas eran un pueblo demasiado ingenioso en el uso de sus materiales. Preferían el jasper para la fabricación de las fichas ornamentales usando también calcédonia, cuarzo y otras piedras. Considero que durante el Verano que nos ocupa, Pond anotó más de cien estaciones que hicimos, siendo abundantes los artefactos que encontramos en todas ellas. Literalmente hablando, los artefactos e implementos se veían por todos lados. Muchas de las estaciones de referencia las hacíamos en vastos terrenos que por los hallazgos denotaban haber sufrido una larga ocupación, entendiéndose por "larga" ocupación una era mayor de mil años. Generación tras generación vivieron allá continuamente, dejando como recuerdos innumerables objetos de piedra.

Ante mencioné que la civilización aziliana de Europa usaba mucho cuerno y hueso en la fabricación de sus implementos y que en la Mongolia no encontramos ninguno, lo que resultaba un problema para nosotros, porque muchos de los raspadores de piedra eran tan pequeños que más bien parecían destinados a labrar hueso o madera. Teniendo en cuenta esto, llegamos a la conclusión de que las condiciones climáticas no son en aquellos parajes las más apropiadas para la conservación del hueso, apoyando nuestra creencia en este otro hecho: muchas de las ciudades primitivas que debieron haber sido ocupadas durante ciento o quizás miles de años, no mostraron ninguna huella de osamentas o simples huesos sueltos. Por otro lado, los habitantes de las dunas vivían casi exclusivamente de la caza. Cientos de millares de animales debieron haber sido sacrificados para la alimentación, y miles de hombres debieron también haber muerto. Sin embargo, ni una traza de hueso.

Cuando menos lo esperábamos, un día encontramos una mina de oro en el sentido arqueológico de la palabra, descubrimiento que

fué debido a la casualidad, como sucedió en la mayor parte de nuestro trabajo. El hecho ocurrió en la última semana de nuestra permanencia en Mongolia, cuando nos encontramos luchando con la arena. Aprisionados por doquier por las enormes dunas que levantaba el huracán y que convertían en inservibles para nuestros automóviles todos los caminos de por sí malos, intentamos doce veces consecutivas abrírnos paso, siendo rechazados cada vez

po que con sumo cuidado. A su derecha, tenía un montón de implementos de piedra, mientras en una mano mantenía por alto el enorme hueso de la pata de un ave, decorado con un hermoso dibujo geométrico. Todos recibimos un choque imposible de describir, nuestro goce no reconocía límites: por fin encontrábamos un hueso que tanto tiempo buscamos en vano. Prometí a Thompson una botella de champaña cuando regresáramos a Pekín. En aquellos ins-

El buen padre

Cuando el joven Federico Crézorel manifestó su aptitud para el dibujo, el descubrimiento de su vocación disgustó a su padre, que soñaba con que su hijo continuase su negocio de mensajerías, que daba para vivir bien, para el padre de Federico, era pasar privaciones y ahorrar algún dinero. Se resignó, sin embargo, y su hijo aprendió el dibujo y se dedicó al grabado. A los veintidós años Federico era un artista muy apreciado, ganaba bastante, y su padre lo quería cada vez más.

A los veinticinco años se enamoró de una joven huérfana. El señor Crézorel no se mostró entusiasmado con el matrimonio, a pesar de que Marieta llevaba una dote regular. Pero temía que su nuera fuese un poco frívola y demasiado gastadora.

Después del matrimonio, el señor Crézorel empezó a tener mala suerte en sus negocios, y un día dejó a su hijo que estaba a punto de declararse en quiebra. Federico le entregó todos sus ahorros y gran parte de la dote de su mujer. Marieta no hizo la menor observación; se redujo sus gastos, y Federico se puso al trabajo con ahínco y su jornada iba en aumento, porque el negocio del señor Crézorel iba cada vez peor y las peticiones de dinero a su hijo eran cada vez más frecuentes.

con grandes pérdidas de gasolina, fuerza y paciencia. Todos estábamos completamente agotados, hasta que decidí que acampáramos en el primer lugar en donde existiera agua.

Mi automóvil acaba de escurrirse entre las arenas movedizas, cuando ví al reventarse una llanta y bajo ésta un pozo. Se trataba de un lugar casi imposible para acampar, pero podía muy bien no haber agua en cincuenta millas a la redonda.

Me encontraba sentado en el campamento que improvisamos, cuando escuché una exclamación de Albert Thompson que a mis pies escarbaba en la arena con todo apresuramiento, al mismo tiem-

Marieta no hacía la menor observación; únicamente notaba que su marido trabajaba demasiado y que su salud se iba resintiendo. De tal modo, que al cabo de unos meses el médico ordenó una temporada en el campo, porque si no la vida de Federico peligraba. En aquella ocasión, el señor Crézorel, inquieto al ver a su hijo enfermo, no habló de su necesidad de dinero, y hasta encontró el medio de llevar al matrimonio unos billetes para que éste emprendiese el viaje.

A los pocos días Federico murió, y Marieta regresó a París, acompañada de su suegro. El anciano no lloraba; pero daba muestras de gran agitación.

De pronto dijo:

Hija mía, para tu tranquilidad te diré que no tienes que preocuparte del porvenir. Tienes 150.000 francos que he podido reunir.

Y como Marieta lo miraba con asombro, prosiguió:

Nunca me ha hecho falta dinero. Lo que pedía a Federico era para guardarlo y reunir para vosotros un capitalito.

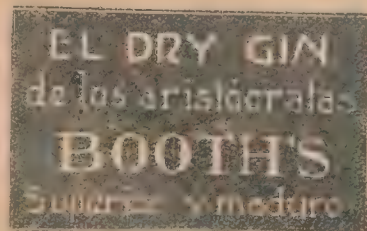
Marieta miró a su suegro. Acaso pensarán nuestros lectores que se alzó irritada y vengativa para acusar al viejo avaro de la muerte de su hijo.

Pero no dijo nada, o porque no tuvo valor para decirlo o para pensarlo.

Tristán Bernard

tanés de alegría olvidamos la fatiga y el cansancio dando gracias a la arena que nos detuvo en aquel paraje inhospitalario. Por supuesto que en nuestro interior todos rogábamos que existieron huesos humanos enterrados a mayor profundidad y que nosotros fuéramos los afortunados en descubrirlos. El entusiasmo contagió hasta a los aborígenes.

En menos de media hora todos nos encontrábamos de rodillas escarbando la arena. Alguien encontró un objeto raro encima del cual los camellos pasaban continuamente a beber agua. Aquel lugar estaba formado de tierra cocida y ahumada por los fuegos que debieron arder hace miles de años.



Pond decidió hacer mayores estudios acerca de este punto para lo cual separó bastante tierra hasta dejar descubierto el extraño brasero, con el objeto de fotografiarlo. Dos días de trabajo nos produjeron una buena cantidad de huesos, pero todos ellos de una fragilidad lastimosa, osamentas pertenecientes en su mayor parte a pájaros de distintas dimensiones, pero también a gacelas, lobos, kanguros, etc. Igualmente se notaban algunos huesos de rana, sin duda alguna los habitantes de las dunas ya eran afectos hace veinte mil años a comer manjares exquisitos.

El descubrimiento más interesante fué un collar hecho con colmillos de lobo, cincuenta y cuatro en número, perforados en la base. Encontramos también algunos metales, (palabra que usa el autor), lo que nos hace suponer que los habitantes de las dunas se dedicaban en cierta forma también a la agricultura y que dichos metales hacían las veces de molinos de piedra en miniatura.

A pesar de que buscamos cuidadosamente por todos lados, como antes llevo dicho, no encontramos ningún resto de huesos humanos. De hecho, las osamentas de animales irracionales tan sólo se veían en dos o tres lugares aislados. Posiblemente los habitantes de las dunas enterraban a sus muertos en lugares especiales, como lo hacían los azilianos, pero dudo que los huesos se hayan conservado hasta hoy día.

Las tierras pastosas de la Mongolia Oriental fueron sin duda las preferidas para la concentración de aquel pueblo. Lo anterior queda comprobado por el hecho de que esa parte del país cuenta aún en la actualidad con mayor cantidad de agua que la Mongolia Central o la Mongolia Occidental. A pesar de ello, no nos equivocamos al decir que con frecuencia los habitantes de las dunas emigraban al centro del Desierto de Gobi en épocas favorables, viviendo allá durante siglos y siglos. Debí haberse tratado de una raza endurecida para haber resistido los rigores de un clima tan despiadado. Cuando se completan los estudios que en la actualidad se hacen de todos los informes aportados por nuestros coleccionistas y arqueólogos, nos dará mayores detalles a cerca de la vida y costumbres de los habitantes de las arenas, de ese pueblo misterioso, cuyo fin trata de ocultarnos la Naturaleza.



Galería de médicos célebres



Mohamet Ebn Secharjah Abou Bekr Arrasi, conocido por Rhasés, Rascés o Rasís, fué una de las glorias médicas de que los árabes pudieron enorgullecerse. Nacido en Ray, ciudad del Irak (Persia), por el año 860, en su juventud se entregó con entusiasmo al estudio de la música, que abandonó pronto para dedicarse de lleno a la Medicina, llegando en ella a ser tan admirado por sus virtudes como por su ciencia. Fué en Bagdad director de su Hospital y el profesor más célebre de su tiempo, acudiendo de todos los países a tomar sus lecciones de Química, Filosofía y Medicina. Fué médico de Moklader Billah.

Los árabes, aun sin estar convencidos, adoptaban casi ciegamente las opiniones de los griegos, dando muchas veces al médico de Pérgamo autoridad sobre sus compatriotas; así la patología de Rascés es la misma de Galeno y sigue sus puntos de vista al desarrollar ideas y conceptos, por lo que fué llamado el Galeno de los árabes. Escribió muchísimo y hasta edad avanzada, llegando a producir 220 obras de las varias ciencias que poseía. La mejor que se conoce es el "Hhawi" o "Continens", así llamada porque contiene todo su cuerpo de medicina. Resumen del "Hhawi" es la llamada "Mansour" (Liber ad Almansorem), que dedicó al sobrino del califa Moktas, Almanzor Ebu Izahak, "el Samango", gobernador del Khorassan, del que había recibido repetidas distincio-

nes.

Publicó muchos opúsculos con el título colectivo de "Opera parva Abubetri" (corrupción de su nombre). Su tratado sobre enfermedades de la infancia se ha admirado hasta nuestros días. Aunque conocida la viruela, Rascés fué el primero que escribió sobre ella dando un cuadro exacto de esta enfermedad, si bien la consideraba como una efervescencia de la sangre, aconsejando tomar una fórmula (que no era otra que el jarabe de Cady, "Pandanus adoratissimus"), de la cual decían los indios: "Si uno tiene nueve pústulas, jamás tendrá diez tomando dicho remedio." Robert Etienne da en 1548, y en griego, el tratado de Rascés, y en Londres aún se hizo una edición en 1767 sobre dicha enfermedad.

Observador metódico, al hablar de la fístula lagrimal recomienda "no lastimar el ramito exterior o anterior de la rama nasal del nervio oftálmico de Willis", que no había sido nombrado por ningún autor griego. Distinguió por primera vez el nervio laríngeo del recurrente. Creía que la concepción era producto de los dos líquidos prelámbicos, hembra y varón y que hasta el octavo mes no da la vuelta el feto en el útero. Su teoría sobre la fiebre es idéntica a la de Galeno. Con el nombre de "Mirachia" describe magistralmente la hipocondría, proscribe el abuso de los purgantes, que decía irritaban el tubo intestinal. La debilidad de

estómago la trata con agua fría y leche grasosa. En las disenterías graves recomienda el arsénico, la cal viva y el opio. Extirpaba o ligaba los pólipos de nariz. Utilizaba el "muriato de mercurio" para curar la sarna y empleaba exteriamente y aún en lavativas el oropimente y el rejalgar, etc., etc. En cambio son horrorosos los consejos que da para facilitar el parto, recomendando sacudidas y en los casos difíciles sacar a trozos el feto.

Ya en edad avanzada quedó ciego. Murió a los setenta y dos años de edad, 932 de nuestra Era.

Cuéntase que momentos antes de que un compañero intentase operarle sus cataratas rogó le diesen una descripción anatómica del ojo. Al observar que lo hacía titubeando y de manera deficientísima se levantó, diciéndole: "Si estáis inseguro del terreno que vais a pisar peor estaréis para andar a ciegas por él." — R. M. C. — (De "Crónica Médica").

¿A QUE HORA DEBE COMENZAR LA ESCUELA POR LA MAÑANA?

La república checoslovaca se ha preocupado de saber en 1926-1927 si, retrasando de las 8 horas de la mañana a las 8 1/2 la hora de abrir la escuela se obtendrían mejores resultados desde el punto de vista higiénico. Se publicó por el Estado un decreto, en este sentido, para poco después ser suprimido dejando a los pueblos en completa libertad de decidir ellos mismos lo que mejor les conviniera. Estas tentativas de mejoramiento que, digámoslo de paso, terminan en la reglamentación actualmente adoptada en Francia, han conducido a Glauber a realizar importantes investigaciones en la clínica pediátrica de Praga. Estas investigaciones, como vamos a ver, tienden a demostrar que las 8 1/2 de la mañana es todavía una hora muy temprana. Los argumentos y los hechos aportados por este autor merecen ser examinados de cerca. Glauber recuerda ante todo que para Aron el deseo de dormir es el medio más seguro para medir la necesidad de sueño. En cuanto a la cantidad necesaria de sueño, se apreciará en la profundidad media multiplicada por la duración del sueño. Cálculo semejante tiene muchas dificultades dada las grandes variaciones en cuanto a la profundidad del sueño.

Una curva de Czerny, revela en

una niña de 3 años y 8 meses, que hacia el final de la primera hora, el sueño llega a su máximo de profundidad. Este sigue un descenso progresivo hasta el final de la sexta hora, para ascender de nuevo hasta el final de la décima hora, para terminar hacia la dozáva hora, en el momento del despertar definitivo. Pero esta curva tiene dos acmés no observados en todos los niños. Hay otros, como Moninghoff y Piesbergen lo han demostrado, cuya curva presenta solamente un acmé hacia el final de la primera hora, después del cual la profundidad del sueño disminuye regularmente hasta llegar la mañana.

Estos dos tipos se distinguen en que uno ha reparado la mayor parte de su fatiga al cabo de un corto número de horas, mientras que el otro tiene necesidad de las últimas horas de la mañana para recuperar totalmente sus fuerzas normales. Este segundo tipo no depende de la costumbre si de una mala educación. Tampoco testimonio, como a veces se afirma, una constitución neuropática.

Cualquiera que sea la verdad, comenzar la escuela muy temprano conviene sólo a los niños que han reparado su fatiga desde las primeras horas del sueño. Los demás, los que tienen un segundo máximo hacia la mañana, precisan una escuela que empiece más tarde. Las investigaciones practicadas por Glauber sobre 200 niños han permitido a este autor calcular la proporción de estos dormilones de la mañana. Para esto, ha fijado a que hora estos niños se acostaban, cuando se levantaban si era preciso llamarlos, si dormían la siesta del domingo y hasta que hora. Las respuestas obtenidas a estas preguntas han demostrado que más de la mitad de los escolares son dormilones de la mañana y que la proporción de este tipo de dormilones aumenta regularmente hasta la pubertad.

Por otro lado, hay que considerar que no es indiferente dormirse a una hora o a otra. Los fenómenos que hasta hoy conocemos muy mal sabemos como intervienen para hacer más aprovechable el sueño de la noche y más reparador que el de día. No se puede pretender que se pueda dormir a voluntad de las 9 de la noche a las 5 de la mañana o de las 11 de la noche a las 7 de la mañana. En todos los casos, esto no se puede hacer con los dormilones de la mañana.

(Continuará)

La niña imbecil

Por Hernán Silva Gerlach

La pobre Hilda Maras es totalmente imbecil.

Hilda Maras es hermana de Jacinto Maras, el muchacho ayudante de la Librería Republicana.

Jacinto Maras es un sujeto incurable. Lo conocí hace pocos meses. Entonces tenía los ojos claros. Y su mirada era transparente. Ahora Jacinto Maras tiene los ojos confusos. Y su mirada es turbulenta.

Comenzó con sólo una tableta por día. Luego aumentó la dosis a dos tabletas. A tres tabletas por día. Hoy está casi hecho un loco. Oh, Dios. Estas drogas son efectivamente un veneno, a pesar que transforman a los hombres en soñadores.

Yo tengo un vicio. Pero es un vicio sin proporciones. Los días sábados bebo vino hasta quedar embriagado.

Hilda Maras es en realidad hermosa, por otra parte.

Me debe, es cierto, una cantidad innumerable de servicios. Yo he conseguido que se emplee. Además, el trabajo que realiza en casa de la señora Flor es descansado. Queda libre al medio día, y por la tarde a las seis.

—¿Advierte usted mi superioridad ante los otros hombres...? — he preguntado un día a Hilda.

Ella me ha quedado mirando de hito en hito.

—Usted, Francisco, tiene influencias...

Yo convengo en que poseo influencias. Mis amigos Enrique, Daniel y Lorenzo, pueden hacer grandes cosas.

—Deme usted su mano. Es lamentable que las manitas de Hilda deban estropearse trabajando y trabajando.

Y así ha comenzado mi amor por Hilda Maras.

* * *

Yo voy tarde a tarde a esperar a que concluya su labor Hilda Maras. Ella ha consentido en que yo le diga algunas galanterías bonitas junto a su oído.

Caminando, yo la tomo de un brazo y pasamos por las calles sonriendo como dos amigos inseparables. Algunas muchachas, o desde las ventanas de los cuartos, miran a Hilda con marcada envidia, quién a mi lado debe sentirse indudablemente halagada.

—Usted, Hilda, irá esta noche hasta el muelle. Yo estaré en su espera.

La niña guarda silencio. Se queda contemplando ensimismada el monte azulado que asoma por

sobre los tejados de la población.

—Írá usted a las diez. ¿Verdad?... — exclama.

Ella lo promete.

* * *

Ha resultado ser una noche de luna.

A mí me agradan más las noches sin luna. Las noches oscuras son, es cierto, menos poéticas que las noches con estrellas. Pero las noches oscuras han sido creadas

Cuentos judios

Block necesitaba para su comercio un cobrador muy expedito y entre los muchísimos aspirantes que se presentaron tomó a prueba al que traía mejores certificados.

—Vámonos a ver, mi buen hombre; es preciso que se someta a una ligera prueba antes de entrar definitivamente a mi servicio. Por ahora tome usted esta lista de clientes morosos y visítelos sin pérdida de tiempo. Cuando vuelva, veremos si es usted digno de ser mi empleado.

El candidato tomó con aire decidido la lista y partió; al caer la tarde regresó al comercio del honorable Block.

—Vámonos a ver, muchacho: ¿qué es lo que me trae usted? Sin decir palabra, el aspirante a cobrador sacó de su bolsillo varios fajos de billetes de banco y los puso ante los ojos sorprendidos de su patrón, quien no pudo contenerse y exclamó:

—¡Bravo! Usted es maravilloso. ¿Y cómo ha logrado recuperar esas sumas que hace ya tanto tiempo había pasado yo al libro de pérdidas?

—¡Ah, señor Block! — respondió modestamente el nuevo empleado — ¡Si usted viera el trabajo que me ha costado! Pero, después de todo, estoy contento porque he tenido éxito. No será necesario que le explique que fui rechazado hábilmente en todas partes, y ya desesperado, decidí entablar conversación con cada uno de los tramposos y esperar el momento favorable.

para los hombres que tienen ideas.

Hilda ha venido hasta el muelle con ese vestido azul que se puso por primera vez en la tarde del martes. Esta linda. Su boca es agradable y su cuerpo es bello, cosa en que no había reparado anteriormente.

El puerto está solitario. Sólo transitan algunos vagabundos que cantan canciones amorosas.

Nos quedamos mirando el agua iluminada del mar que queda bajo nuestros pies.

—¿Le agrada ver las aguas resplandecientes por los reflejos? — me dice como desde la lejanía.

Río estruendosamente.

—No cabe duda que es usted una mujer romántica... — exclamo.

Hilda parece extrañada.

—¿Qué soy romántica? ¿No piensa usted, acaso en que este paisaje es hermoso? Yo creo que son muy bellas las luces en la noche del puerto?

Me quedo repentinamente serio.

—Yo considero, Hilda, que usted era una muchacha inteligente...

—¿Qué momento favorable?

—¡Un minuto de descuido de cada sujeto para sacar con habilidad y limpieza el dinero de sus bolsillos!

—¡Magnífico! — aplaudió Block, dando golpecitos en el hombro de su genial cobrador.

—¿De manera que ha vuelto usted con los recibos correspondientes a cada deudor?

—Sí, señor, aquí están.

—¡Perfectamente! Guárdelos usted con cuidado, amigo mío, y en la primera oportunidad dese otra vueltecita por sus casas... ¡a ver si al fin pagan esos sinvergüenzas.

o o o

Isaías Blumenfielt estaba de viaje a la tierra de promisión cuando el vapor chocó violentamente con un peñasco y empezó a hundirse majestuosamente.

Unos pasajeros tomaron sendos salvavidas y saltaron al agua.

Otros naufragos se apoderaron de sus correspondientes chalecos flotadores y se zambulleron en el mar.

Isaías, con los brazos cruzados, miraba impasible lo que ocurría a su alrededor. De pronto tuvo una idea luminosa y exclamó:

—¿Ah, sí? ¿Cónque cada se agarra algo? ¡Bueno! ¡Yo también me llevaré alguna cosa! Y tomando un ancla, la más hermosa que encontró, se tiró al agua detrás de los otros.

W. Geiger

Ella no se siente molesta con mis impertinencias.

Me habla dulcemente:

—No vale la pena preocuparse por tales cosas...

La miro muy adentro de sus ojos. Mi voz es serena.

—¿Sabes? Yo te estoy queriendo...

Fotografados Tricromías Bicromías

Confeción de disés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREVSLER & Ca.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

Por otra parte, he analizado muy bien mi corazón. Y he concluido en que no siento amor por Hilda.

La muchacha se limita a besarme la mano.

—Sería un crimen si no lo correspondiese, Francisco...

Entonces yo le doy un fuerte abrazo, y deposito en sus labios un beso extrañamente cálido. Luego le hablo con inquietud, tembloroso, acerca de sensaciones que ella desconoce.

—¿No sientes curiosidad por conocer los pecados?

Hilda, aterrorizada se esconde de entre mis manos. Y escapa con la cabellera suelta desde el muelle. Corriendo sofocada por las cales, la alcanzo.

—Tú me debes muchos servicios... — grito iracundo.

Pero Hilda impide que yo le haga caricias.

Está crispada y solloza a ratos.

* * *

En la tarde siguiente he permanecido frente al local de la señora Flor. Sin embargo, Hilda Maras no asoma su cabeza a la ciudad.

—¿Y qué es de Hilda, señora Flor?...

La señora Flor está roja por la indignación. Me relata una historia entrecortada por la ira. Hilda ha venido a despedirse muy temprano, de mañana. Me alarga un papel.

—Don Francisco: Siento mucho lo ocurrido anoche. Le agradezco todos los favores que he recibido de parte suya. La saluda, Hilda."

Sacudo la cabeza desencantadamente.

Han pasado de esto numerosos días. Alguien me informó que Hilda permanece hoscamente escondida en su cuarto. Nadie se preocupa por darle un empleo tan bueno como el que le obsequié yo.

Hilda no sale jamás de su escondite. Pienso que a veces debe sentirse fustigada por el hambre.

Ella, con su imbecilidad, es la culpable de este estado de cosas.

LA LIED FIEL

(Del libro "Los Viajes",
próximo a publicarse).

La mañana de oro claro
pasó sonriendo feliz
y yo, toda la mañana
estuve pensando en ti.

La tarde de luces tristes
pasó cual un sueño gris
y yo, en la tarde nublada,
estuve pensando en ti.

La noche de felpa oscura
pasó con su hondo inquirir
y yo, también en la noche,
estuve pensando en ti.

La mañana, tarde y noche
que, sin tregua, repetí.
¡Mañanas, tardes y noches
me estuve pensando en ti!

Mañanas, tardes y noches
que, siguen hoy para mí,
sin herirme y sin cansarme:
porque estoy pensando en ti.

Y así, enhebrando los días
en un pensar que es sentir,
pasaré toda mi vida,
junto a ti...

Carlos María Podestá

CONTRAPUNTO ENTRE "YO" Y
"LECHUZON PAJERO" A QUIEN
POR ERROR DE CAJA PUSIMOS
EN NUESTRO NUMERO ANTE-
RIOR "LECHUZON VENTERO"

A propósito del pseudónimo de nues-
tro colaborador, don Enrique Alió, tan
conocido y ya consagrado poeta gauchesco,
hemos de contestar las distintas pre-
guntas que se nos han hecho, diciendo
que "Lechuzón pajero" es un ave noc-
turna de nuestra campaña, de plumaje
precioso, sumamente útil, pues solamen-
te se alimenta de pequeños roedores y
lagartijas. Su nombre le viene de que
anida y se oculta entre los pajonales.
En las tardes camperas suele vérselo
atravesar el espacio en busca del ali-
mento para sus polluelos. Es muy res-
petado por los paisanos en razón de la
utilidad que presta estirpando todo gé-
nero de sabandijas.

Dicho lo que antecede, pasamos a
transcribir la segunda payada de con-
trapunto entre ambos versificadores.

Al Lechuzón pajero

Ya que estamos en la cancha
Ha de ser para correr,
Y aunque su flete es de raza
No me achico hasta perder.

Noto que el paisanaje
Se juega entero a su monta,
Pero yo... ¿será coraje?
Le tengo fé a mi lonja.

Y pa poner a la par
Su parejero y el mío,
Yo debo de principiar
Diciendo: chóquela amigo.

Que había sido p'al retruque
Como mamón pa la teta,
Más ligero que ñanduces
Que andan haciendo gambetas.

Lo cual más me predispone
Pa prienderme en contrapunto,
Arriesgando a que me deslome
Por ver si le mato el punto.

Cada cual, según afirma,
Con sobrada autoridad,
Gana o pierde la partida
Asigún su habilidad.

Más si salgo redomón
Y no respondo a la rienda,
Ladiándome de la hueya
Del metro de la canción.

No vaya usted a confundirme
Con esos que en la suidad,
Se las dan de neo-sensibles
Y son pura nulidad.

Yo no me avengo a las normas
De tiránicos preceptos,
Porque apreso la forma
Pero más lo que va adentro.

Dice usted que es cosa fiera
Escudarse en el anónimo,
Pero, si "yo" es mi pseudónimo
A que viene su quimera?...

Yo no comprendo, aparcero
Como ha chingao ese pial,
Siendo chúcaro el ternero
Q'iba puertiendo el corral.

Que eso es cosa ¡barajo!
Como pa que algún pueblera,
Le pida al punto un barato
Y salga con un floreo.

Y otra pequeña chingada
Es, asigún yo colijo,
No ver que hubo cachada
En los versos donde digo.

Lo concerniente al balneario,
Pues, no comparo ni en broma,
La radio con la bordona,
Ni aún siendo del Comisario.

Será no dudo un invento
De esos que al mundo fascinan,
Pero a mí, quizá por lego,
Muy poco asombro me inspira.

Pues al parecer resulta
Ampliación del gramófono,
Y pienso yo a mi antojo
Que ese bicho es pura pluma.

Que ahora ha dentrao de moda
Como en sus tiempos aquel,
Pronto ha de pasar también
Y entuavía habrá violas.

Bien está lo de su Estrella
Más no así lo de la prosa,
Aún siendo como es Ella
Una Estrella que usted toca.

Pues, opino yo que el beso
Más que fuego y más que llama,
Es un pedazo de alma
Que va rumbeando p'al ciclo...

Así pudo usted asegurar
Que estando en el espigón,
A usted le es dado besar
A su Estrella con pasión.

De modo que yo no hallo
Lo prosaico de l'acción,
Y sobre esta cuestión
No hablo más y me callo.

Noto que le ha picao
Como tábano en la oreja,
Lo que yo he asigüao
De los kilos que usted pesa.

Ciento diez kilos, sin grupo
Ni son muchos, ni son pocos,
Si es que yo no me equivoco
Pa su alzada, son lo justo.

Mas no crea que me arrugo
Como pañuelo e percal
Que si de boca muy duro
No soy del todo bagual.

Pues, le diré, si por esto
Pensara que me he achicao:
No frunza, que no es volao,
Ni trence, que no son flecos.

Página poética

Y aquí suspenso el rasgueo
Hasta la otra pasada,
Si es que no gana las pajas
Ese Lechuzón pajero...

"YO"

RETRUCANDO...

Pa empesarle a retrucar,
Permítame ño don Yo,
Que no acepte lo que dice
Y en su versada cantó.

El güen versificador
Esclavo tiene que ser
Del ritmo, metro y la rima:
Y usté la erra a mi entender.

La rima es obligatoria
Como corona al recaó,
Y al no usarla como debe
Puede salir revoleao.

Si quiere versificar,
Libremente, hacerlo puede.
¡Cómo no! Pero, respete
Y en las cuartas no se enriede...

El verso libre autoriza
Rimar par con prencipiar,
Pero es bolasiar sin freno,
Pretenderme basuriar.

Rimando teta y gambetas,
O retruque con ñanduces.
Es tan fiero el trompezón,
Que yo quedé haciendo cruces!

Tampoco está permitido
En esta clase de versada,
Asonar y consonar
Como si jueara ensalada!...

Perdóneme, ño Favoni,
Que me lo apunte al detalle,
Pero usté se da por laido
Y no es güeno que me calle.

En el arte de versiar,
Si usté "aprese la forma"
"Pero más lo que va adentro"
No se admiten las reformas,

Porque así resultaría,
Y esto a la cuenta es sencillo,
De una empanada a la criolla,
Comer solo el picadillo!...

Que usté de leido hizo gala
Al hablar de la mozada
Impresionable a su modo
Que en la ciudad es manada,

Se colije, pues, la nuembra
De neo sensible, ¡canejo!
Y ese neo, mi aparcero,
No es en eriollo, ¡qué cangrejo!

Mi compadre, ño Mamerto,
Que es más viejo que el peludo,
Me asigüó que es palabra
De origen griego, y no dudo.

De un pueblo, que por la menta,
Vivió en pagos apartaos...
En edificios grandiosos...
Más allá de los baños!...

Que jué cuna de la cencia,
Y del humano saber;
De Pericles y de Homero,
Y otros taitas de valer!...

De Empedocles el vichoco,
Que descubrió, pongo el caso,
La atracción universal,
Como si jueara un pambaso.

De Platón, sabio profundo,
Y ansina en el mismo estilo,
Aristóteles famoso,
Y hasta la Venus de Milo!...

No se me asuste, cuñao,
Y aguánteme otro sogazo:
En otra parte 'e su verso,
Encontré este macanazo:

¡Di ande sacó esa palabra!
Cachada? ¡Pucha qué mal!
Agarré pal lao del sebo...
Y rumbió pal abrojal!...

Cachada, dicen los chorros
En lunfardo, como llaman
Los puebleros al lenguaje
De los que los robos traman.

Jerga, que asigún yo sé,
En los calabozos nace,
Se difunde en los bailongos,
A cuya gente complace...

De allí, el diariero precoz,
La lleva hasta el arrabal,
Donde muere y se disipa,
Pa gloria 'e la Capital.

El verdadero eriollo,
Repudia esta jerga baja,
Que se difunde por radio,
En tangos que naide ataja!...

Nuestro idioma pajuerano,
Tiene voces de mi flor,
Pa decir lo que usté quiso,
Sin pisarse el maniador!...

Pongo por caso: Chuscada,
Burlada, chanza, chacota,
Chiste, fisga, chunga, zumba,
Befa, broma, chirigota!...

Y otras muchas, que no miento
Pa no ser largo, aparcero.
Y aquí corta la payada,
Este...

Lechuzón Pajero.

COMO CENCERRO AL PISCUESO

ATAO...

Vení pobre guacha! Sentate a mi
[lao
pa tuser las crines a tuitas las pe-
[nas.
Esas que se prienden con la gente
[güena,
como los cencerros, al piscueso atao.

Ya sabís que tengo por el pago en-
[tero,
campos 'e riuertos pa tus desen-
[gaños
que corren ansina como parejero,
yendo a la querencia dende pago
[estraño

Quando dicen guacha... Pa qué te'
[nojás?
Seguí siendo libre mesmo que los
[vientos
y si con el tiempo la güeya dejás
que sea acoyarada a un güen senti-
[miento.

No tengas vergüenza 'e un cariño
[juerte
que nació en tu pecho como la es-
[peranza,
y en el campo arao que tiene la
[suerte
pa sembrar la dicha que al dolor
[amansa.

¡Pá mejor las chinas no toman gi-
[niebra
ni a cantar estilos quisiste empe-
[ñarte,
siendo erioya linda 'e una sola he-
[bra
como poneho fino si eso es compa-
[rtarte!

Vení pobre guacha! Sentante a mi
[lao,
pa tuser las crines atuitas las penas.
Esas que se prienden con la gente
[güena,
como los cencerro al piscueso atao.
Miguel V. Natiello

Un viaje involuntario

Por Luciano Biart

(Continuación)

—Caballero, dijo el ingeniero al agente de la compañía de navegación a vapor, ¿sería posible satisfacer el importe de nuestros pasajes al llegar a Southampton?

—No hay inconveniente en ello, contestó el interpelado, con tal de que el equipaje y las mercancías que lleven ustedes consigo representen el valor de dichos pasajes, o sea dos mil trescientos veinte francos.

Frió sudor inundó la frente del señor Pinsón, ya que sus cuatro trapos, aunque se añadiera al lote los que poseía Azogue, no podían ofrecerse como garantía de la cantidad de dos mil trescientos veinte francos. Entonces el ingeniero hizo al agente, empleando para ello frases patéticas, el fiel relato de su desdicha.

—Dispense usted, caballero, dijo el agente interrumpiéndole; he de poner en orden los papeles del vapor, que a las cuatro de la tarde debe partir, y no me es posible entretenerme más con usted. Entrégume dos mil trescientos veinte francos; le hago a usted gracia de los céntimos que constituyen el pico.

—Mi persona y la de este muchacho son una garantía exclamó el señor Pinsón. Diga usted al capitán del vapor que no nos permita desembarcar hasta que le hayamos pagado: en Southampton puedo procurarme fondos en el término de veinticuatro horas.

—Y dado caso que esto no fuese así, repuso el agente de la compañía, ya estarían ustedes en Europa, y como el capitán tendría que darles de comer, lo más lógico sería dejarles desembarcar. Entonces se me exigiría el pago de sus pasajes, y ya comprenderá usted, amigo, que no puedo exponerme a tal contingencia. Estoy persuadido de que es usted un hombre honrado; mas si quiere usted embarcarse para Europa a bordo del vapor próximo a partir entrégume dos mil trescientos veinte francos o venga acompañado de un comerciante de esta ciudad que responda por ustedes.

—Ayer llegue a Veracruz, dijo el señor Pinsón, y a nadie conozco; salí de micasa...

El agente no escuchaba a nuestro conocido, pues sus ocupaciones eran antes que todo. Abrunado por el pesar, el señor Pinsón se apoderó de una de las manos de Azogue, a quien llevó arrastrando hasta el consulado francés, para contar lo que le pasaba al repre-

sentante de su nación.

—¿Qué quiere usted que yo haga? dijo el cónsul después de haberle oído.

—Que me adelante la cantidad necesaria para volver a mi patria, caballero; que responda usted por mí. Soy ciudadano francés, y...

—Observe usted, señor mío, repuso el cónsul con la mayor afabilidad, que esta no es razón su-

po, contestó el señor Pinsón. A Dios gracias soy dueño de un capitalillo que me permitirá reembolsar a usted en época fija.

—No dudo de su palabra, amigo mío; con todo, mal puedo dar a usted lo que no tengo. Si hubiese anclado en Veracruz algún buque de guerra francés, procuraría que les recibiese a ustedes a bordo; empero, vuelvo a repetirlo: por más que quiera complacerle

—Escriba usted a Francia que le remitan fondos, contestó el cónsul.

—Pero ¿cuánto tardará la respuesta?

—Si su corresponsal no se duerme, puede usted tenerla dentro de tres meses.

—¡Tres meses! exclamó el señor Pinsón; he de permanecer en Veracruz tres meses, mientras que mi criada, el alquiler de la casa, mis acciones...

El despecho ahogaba al ingeniero; en cuanto a Azogue, molino en la apariencia, tenía gran comeción de ejecutar nuevamente el salto mortal de su invención.

El cónsul, al igual del agente de la compañía de vapores, tenía que despachar su correspondencia; así pues, despidió cortésmente al señor Pinsón, quien se encaminó a la fonda, solicitó hablar con el dueño y probó de enternecerle contándole sus cuitas.

—Creo que es usted un hombre honrado, dijo el fondista; pero ya comprenderá que no se prestan sin más ni más tres mil francos a un sujeto que sólo se conoce hace dos días y que va a partir para Francia, distante dos mil leguas de Veracruz.

El ingeniero se hizo presentar a un comerciante francés, a quien, después de participarle su aventura, ofreció reembolsar doble o triple cantidad de la que le prestase, oferta que produjo un efecto contrario al que él esperaba. El comerciante declaró que no era ningún usurero y que por otra parte no se encontraba con fondos disponibles para tentar la operación, visto lo cual por el señor Pinsón dirigió nuevamente sus pasos hacia la agencia de navegación. Esta vez no consiguió ver al agente.

—Está visto, muchacho, dijo a Azogue mientras regresaban a la fonda, que nuestra infausta suerte ha destinado que vivamos tres meses en esta hornaza. Voy a escribir a Europa, ya que es preciso.

Apenas había tomado la pluma el señor Pinsón, cuando resonó un cañonazo. Corrió a la ventana y pudo ver que la chimenea del vapor correo vomitaba raudales de humo. La nave, en cuya popa flotaba el pabellón inglés, se conmovió, saludó al castillo de San Juan de Ulúa y navegando por en medio de los arrecifes, pronto estuvo en alta mar.

Al principio el ingeniero creyó que sólo se trataba de una maniobra, mas poco tardó en convenirse de la realidad. El vapor se



El señor Pinsón y Azogue salían de Veracruz

ficiente para que yo le preste la respetable suma que me pide. Diariamente vienen a verme emigrantes que se encuentran en la misma situación que ustedes. Si me dejase llevar por los impulsos del corazón, todos los años me vería en el caso de desembolsar cien mil francos, siendo así que mi sueldo sólo asciende a diez mil; y al precio que están hoy día los menesteres de la vida, esta cantidad apenas me basta para satisfacer las necesidades más perentorias.

—Lo que le pido es un anticipo

me veo en la imposibilidad de prestar a usted la enorme cantidad que me pide.

El señor Pinsón insistió una y otra vez; por desdicha suya el cónsul oponíale constantemente los mismos argumentos. Todos los días recibía el funcionario peticiones parecidas a la de nuestro ingeniero, y aunque estaba dotado de sentimientos humanitarios, fuerza le era hacer oídos de mercader.

—¿Cómo salir del apuro, pues? preguntó desesperado el señor Pinsón.

CAPITULO XXI

La fiebre amarilla

había puesto en marcha y, gracias a su partida, nuestros conocidos veríanse obligados a permanecer un mes más en Veracruz.

Por espacio de diez minutos el señor Pinsón se mantuvo con la mirada fija en el horizonte, cual si confiase que la nave regresaría al puerto: habiendo oído ruido desvió la cabeza, y ¡cuál no sería su sorpresa viendo a Azogue con la suya apoyada al suelo y los pies en alto! Cuando el muchacho recobró su posición natural, estaba rojo de vergüenza, y bajó los ojos todo confuso.

—Por ventura te alegras de la triste situación en que nos encontramos? preguntó severamente el ingeniero. ¿Acaso no sabes, ¡desdichado! que nos hallamos a más de dos mil leguas de distancia de Francia, faltos de recursos y tal vez próximos a perecer de hambre? ¿Ignoras?...

—Trabajaremos, señor, contestó el muchacho; después de todo, lo mismo tiene andar vagando por Veracruz que por Londres. Es verdad que no hablamos el español, pero en esta ciudad no faltan ingleses ni tampoco franceses; los buscaremos y les pediremos trabajo. Aunque el cónsul no pueda prestar a usted dinero, le será fácil ayudarnos para que logremos encontrar una ocupación con que ganar el pan cotidiano.

—Todo me espanta, amiguito, objetó el señor Pinsón en tono más suave. ¡Trabajar, trabajar! Poco cuesta decirlo. ¿Crees tú que sin más ni más voy a encontrar trabajo en una población donde no conozco a nadie?

—El señor Boisjoli tampoco es conocido en Nueva York, y...

—¡Boisjoli! exclamó el ingeniero; a buena hora nombras a ese... Más vale callar. Boisjoli, querido, lleva consigo los títulos y certificados de su carrera, va provisto de cartas de recomendación; y además, con el dinero que cuenta puede vivir años sin trabajar, o, si mejor le place, volverse a Francia. ¿Acaso su posición puede compararse con la nuestra? ¡Qué disparate!

Hasta que anocheció el señor Pinsón estuvo dando vueltas por el cuarto de la fonda: al notar Azogue su desazón, mantúvose inmóvil a un lado sin atreverse a dirigirle la palabra. El toque de una campana advirtió que era la hora de sentarse a la mesa; digérase que nuestro ingeniero no la había oído.

—Señor, se atrevió a decir Azogue, vamos a comer, pues, tiempo tendremos para morirnos de hambre.

El señor Pinsón meneó la cabeza, y siguiendo a su compañero, ambos penetraron en el comedor. Azogue comió con apetito, instando varias veces a su protector, que parecía desganado, para que le imitara. Acostumbrado el mu-

chacho a vivir al día, a confiar en la Providencia para el sustento de mañana, no podía comprender la inquietud de que era presa el ingeniero. Este se paseó parte de la noche arriba y abajo de la habitación que ocupaban, lo cual desveló al pobre muchacho, que apenas pudo conciliar el sueño.

Al día siguiente, terminado el almuerzo, el señor Pinsón encaminóse nuevamente al domicilio del cónsul.

—Me he ocupado de usted, díjole el funcionario público, pues su situación me interesa en extremo; desgraciadamente no puedo darle ninguna noticia agradable. En el puerto está anclado un buque francés cuyo capitán consiente en llevar a ustedes a Francia,

El señor Pinsón, al oír esto, estrechó afectuosamente la mano del funcionario público.

—Examinemos su situación, prosiguió éste. En Veracruz la vida es cara: para sustentarse usted y su compañero necesitan, por lo bajo, treinta francos diarios. Además, la fiebre amarilla empieza a hacer estragos, y no pueden ustedes exponerse locamente a ser víctimas de ella. Diríjase a Jalapa o a Orizaba, y vivan allí hasta el día del embarque. Así estarán ustedes al abrigo de la terrible enfermedad que, en la estación lluviosa, convierte a Veracruz en verdadera necrópoli.

Estos consejos eran demasiado discretos para que los echara en saco roto el señor Pinsón. Así

Ciencia

Como un río que se desborda y arrastra hacia el mar los árboles que arrancan, íntegros, sus aguas irresistibles y turbias, aquel hombre, con su dialéctica destumbrante aniquiló en las mentalidades católicas, apostólicas y romanas que poblaban la aldea, todas las ideas inherentes a su religión ancestral, haciéndolas desaparecer entre principios científicos según los cuales todo lo que acontece al hombre tiene su origen en el hombre; y al azar no es más que la irradiación de nosotros mismos, y Dios, en fin, nuestro propio y solo corazón.

Como experimentación de tales afirmaciones, enseñóles a practicar las prescripciones de la medicina y la veterinaria, y a irrigar las tierras áridas, a fin de que combatieran las epidemias que solían azotar a hombres y animales, y la aridez opuesta a la agricultura, con métodos científicos y no con supersticiosas procesiones votivas.

Así, transcurrieron varios años, durante los cuales aquellos aldeanos vivían prósperos y felices.

La iglesia estaba derruida, y los ídolos habían perdido ya ese resplandor divino que les atribuye el fervor de las miradas suplicatorias.

Pero, un día, aconteció un terremoto, y todos los pobladores de la aldea huyeron, espantadamente, hacia la iglesia; penetraron en ella, y arrodillándose ante las olvidadas imágenes, pidieron misericordia.

R. Pérez Alfonseca

pero como debe ir a buscar parte de la carga a Campeche, hasta dentro de un mes y medio no se hará a la vela para el Havre.

—Vale más esto que permanecer cuatro meses en Veracruz. Acepto, pues, dijo el señor Pinsón.

—Note usted, caballero, objetó el cónsul, que el mes y medio en cuestión, con las dilaciones que sufren siempre los buques de vela en estos países, equivale bien a dos meses; luego la embarcación necesitará otros dos meses para llegar a Europa, de suerte que tal vez valdría más que usted escribiese para que le mandasen fondos y partiese a bordo del vapor-correo luego que los hubiese recibido.

—¿Y entretanto, de qué viviré? dijo el ingeniero.

—Si bien es verdad, caballero, que no puedo disponer de dos mil quinientos francos, con todo, puedo entregar a usted por vía de préstamo algunos centenares.

pues, provisto de una carta de recomendación para un comerciante de Jalapa, despidióse del cónsul, quien le autorizó, en caso de necesidad, a girar una letra contra él de trescientos francos. Pagado el gasto hecho en la fonda y comprados un revólver, zapatos y dos bastones, quedaron al ingeniero por todo capital unos doscientos francos. Al alba del día siguiente, llevando consigo algunos informes manuscritos y un pequeño manual de frases españolas, el señor Pinsón y Azogue salían de Veracruz, ganando la llanura arenosa que rodea a la ciudad. La distancia que media entre ésta y Jalapa es de ciento veinte kilómetros, y para recorrerla nuestros viajeros debían atravesar bosques poblados de monos y llanos donde abundan los toros salvajes; de modo que Azogue, en su ansiedad de gozar de semejante espectáculo, hubiese preferido correr a andar.

Apenas hubieron salido nuestros dos conocidos de la ciudad de Veracruz, Azogue dió rienda suelta a su alegría. Por fin vería los bosques vírgenes en que tantas veces había soñado, las comarcas del Nuevo Mundo que su mente, avivada por las aventuras de Robinson y exaltada más tarde por las narraciones de los tripulantes del *Fulton*, le representaba como una especie de paraíso cubierto de árboles, con doradas flores y diamantes a guisa de frutos. El señor Pinsón, por su parte, parecía resignado tocante al nuevo viaje que las circunstancias le obligaban a emprender; pero, cada vez más desconfiado, preguntábase si acaso por algún incidente inesperado no se vería arrastrado en opuesta dirección de la que él quería tomar, es decir, si en lugar de dirigirse a Jalapa, como intentaba, no se encaminaría a la ciudad de Méjico.

Durante una hora viajaron los dos extranjeros a través de montecillos de arena movediza, Sahara en miniatura que el viento Norte, ese *simoun* de las costas mejicanas, derriba y modifica sin cesar. Allí no medra otra vegetación que mimosas escueltas, secas, y algunos cactus. De trecho en trecho aparece un lagarto verde o gris que, atravesando el sendero, huye espantado al fondo de un hoyo. El calor era tan abrumador que Azogue iba cabizbajo y apenas se dignaba mirar los objetos que le rodeaban; mientras que a cada momento llevaba a sus labios la calabacita llena de agua que el señor Pinsón le había entregado al partir.

—¿Por ventura vamos a marchar sobre la arena hasta Jalapa, señor? preguntó de improviso el chico a su compañero.

—Según el itinerario trazado por el cónsul, contestó el ingeniero, antes de pisar terreno firme tenemos que andar sobre dunas en una extensión de seis kilómetros, y como de cada tres pasos que damos perdemos uno a causa de la novilidad del suelo, no son seis sino ocho kilómetros los que nos toca recorrer.

—Esta ruta nada tiene de bella ni de alegre, señor, repuso el muchacho.

—Y además, es muy fatigosa, como sucede, tratándose de bipeos, con todos los terrenos movedizos. Hé aquí una de las causas principales de la invención de los caminos. Pero muchacho, no bebas tan a menudo; mira que esto es poco saludable.

El señor Pinsón y Azogue an-

(Continuará)

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

LOS MUEBLES ESMALTADOS DE BLANCO se limpian frotando todas las manchas con una franela humedecida con alcohol metílico, y secándolas en seguida. Después se lava el mueble con agua tibia y jabón, y se seca con un paño; en seguida se frota con otro trapo con blanco de España, ligeramente húmedo, y por último se saca brillo con cepillos muy limpios y bien secos.

PARA LAS MANOS AGRIETADAS no hay cosa mejor que el alcanfor. En invierno conviene tener siempre dispuesta una bola o pastilla hecha con dos partes de manteca de cerdo, dos de cera blanca y una y media de alcanfor y pulverizado que se aplica a las partes afectadas. Hay que guardarla en un tarro como si fuera pomada.

LAS SEDAS, CINTAS y toda clase de tejidos de lana delicados se limpian a las mil maravillas se lavándolos con bencina como si se lavasen con agua, y tendiéndolos al aire libre hasta que desaparece por completo el olor del producto.

EL DOLOR DE LAS QUEMADURAS SE QUITA inmediatamente aplicándolas una pomada compuesta de alumbre en polvo y agua.

PARA LIMPIAR EL PAPEL DE LAS PAREDES. — En un poco de agua hirviendo se disuelve un terrón de sosa del tamaño de una nuez. Cuando se enfría el agua se emplea para hacer una masa con una libra de harina, próximamente y se trabaja hasta que quede perfectamente suave y nada pegajosa. Con las cantidades mencionadas hay para limpiar el papel de una habitación de dimensiones regulares. La masa se divide en cuatro partes, una para cada lienzo de pared y se aplica frotando con ella el papel, en la misma dirección siempre. La sosa contribuye a facilitar la limpieza.

LAS FOTOGRAFÍAS AMARILLENAS se restauran sumergiéndolas en un baño de 1000 partes de agua con 5 de cloruro de oro, y dejándolos en él hasta que desaparece el color.

UN POLVO INSECTICIDA, que se recomienda especialmente para combatir la polilla y otros insectos perjudiciales para los tapices y alfombras, se compone de

La infanta de León casada, viuda y virgen

La infanta Doña Teresa fue hija de Bermudo II "el Gotoso" y de su esposa Doña Elvira; fue, por tanto, dicha infanta hermana de Alfonso V "el Noble", el gran restaurador de León, y el primero que se llamó rey de Castilla. Por razones de estado que no pueden precisarse fue prometida por su hermano como esposa de Abdalá, rey moro de Toledo, y resignándose a cumplir el compromiso contraído por Alfonso V marchó a la imperial ciudad, donde se la esperaba con impaciencia como reina y señora.

No era grato aquel enlace, ni podía serlo, a la noble infanta Doña Teresa, pues educada por su madre Doña Elvira en los severos principios de la religión cristiana, le inspiraba horror todo cuanto se refería a las materialistas creencias de los mahometanos, y por consiguiente no podía por menos de considerar como el mayor infortunio unir su existencia en el tálamo con un musulmán. Pero por, no crear dificultades políticas a su hermano, y tal vez confiada en llegar a convertir al rey moro toledano, aceptó aquel sacrificio, obrando con gran prudencia, y se trasladó a Toledo, pero resuelta a guardar su puerza corporal de doncella, para lo cual solamente contaba con los recursos de su ingenio y con su confianza en Dios.

Apenas tuvo el moro Abdalá noticia de hallarse la infanta Doña Teresa próxima a la ciudad de Tajo, salió a su encuentro, enamorado y galante, desplegando todo el lujo y fastuoso aparato de su oriental grandeza para recibirla dignamente. Pero la infanta de León, que tenía puestas sus miras en aspiraciones más elevadas, no se dejó deslumbrar por aquellas brillantes apariencias y acogiendo amable pero con toda dignidad los obsequios de su prometido, supo contener hábilmente y sin despertar enojos en Abdalá, las aspiraciones pasionales de éste en su amoroso y natural deseo.

La infanta Doña Teresa respiró tranquila, por el momento, creyendo poder vivir al lado de Abdalá compartiendo con él la difícil y penosa carga de la gobernación de sus pueblos, pero sin que la más ligera nube de impureza manchase el claro horizonte de sus virginales ensueños. Desgraciadamente, su ilusión duró bien poco tiempo.

No pudiendo el monarca Abdalá comprender tanta grandeza de alma en su esposa, vióse ésta en la necesidad de apelar a todos los recursos de su talento y de su ingenio para contener a Abdalá en sus apasionados y naturales deseos; y para convencerlo hubo de amenazarle con el enojo de Dios, en castigo de su loca temeridad, si llegaba a tocarla. No convencido el vehementemente Abdalá fue a abrazar a su esposa y sintió de improviso que le acometía una dolencia repentina, que le sirvió de providencial aviso. Enfermo gravemente Abdalá, la infanta Doña Teresa, ejerciendo la virtud de la caridad, le cuidó con cariño y solicitud ejemplares, hasta ver restablecida la salud del rey moro. Admirado éste de tanta virtud y queriendo a su vez hacerse digno de la mujer con quien había querido compartir su trono, lejos de insistir en sus deseos, restituyó a la infanta de León al lado de su hermano el rey Alfonso V, con las mayores muestras de consideración y respeto, ordenando que la acompañasen los primeros oficiales de su corte, y obsequiándola en su despedida con valiosos regalos de alhajas y vestidos riquísimos.

Recibida la infanta Doña Teresa de León por Alfonso V, comprendió éste el grave error en que había incurrido; admiró la conducta hábil y noble de su hermana, viendo en ella desde entonces más que una mujer a una santa; y para que pudiera consagrar a Dios su vida, reedificó el monasterio de San Pelayo, que había fundado Sancho "el Craso", al trasladar allí desde Córdoba los restos de dicho santo, martirizado en la capital del califato, para que aquel monasterio sirviera de sagrado asilo a la virtuosa reina viuda y virgen a pesar de ello. Allí vivió tranquila gozando la paz de su conciencia y dando gracias a Dios que la había salvado del contacto de un mahometano, hasta que trasladada más adelante al antiguo monasterio de San Juan Bautista de Oviedo acabó tranquilamente sus días el 7 de mayo de 1039, a la hora de media noche, según consta en el epitafio de su sepulcro, dejando tras de su nombre un notable ejemplo de elevada prudencia y de inquebrantable castidad a las mujeres de los siglos venideros.

pelitre, alcanfor, pimienta y clavos de especias, todo pulverizado finamente y mezclado a partes iguales.

LIMPIEZA DEL COBRE UNCELADO. — Se empieza por fregar el objeto con agua caliente y jabón y se seca completamente. Después se frota con medio limón, se aclara con agua tibia, y cuando se ve que está bien limpio se pulimenta con una gamuza. En la limpieza del cobre grabado no deben emplearse polvos de ninguna clase, porque se introducen en las líneas del grabado y es muy difícil quitarlos.

PARA LIBRAR A LOS CABALLOS Y AL GANADO de los insectos que les molestan, se mezclan 3 partes de esencia de clavos de especia, 5 partes de esencia de laurel, otras tantas de tintura de eucalipto, 150 alcohol y 200 de agua.

El líquido resultante se aplica en pulverizaciones y siempre da excelentes resultados.

LAS CUBETAS Y BOTTILLAS DE PRODUCTOS FOTOGRÁFICOS se lavan con agua y ácido clorhídrico en proporción de 2 a 1, y después se aclaran con agua de la fuente.

UNA BOLSITA LLENA DE AZUFRE colgada en la jaula del pájaro, es muy saludable para el ave y ahuyenta los parásitos.

PARA LAVAR LAS BOTTILLAS Y GARRAFAS QUE HAYAN CONTENIDO ACEITE LO MEJOR ES VERTER en su interior una regular cantidad de recuelo caliente, y húmedo, éste limpiará perfectamente las paredes del recipiente y arrastrará las materias grasas. Luego, se aclarará con agua tibia y enseguida con agua fría.

Aún es conveniente emplear una solución de carbonato de sosa, a 50 gramos por litro. Se utiliza todo lo más caliente que se pueda y después se aclara la botella con agua fría.

BARNIZ BRILLANTE. — Se disuelven en caliente 200 gramos de goma laca y 20 de carbonato potásico en un litro de agua. Se añaden 6 gramos de negro de anilina (o de otro color) y, finalmente, 100 gramos de glicerina.

Las aventuras de Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga

De cómo llegué a potentado



COMO ES EN REALIDAD LIMONADA ROGER

CAPITULO III

Hemos conocido los labios de nuestro héroe como, después del infortunado período de vicisitudes que coronó la muerte del negro Gorostiaga, su ilustre amo, pudo, sin embargo, sentar plaza de "balet" de farmacia. Se recordará que Limonada Roger debe su magnífico y refrigerante apodo a que en ocasión de haber reemplazado al idóneo Buena Salud tocó el expender a ríos, el famoso purgante de aquel nombre. El pobre — como es sabido por nuestros lectores — se equivoca, y en vez de Limonada Roger le vende vinagre aromático a un cliente de herejía que se queja al

patrón de la farmacia y lo agarra de mal modo.

—¡Limonada Rogér! — le grita el ingrato farmacéutico. Tú irás allí adonde conduce la Limonada Rogér...

La frase había hecho época, y desde entonces el famoso personaje catalán no tuvo otro apelativo.

Es así que le interrogamos al sujeto:

—¡Pero, qué hizo usted para llegar a este grado de potencialidad?

Y echamos un vistazo a su rica casa de baratijas y cacharros donde los objetos de deleznable uso íntimo amenizan con prometedoras cazuelas y ollitas de puchero en ciernes.

Limonada Rogér, "balet" del Negro Gorostiaga, sonríe maquiavélicamente. Se adivina en su mirada traslúcida una inquietud interior. Vemos que el hombre no quisiera soltar la lengua; más no pudiendo al fin con su temperamento charlatanesco balbucea, como para su coeto:

—¡Ajá, ajá! ¿Qué cómo hice para llegar a esto? Yo no soy un erudito. Apenas si tengo los conocimientos esenciales de la escuela primaria: poder firmar, aunque sea a grandes esfuerzos, y poder deletrear de vez en cuando la correspondencia de la ingenua clientela. Y a pesar de todo, he leído un libro de un famoso florentino cuyo resumen es una sentencia bien notoria: "El fin justifica los medios".

Miramos a Limonada Rogér con explicable sorpresa. ¿Se refería a "El Príncipe"? ¡Vaya a saberse! Lo cierto es que Limonada Rogér "balet" del Negro Gorostiaga nos desconcertó.

—Sí, señores. Yo aprendí en un volumen que robé, lo confieso, a Buena Salud, que "el fin justifica los medios", que no importa — por que camino se llega, cuando se llega. Una vez aquí, como yo en mi casa, ríanse ustedes de los demás.

Todo es "vanitas vanitates", como afirmó Calígula.

—Vea que Calígula no dijo eso le observamos, modestamente.

—¡Ah! ¿no lo afirmó Calígula? Entonces es seguro que la frase me pertenece.

Le permitimos que se robara, de acuerdo con sus ocultos hábitos, la histórica sentencia bíblica. Y lo abordamos de nuevo:

—¿Qué trabajo formidable habrá

desarrollado usted para alcanzar el grado de progreso que constatamos en su casa! Es usted, indudablemente, un verdadero "pioneer", uno de esos seres extraordinarios, de vitalidad dinámica, que no reposan un solo minuto en los días de su vida.

—¡Qué lamentable, aunque halagadora equivocación, amigos míos — exclama Limonada Rogér.

—¿De manera que no es usted, un héroe del esfuerzo, un "elemento de energía", como llamaba Dario a Mr. Ford?

—¡Oh! nada de eso, nada de eso, mis amigos. Mr. Ford es un pobre hombre que no gana el doble de ganancias que podría obtener. En cuanto a Dario era un ser ridículo, un poeta. Yo, como les expresé, aprendí que "el fin justifica los medios". Y desde entonces no tuve escrúpulos. Yo... (y aquí Limonada Rogér bajó intensamente la voz) no trabajé solo esta fortuna: lo hice conjuntamente con mi señora... ¿entienden? Claro, mis amigos... (Limonada Rogér hablaba ya en voz alta, sin cuidarse de que lo oyeran sus empleados). Yo fui un hombre práctico y apliqué las habilidosas artes de mi consorte al progreso general del país. No se me podrá culpar de egoísta. Todo lo mío, absolutamente todo lo mío — ¿me entienden, ustedes? — estuvo a disposición de la gente. Es así que a veces no vacilé en arriesgar mi propia integridad moral en beneficio de los otros. Ahí tienen, por ejemplo, al italiano de enfrente. Es cierto — prosigue Limonada Rogér — que yo aproveché de su propaganda en diarios y revistas, que yo me instalé en su propia esquina para hacerle una competencia ruinosa; pero es cierto así mismo (y aquí Limonada Rogér vuelve a hablar "sotto voce") que yo fui su empleado — y que en mi condición de tal le sacrificué todo cuanto tenía... Bien: "ella" me dió con su espíritu de sacrificio el impulso que yo necesitaba para triunfar. Atrás de esto vino lo demás, y entonces, sí, trabajé yo. Pero debo hacer honor a la verdad y confesar que el "pioneer" no soy yo. El "pioneer" es mi cara media costilla. Por mi parte, me sujeté siempre a aquella alta sentencia del libro que robé al idóneo Buena Salud: "El fin justifica los medios".

Mirábamos a Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga, co-



COMO LO VEN SUS VICTIMAS

me quien descubre algo singular. Advertimos, bajo la careta de inofensivo atorrante subido a personaje público, a un temible pillastrín de novela.

Este Limonada Rogér nos era completamente desconocido. Nosotros habíamos trabado amistad con el vivillo simploté, mezala de desgana voluntad y de tipo arrastrado por las urgencias de parar los garbanzos diarios. Y ahora nos encontrábamos con un individuo de la pasta de los que, lo mismo liquidan sus escrúpulos que los ajenos. Nos sentimos angustiados. A boca de jarro le espetamos esta pregunta:

—¿Cón qué usted es un comediante? ¿Cón qué usted tiene una doble personalidad?

Limonada Rogér nos desconcertó del todo, exclamando:

—¡Sí; tengo una doble personalidad. Pero ni yo mismo sé cuál es la verdadera.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . . " 5.—	Semestre . . . " 6.—	Semestre . . . " oro 4.—
Año . . . " 9.—	Año . . . " 11.—	Año . . . " oro 8.—
No. suelto . . . " 0.20	No. suelto . . . " 0.25	
No. atrasado . . . " 0.40	No. atrasado . . . " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

Encuadernación en formato	grande	chico	grandes	chico	En cuero	En tela
Encuadernación en formato	grande	chico	grandes	chico	12.—	3.70
Tapas sueltas	"	"	"	"	8.—	3.—
"	"	"	"	"	9.—	2.—
"	"	"	"	"	6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

N.º 15 — CHARADA

TERCIA PRIMERA SEGUNDA
TOTAL en todos los trances de
la vida? es mi gran ilusión, se-
ñor Bayón.

N.º 16 — CHARADA



N.º 17 — CHARADA

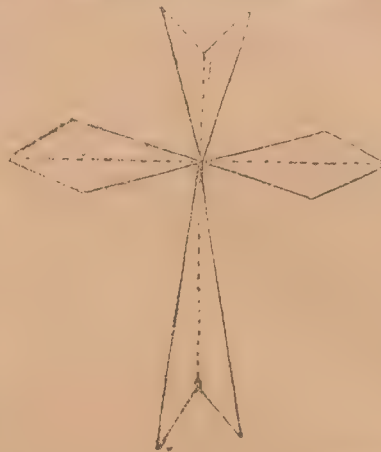
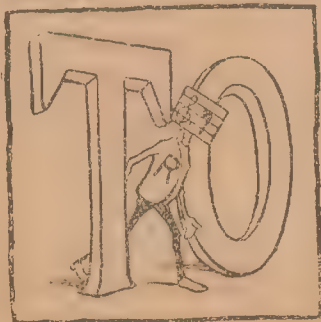


N.º 18 — COMPRIMIDO

N.º 20 — ILUSION OPTICA

DE DO

N.º 19 — FRASE EN ACCION



CURIOSIDADES MATEMATICAS COMO AdivINAR EL NUMERO BORRADO DE UNA CANTIDAD

Pídanse que escriban una cantidad de cuatro cifras, por ejemplo: 3245, y que sumen el valor absoluto de las mismas (en este caso 14). Ahora se manda que resten este valor absoluto de la cantidad (3245 — 14 = 3231), y de la cantidad que queda después de hecha esta operación que quiten una cifra cualquiera y que nos digan el valor absoluto de las tres cifras que han dejado.

Conociendo por nosotros este valor buscaremos la diferencia hasta 9 y esta diferencia será el número borrado.

Supongamos que de 3231 borran un 3, en cuyo caso quedan 321.

Valor absoluto de estas cifras: 6.

De 6 a 9 van 3. Tres es el número borrado. Cuando la suma es mayor de 9 se busca la diferencia hasta 18, y cuando es mayor de 18 se busca hasta 37.

Ejemplo:

Cantidad: 3645.

Valor de sus cifras: 18.

3645 menos 18 igual a 3627.

Cifra que se borra: el 6.

Cantidad que queda: 327.

Valor de estas cifras: 12.

De 18 a 12 van 6, cifra borrada.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 7 — Camisa
- " 8 — Mayordomo
- " 9 — Caseros y Entre Ríos
- " 10 — Lima
- " 11 — Encolado
- " 12 — Evangelio
- " 13 — Predica padre, por un oído me entra y por otro me sale.
- " 14 — Sobresale

La parálisis puede producirse a cualquier edad, y aun durante la vida uterina (resultado de los estudios clínicos y anatómicos verificados durante treinta años en los grandes hospitales y asilos). Sin embargo, la edad más propensa es la de cuarenta años.

Por lo general, se inicia la parálisis por un cambio profundo de genio y de carácter; por una excitación a veces demasiado alegre, demasiado ruidosa, otras por una depresión extremada, una tristeza que llega hasta la idea del suicidio. Al principio sorprende al enfermo, por su actitud extraña, por la puerilidad en sus propósitos y en sus reacciones; tan pronto dice que es completamente feliz, que está muy contento, o se pone furioso, se desespera sin razón alguna aparente.

El enfermo llega a un estado de demencia total, acompañada siempre de una decadencia física que se manifiesta ante todo por alteraciones del nervio óptico, una desigualdad pupilar, una insensibilidad entánea, un temblor pesado de la lengua, una dificultad del habla, que se convierte en vacilante, en tartamudez; confusión de escritura, etc. En el curso de esta evolución sobrevienen, de tarde en tarde y a veces en las cercanías de la muerte, ataques de aspecto epiléptico o apoplético, que se llaman ictus, y en cada uno se ocasiona la hemorragia de un

Una paradoja terapéutica

vaso capilar en la sustancia gris del cerebro.

La duración de la parálisis abandonada a sí misma es de uno a tres años, siendo más frecuente en el hombre que en la mujer (15 por 100 en los hombres; 5 a 6 por 100 en las mujeres).

La relación entre la avariosis y la parálisis general fué sospechada en 1863 por Kjelberg, Jezpersen, Morel-Lavallée y, sobre todo, debido a las observaciones clínicas del profesor Alfredo Fournier, cuyas lecciones y publicaciones en el siglo XIX han orientado a los médicos del mundo entero hacia un estudio cada vez más profundo de ese problema. Así fué como en el Instituto Pasteur, en 1904, Metchnikoff y Roux, pudieron determinar una avariosis experimental en las manos. El mismo año, Schandinn llegó a descubrir el microbio de esta enfermedad. Poco tiempo después Plant y Wassermann dieron a conocer su famosa reacción biológica de la avariosis en la sangre y el líquido cefálico de los avariosos. En ese mismo tiempo Pablo Ehrlich descubrió el salvarsán, que, introducido en la sangre del avarioso, destruye radicalmente el microbio de esa enfermedad. Esos numerosos estudios y descubri-

mientos han dado una base sólida y científicamente en la relación entre la avariosis y la parálisis. Hoy en todas las Facultades de Medicina enseñan que sin avariosis no hay parálisis general. El argumento decisivo ha llegado del Japón, del gran microbiólogo Noguchi. Entre otros, un alienista vienés dió a conocer al mundo médico, en 1917, su método para el tratamiento de la parálisis general por la inoculación artificial del paludismo.

Este método se inspiraba en el resultado de observaciones empíricas muy antiguas, especialmente en ciertas curas de enfermos atacados de neurosis; curas sobrevenidas bajo la influencia de una afección febril (escarlatina, tifóidea, etc.). Cerca de treinta años, de 1889 a 1917, Wágner von Jauregg había experimentado sobre parálisis generales todos los medios capaces de determinar en ellos brotes febriles. Para esta terapéutica, por la calentura producía diversas vacunas anti-infecciosas, especialmente la tuberculina. Por último inyectó la "Plasmodium vivax", de la fiebre palúdica terciana, obteniendo resultados muy notables. Entonces fué cuando se decidió a publicar la historia clínica de nueve ca-

sos de parálisis general curados por la malarioterapia.

En Austria, de 1917 a 1922, de cuatrocientos enfermos de parálisis general tratados con las inyecciones de paludismo ciento veintiocho (32 por 100) curaron, cincuenta y uno (13 por 100) presentaban sólo una reminiscencia. Hay que reconocer que no ha habido jamás tratamiento que haya dado resultado igual ni parecido.

Citaremos el caso de un hombre, padre de familia, que presentó los primeros síntomas de parálisis general más auténtica a los treinta años. Tratado por inyecciones de productos químicos destinados a combatir la avariosis iba de mal en peor. Únicamente después de inocularle en el sistema venoso el hematozoide de la fiebre palúdica terciana, el delirio desapareció y volvió la lucidez de espíritu hasta el punto de que pudo el enfermo volver a sus ocupaciones. ¿Cómo una afección orgánica del sistema nervioso central de origen francamente sifilítico (que resiste casi absolutamente a la medicación específica) puede ceder (aunque sea hasta cierto grado) bajo la influencia de otra afección añadida a la primera?

Varios neuropatas opinan que la fiebre palúdica bajo su forma terciana provoca en el sistema nervioso una especie de alteración la cual permite que los medicamentos antisifilíticos penetren en lo más profundo del organismo.

"...Y cantando lo haré" y "El libro de Quique", por Vicenta Castro Cambón. Editorial Minerva.

He aquí dos libros de versos de la llorada poetisa ciega, Vicenta Castro Cambón, cuyos títulos van al principio de estas líneas.

El primero de ellos, "...Y cantando lo haré", es una selección de poesías póstumas que, en verdad, merecían su publicación; pues, a parte de su interés intrínseco, por venir de la pluma de la autora de "Cajita de música", estos poemas encierran muchos matices delicados, loable buen gusto en la elección de los temas y, una constante alma candorosa que los hacen atractivos e impresionan al mismo tiempo.

En cuanto a la forma se refiere, sus versos mantienen el carácter clásico, acusando en ellos mayor dominio de técnica, en relación a las otras producciones que hemos leído.

Respecto al segundo volumen, "El libro de Quique", también selección póstuma de poesías, su lectura nos deja muy buena impresión.

En este tomo de versos y fábulas para niños, la poetisa Castro Cambón se define como una verdadera madre espiritual, conocedora como pocos del alma infantil, o en sus diversas facetas y estados psicológicos de cada uno de ellos. Así, para sacar mejor partido del medio expresivo de que se sirve, la autora nos narra interesantes y sentidos poemas—fábulas, dando al motivo del tema un persistente carácter de moraleja, a fin de que sus lectorcitos, para quienes van dirigidos, los lean atentamente y les sirvan, a su vez, de constante enseñanza a través de sus vidas.

Al leer algunas de sus composiciones, nos recuerda a la poetisa Gabriela Mistral, sin decir por esto — en desmedro de nuestra poetisa, — que ella se haya inspirado en sus versos. Lejos de ello, por nuestra parte. Es que, más bien, ésta y aquella, al observar y vivir con sus niños, han sentido tan profundamente con el alma de ellos que, en su fondo, han hallado una sola ternura, un solo amor: el deseo de madre, los han acercado. Eso es todo. En sus formas, una y otra, son luego muy distintas.

Al frente de cada una de estas obras, el poeta Alberto Larrán de Vere ha escrito unas oportunas palabras liminares sobre la vida y obra de la poetisa ciega, Vicenta Castro Cambón.

"Oraciones de mi alma", por Patrocinio Fuentes Pérez.

Los propósitos que enuncia su autor, al comienzo de su obra, son

Papel y tinta

en verdad dignos de encomio; pues, al par que discierne lo que él entiende por arte, literariamente hablando, nos manifiesta también los deseos perseguidos de dar a luz éste su primer libro de poesías, cuyo epígrafe encabeza estas líneas.

Aún cuando el señor Fuentes Pérez, no siempre alcanza en su libro el designio de construir sentidas poesías, es un tanto disculpable por el noble fin tenido en cuenta al escribir sus versos, pues en más de una composición de "Oraciones de mi alma", notamos que la emoción hallase ausente; o, sino, que ésta se encuentra ape-

descriptor más que un emotivo; es decir, trata los asuntos como si fuera un pintor de ambiente, a grandes rasgos, haciendo caso omiso, casi siempre, de la parte emocional y subjetiva del lugar referido. De este modo, sus versos carecen de fuerza de expresión y, si se quiere, hasta de vigor, corriendo el riesgo de tornarse monótono a poco de extenderse unas páginas más.

Ahora, en cuanto al verso se refiere, preferiríamos que el autor se abstuviera de componer sonetos, en la forma que él lo hace. Pues, no basta ceñirse a un patrón determinado de versos, para

Si bien es cierto que es digna de elogios la labor desarrollada en estos dos volúmenes de versos, no queríamos pasar por alto los defectos de que adolecen dichas obras, a fin de que el autor se enmiende en libros sucesivos, pues le sobran condiciones para realizar con brillo semejante empresa.

Repetimos "Ara incaica" y "Atabal indio" son dos obras que, por sus asuntos, su lectura nos resulta interesante y atrayente.

La vida y la obra de Ricardo Monner Sans.

El distinguido escritor don José Monner Sans, a cuya pluma débense interesantes trabajos, ha reunido en un tomo todos los estudios que se han hecho sobre la obra de su padre, como así también las impresiones de plumas autorizadas de este país y del extranjero, que han sabido reflejar y reconocer la labor del gran pensador, maestro, poeta, filósofo y erudito, cuya obra notable ha venido a enriquecer el país y a servir de norte para la nueva generación.

Era el doctor Ricardo Monner Sans un hombre de carácter, un espíritu selecto que ha pasado su vida doblegada ante el estudio y entregado muchas veces a sus visiones, a sus ensueños, que hicieron de él a pesar de un sabio, un lírico que supo deshojar en versos sonoros y rítmicos la armonía recóndita de su corazón de artista.

Sus estudios sobre lengua y literatura española reafirman sus conocimientos, así lo atestiguan "Notas al castellano en la Argentina", como también los refraneros y compilaciones proverbiales titulados "Asnología", "Perrología" y "Gatología".

Respecto al doctor Monner Sans dice el eminente escritor Ricardo Rivarola: "fué, en efecto, maestro en urbanidad y cortesía. Si hubiera cátedra, o institutos o facultad universitaria de estas materias, le habría correspondido su enseñanza y dirección".

Mucho se podrá decir de la labor de este eminente hombre de letras, mucho se podrá reflejar de su vida de estudio y de arte, pero ahí están sus documentaciones, sus libros, que cada día engrandecen su figura.

Esta recopilación hecha por el señor José María Monner Sans, es digna de aplauso y es la mejor manera de honrar el nombre de quien ha dado frutos tan óptimos, y ejemplos tan dignos para las generaciones que han de llegar.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades Internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre

Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)

Consultas: de 14 a 16 horas

LIBERTAD 1375 U. T. 6857 Jun.
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

nas señalada en sus versos de corte clásico.

Esperemos ahora, que el señor Patrocinio Fuentes Pérez nos de otro volumen, en donde la poesía vaya aliada con la perfección de las formas preestablecidas por los buenos autores.

"Ara incaica" y "Atabal indio", por Justo G. Dessein Merlo.

El autor de "Aztlán", señor Dessein Merlo, acaba de publicar dos libros más de versos, cuya lectura se hace atrayente, por cuanto los temas escogidos se prestan para interesar al lector si, como en este caso, quien los interpreta, maneja con destreza los medios expresivos de que se vale.

Así, por ejemplo, en "Ara incaica", motivos del Pacífico, el poeta Dessein Merlo se revela un

que éste lleve el nombre de soneto propiamente dicho.

Cuando se quiera eludir el concepto que nos merece una clase de composición, sin respetar las partes que la componen, es preferible se adopte la forma que mejor armonice con el espíritu de la poesía.

Fuera de esta observación última, que nos duele puntualizarlo; "Atabal indio" es por eso inferior a "Ara incaica", pues, en este volumen hay más esfuerzo conseguido, y, por tanto, el trabajo llevado a cabo representa un galardón conquistado en buena ley.

En "Atabal indio", los temas tocados resultan diluidos, semi-apagados, por decirlo así, y todo por la falta de fuerza lírica, de emotividad en la creación poética.



"LA SILLA ROJA" EN EL MARCONI

Un poco fatigada quizá del repertorio dramático, la compañía de José Gómez ha puesto en su temporada una nota amable con el estreno de la pieza que nos sirve de epígrafe, original del autor alemán Ladislao Fedor. "La silla roja" es una comedia de tono suave, de trama harto complicada y de mucha teatralidad. El asunto gira en torno de una pareja de recién casados, exaltados a la figuración, por haber sido designado el marido, Leonardo Dávila, cuando menos lo esperaba y sin reunir aptitudes, y, lo más extraño, la misma noche de la boda, ministro de su país. Dávila, hombre galanteador, si asombra a medio mundo por haberse casado, asombra mucho más por resultar ministro. La acción que se suscita en la obra, a lo largo de sus tres actos, se intrinca enmarañadamente, al punto que sería difícil aún sintetizarla, dando una idea clara de la misma.

En "La silla roja", detrás de su contenido, diríamos, hay que ver un intencionado propósito de ironía que apenas llega al público, sobre todo a nuestro público, mal sabueso para estas cosas. Creemos que la idea del autor ha sido, posiblemente, ridiculizar algunas pasiones masculinas, pues del fondo de la pieza quedan malparados los donjuanes, los pretenciosos y los tontos...

José Gómez, apartándose de sus interpretaciones favoritas, esto es los personajes dramáticos, compuso con acierto el tipo del protagonista demostrando estar cómodo en su papel. El actor Battaglia le secundó con eficacia y, entre las actrices, Mecha Caus se destacó por su buen desempeño y la corrección con que interpretó su tipo acreditada que se trata de una actriz capaz de lucirse en determinados papeles.

"LA SEÑORA ROSA", EN CASTELLANO

Sucediendo a "Elelin" en el cartel la compañía Rivera De Rosas puso en escena "La Señora Rosa", comedia del italiano Sabatino López que hizo conocer a nuestro público el año anterior la compañía de Nicodemi, en el Odeon. Hay que apuntar el hecho de que De Rosas ya había hecho la obra en España y que las críticas de la península habían acreditado un éxito grande a nuestra compañía criolla. Este éxito, apresurémonos a decirlo, se renovó al conocerse en el Ateneo la versión española de la bella obra de López, vigoroso escritor italiano de muchos triunfos en la escena.

"La Señora Rosa" es una comedia interesantísima, llena de humano sentido y de minuciosa observación psicológica. El protagonista,



TEATROS

para transmitir un vivo reflejo de su compleción espiritual, ha menester de un intérprete comprensivo y sutilmente inteligente, capaz de apasionar con agudeza sus estados de ánimo y el juego de sus reacciones en el proceso de la obra. De Rosas realizó una verdadera creación con el tipo, que matizó minuciosamente en sus diversos movimientos anímicos en el desarrollo de la acción. Fue la suya una tildada interpretación, que los auditores supieron aquilatar debidamente. Matilde Rivera, a su personaje, le imprimió una justeza plausible. Correctos los demás actores.

OBRA NUEVA

El popular escritor César Carrizo ha escrito un drama en tres actos que destina a una compañía nacional. Es de suponer que gustará, como sus novelas y cuentos.

SIN NOVEDAD...

en el cartel de la Bozán. Esto implica decir que las obras siguen representándose con mucho público.

MUÑO

"Un pucho en el pajonal" y "El trovador de Pompeya" cubren el cartel del Buenos Aires.

ZARZUELAS

En el Onrubia debutó con bastante éxito una compañía que encabeza la Rovira. Cultiva el viejo repertorio zarzueleril, pero anuncia novedades para fecha cercana.

AHORA PARECE QUE SI

Hace más de dos meses que venimos anunciando el estreno de "La sangre de las guitarras" en el Nacional. Este estreno no se ha producido hasta el momento de escribir estas líneas. No se sabe tampoco cuándo se producirá. El autor señor Vicente G. Retta, ha de estar impaciente. Esta hemorragia se retarda y tan peligroso es no poder cortarla después de producida, como no poder producirla después de intentarla.

No somos partidarios de los crímenes, pero esta efusión de sangre en el Nacional es indispensable. Se van a destemplan las guitarras y hasta se corre el riesgo de una urticaria maligna o una congestión apoplética. Cualquiera de estas cosas sería lamentable.

Aunque el procedimiento de las sangrías está pasado de moda, en este caso sería de suma eficacia, que el señor Retta imitará los procedimientos de ciertos autores y se convirtiera en sanguinista de la empresa del Nacional. Así lograría sacar a la vista de todos la sangre, "La sangre de las guitarras".

ARATA, FUNEBRE...

Una racha de tristeza pasó por el teatro Cómico. El popular actor que tanto ha divertido al público con interpretaciones de tipos pintorescos, parecía cansado de las obras de esta cuerda y se sentía inclinado a meternos el corazón en un puño. Todo sea por Dios.

Dió las primeras notas patéticas con varias piezas en las que encarnaba personajes sombríos, atormentados por preocupaciones íntimas, pero luego se pasó, francamente al reino de las Parcas, aunque nada parco se mostró él en su nueva afición.

En efecto, comenzó reprisando "Los muertos" de Florencio Sánchez y justo es declarar que lo hizo en forma muy estimable. Siguiendo la ruta de la muerte, comenzó a ensayar "La muerte del carnaval" del autor napolitano Rafael Viviani y la muerte de la temporada del Cómico, sobrevino de inmediato.

Verdaderamente no es nada aventurado afirmar que resulta imprudente meterse en líos con la Empresa.

LA BANDA DEL SMART

Por no considerar de urgencia el estreno de "La banda de pistoleros" la compañía del Smart postergó el suceso por el término de una semana, de modo que hasta el número próximo no nos ocuparemos de esta pieza de Alberto Ballesteros.

También se prepara en este teatro una producción titulada "Hacete el muerto, Varela", de la que es autor Carlos A. Ossorio.

DE ITALIA AL SOVIET

Evita Franco, la interesante primera actriz del Liceo, ha mantenido durante muchas noches en escena la pieza del conocido autor italiano Dario Nicodemi, en la que ha demostrado que no sólo es capaz de asumir papeles de damita joven sino que su arte tiene más amplias proyecciones.

El primer estreno de esta sala será el drama de Wladimiro Wlenetsko titulado "La mentira", en donde también tendrá a su cargo un papel de responsabilidad.

LA FIESTA DEL OPIO

Hemos estado en el Sarmiento y no nos hemos divertido nada. Dan allí dos revistas iguales a las que dieron anteriormente y a las que estrenarán en el curso de la temporada. La palabra revista tiene ya en el uso un significado especial y característico. Las del Sarmiento son, al parecer, de la misma mano, aunque se diría que son del mismo pie. Queremos decir con esto, que ya se sabe el número que calzan.

Sin embargo, nunca faltan en esta sala algunas filas de plateas ocupadas y bastantes palcos de favor. Más palcos que filas, seguramente. Ello significa que, aunque nosotros nos aburramos, hay quienes no se aburren con esas cosas todavía.

En Buenos Aires, pues, hay público para todo, tanto para una sesión del Concejo Deliberante, como para la apertura del túnel destinado al subterráneo Lacroze. Pero sospechamos que los escasos espectadores del Sarmiento han de ser extranjeros recién desembarcados y que no conocen el idioma, porque en verdad nunca hemos visto que tiren cosas al escenario.



VON VECSEY

Se encuentra nuevamente en Buenos Aires el extraordinario violinista Vecsey. Sus conciertos constituyen una de las notas artísticas más destacadas. No es uno de tantos ejecutantes que vienen y van sin que su aparición represente otra cosa que una sala abierta para dos docenas de estudiantes de conservatorio musical pasen el rato viendo cómo vence dificultades técnicas un buen señor que sabe más que ellos y que sus profesores. Vecsey es un animador del violín, un virtuoso que prolonga su sensibilidad a lo largo de las cuerdas de su instrumento. Es al violín, lo que Rissler al piano y ambos, dos artistas de verdad, que merecen su fama.

NUEVA TEMPORADA EN EL TEATRO NUEVO

Se anuncia para el 21 de este mes el debut en el Nuevo, de una temporada de sainetes criollos, por una compañía que encabeza Cicarelli.

En la función inaugural serán estrenadas dos piezas, una de las cuales firma Carlos R. de Paoli.

GRAN SPLENDID

En este aristocrático cine de la calle Santa Fe se viene desarrollando una temporada como pocas. Al tradicional prestigio de la sala, que atrae invariablemente a las mejores familias porteñas, ha de agregarse la excelencia de las películas que cuidadosamente selecciona la empresa.

CAPITOL

Un interesante cartel pelicularo promete este salón para la semana en curso. Producciones de importancia, por su bella realización y por los artistas que en ella intervienen, han de constituir los programas diarios, pudiendo por tanto descontarse el éxito.

GLORIA

El cine más popular y más concurrido de la Avenida de Mayo brinda diariamente hermosas películas que son debidamente apreciadas por el público. Se anuncian estrenos de importancia para en breve.

PARC

La sala que administra con acierto el señor Lecuona, continúa siendo la preferida por las familias distinguidas de Palermo, las cuales tanto los días hábiles como los de moda, se dan cita en el confortable cine de la calle de Santa Fe y Thames.



SOCIALES



La señorita María Teresa Devoto y el señor Fermín Ortiz Basualdo, después de contraer enlace en la iglesia del Santísimo Sacramento.



Señorita Celina Vega Herrera, cuyos desposorios con el doctor Osvaldo Alberto Eckell se realizaron en el templo de San Miguel.



Señorita Thelma Serrano desposada con el señor Renzo Rabaiotti. La ceremonia se efectuó en la residencia de la novia.



Señorita Rosa Peña, cuyo enlace con el señor Lilio Torrens, se efectuará próximamente.



Los contrayentes señorita Guillermina H. Parry y señor Torcuato A. Marelli, acompañados del cortejo nupcial, después de la bendición de su enlace efectuado en la iglesia de San Agustín. Foto Pérez

Ultimas creaciones de la moda femenina



1 — Vestido sastre confeccionado en "breitschwantz" beige y blusa de crespón de China color rosa. 2 — Traje sastre ejecutado en crespón, satén negro con falda plisada confeccionada con tela empleada por ambos lados. Chaqueta guarnecida con petit gris.

Blusa de satén blanco con nervaduras y monograma en negro.